



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para más pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistáin, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Río, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Piñueta, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Felín, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcazar, Teodoro Llorente, Trueba, Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

## SUMARIO.

Revista general.—Los montes y la administración forestal en el Parlamento de la Alemania del Norte, por D. P. González de la Peña.—Debra, la generosa hebrea. Comedia en cuatro actos, arreglo directo del alemán para el teatro español, por D. Carlos Fernández de Castroverde.—Memoria elevada al excelentísimo señor presidente del Consejo de ministros, por la dirección general de Estadística, sobre los trabajos ejecutados por la misma desde 1.º de Octubre de 1868 hasta 31 de Diciembre de 1869, por D. J. F. R.—Un sueño extraño, por D. Rafael Blasco.—Aplicación de la libertad de enseñanza a la instrucción primaria.—Datos para la historia del alcanfor (conclusion).—El calor libre de los insectos, por D. E. Rodríguez.—Lo útil, lo agradable, lo bello, por D. J. Manjarrés.—Historia terrible. El cólera, por D.—Influencia del árbolado en la lluvia, por J. J. del Hoyo.—Sombra del pasado (poesía), por D. Ventura Ruiz Aguilera.—A América, con motivo de sus guerras civiles (poesía), por D. Casimiro Delmonte.—Anuncios.

## LA AMÉRICA.

MADRID 13 DE MAYO DE 1870.

## REVISTA GENERAL.

## I.

Se acerca un período de descanso para la actual situación, en el cual, si no logramos ver colmado el afán que todos sentimos, por la aparición de una luz completa é inextinguible, veremos al menos satisfecha la aspiración de espíritu, realizada la idea, sancionada y conducida a la práctica el principio, que es, en verdad, la síntesis del propósito revolucionario del país, y que ha sido el verdadero impulso que nos condujo a la actual situación constituyente. Con efecto, la interinidad en que estamos viviendo debe ser considerada bajo dos sentidos, por todo juicio recto y sensato, siendo, por consiguiente, dos las soluciones que han de venir a resolverla y terminarla: tenemos una interinidad de la forma, y tenemos otra interinidad del fondo, sustancial y de tanta trascendencia, cuanta es la que tiene todo punto que se relaciona con los principios, con los derechos, con la inteligencia, con el espíritu humano en todos sus múltiples manifestaciones: esta reclama el advenimiento de una organización legal, aquella el desarrollo de una sola institución, aquella principios y garantías, esta personas; esta leyes orgánicas, aquella un rey.

Y sin que desatendamos por un momento la importancia y la necesidad de esta última solución; sin que echemos en olvido que ésta representa la estabilidad de la garantía, si la otra representa la garantía misma; sin que dejemos de

pensar que, si la evolución y la reforma en lo moral, es la revolución positiva, la designación de monarca es la base donde la revolución descansa sólidamente; sin que llegue a ser nuestra obcecación tan extremada, que por el gozo que nos cause el éxito de la primera cuestión, prescindamos ni en lo mas mínimo de la segunda; lo cierto es, que si viva ansiedad sentimos porque la forma de la interinidad termine, igual afecto nos mueve hacia el término de la interinidad en el fondo; y esta es la razón de que, con justicia y con razón, creamos hoy poder felicitarnos por término y definición cercanos de esta última interinidad.

Antes de que espere el período de la quincena en que vamos a entrar, antes por consiguiente, de que lleguemos a publicar nuestra próxima revista, la revolución de Setiembre habrá quedado legalmente consolidada, los derechos que proclamó, primeramente sancionados en el Código fundamental, habrán sido ya llevados a la práctica, y sido entregados al ciudadano para que, mediante su uso, consiga el fin humano de perfeccionar al individuo y engrandecer la sociedad.

Decimos, que muy en breve quedarán discutidas y votadas en la Cámara las leyes orgánicas, que son las que han de prestar eficacia suma a los artículos de la Constitución, las que hagan tangibles las declaraciones hechas y las que impriman al uso de los derechos individuales el curso que les es natural, hacia el progreso y la civilización del país que los ha conquistado.

Queda, es verdad, un importantísimo paso por dar; queda, es verdad, esperando sabia y urgente resolución la otra cuestión la de forma, la cuestión de persona, la de elección ó nombramiento del rey que venga a admitir esa legalidad que bien pronto quedará establecida, que venga a desarrollar con propósito leal y firme todos los bienes de la patria, que se le entregarán en embrión: queda este problema trascendental puesto sobre el tapete; y lo repetimos, al alegrarnos del resultado que nos ocupa, no dejamos de impacientarnos, en cierta manera, por este otro que esperamos; pero no se halla nuestra mente de tal suerte desvanecida, que no reconozcamos y consignemos en este lugar, que, por medio de las leyes orgánicas, la revolución llega a una de sus mas gloriosas etapas.

Y esto calma, siquiera por un momento, siquiera en una pequeña parte, la natural impaciencia que nos aqueja y la especie de descontento que tal vez pudiéramos sentir, porque es la verdad, y verdad indiscutible, que si las extralimitaciones y los abusos han contribuido en gran proporción, a despertar la impaciencia y a alimentar el descontento de todas las clases, la disipación de la oscu-

ridad reinante en materias legales, causa única de la agitación de todos los elementos perturbadores, ha de ser precisa é inevitablemente, el conjuro que destierre el malestar, produciendo, como produce, la norma fija é indeclinable que presida a la evolución del progreso armónico, de la libertad pacífica y solemne, de los derechos de todos sobre la base de paz y concordia, símbolo del derecho.

Este es, ciertamente, el momento indicado, para que en todos los ánimos se realice un movimiento de solicitud y afecto, hacia la obra que en breve ha de quedar consumada; este es el instante en que, ya colocados todos, bajo el amparo de una misma legalidad protectora, vinieran a reunirse a su sombra, fecundando con la lealtad de miras, con la unidad de esfuerzos, con la unión de aspiraciones, el suelo feracísimo que hoy queda expuesto a la explotación de todos los cultivos.

Pero estas ideas que exponemos, no han de ser acogidas por el país, si no se presentan con otra autoridad que nuestra simple exposición: se necesita una confirmación práctica de su conveniencia y utilidad, sería preciso que desde los puntos elevados donde el país tiene fijadas sus miradas, se irradiara este pensamiento para que por donde quiera fuese acogido y practicado.

Los partidos políticos, hoy militantes dentro de la órbita de la política monárquico-democrática, las altas personalidades que alcanzan autoridad y prestigio en el seno de cada uno de estos partidos, los representantes, en una palabra, de la mayoría del país, no deben rechazar la ocasión que hoy se les ofrece, y que les invita a reflexionar sobre la solemnidad de los momentos á que llegaremos en breve; no deben olvidar que toda resolución patriótica, siempre digna y siempre provechosa, obtendrá en aquellos instantes mayor valía, porque será mayor su fecundidad sobre España y sobre la revolución.

Si, lo repetimos: los momentos que se acercan serán solemnes; la promulgación y establecimiento de las leyes orgánicas determinará esta solemnidad. Reconocedlo, que el período que se inauguraré para nuestra patria, se distinguirá sustancialmente del que hemos atravesado desde Setiembre de 1868; reconocedlo, que si hasta hoy la agitación y la confusión de la ignorancia con la ilustración, y de la cordura con la insensatez, han podido, aunque con pena, ser toleradas, porque no había regla segura á que se sujetaran, de hoy mas es necesario que la confusión cese, que la ilustración brille y que el ánimo cuerdo y sensato marche rectamente hacia el término que concibió; y si los disturbios continuaran hasta perpetuarse, y la exagera-

ción, así la del frenético, como la del indiferente, siguieran dominando, la nación podría con derecho acusar á sus representantes, de ser los sacerdotes funestos que fomentaran la llama de la impotencia que hasta hoy nos ha consumido.

¡Oh, si de esta suerte reflexionaran los partidos hasta hace poco unidos en conciliación, y hoy separados en mal hora y para el daño de todos! Viéramos entonces, como el convencimiento íntimo del bien que iban á hacer les inspiraba leal actividad, para confundir sus actos, en un solo, glorioso esfuerzo; viéramos, que por fin á la suspicacia sustituye la confianza mútua y cumplida; viéramos, en una palabra, acercarse el día de la aparición del verdadero partido nacional, hijo de la revolución, en la revolución fomentada, y por ella conducido á ser el acreedor legítimo de la gratitud y del cariño de esta patria, cuya mas grave dolencia es la división y la lucha entre los hombres, que por su posición y sus dotes debieran, por el contrario, conducirla á su grandeza y á su felicidad.

Los que nos prometimos que entre los brillantes resultados del movimiento revolucionario, se habia dado, tal vez como el mejor, el de la extinción de antiguas rivalidades; el de la formación de un solo partido, cuya base fuera la proclamación del Código del 69; el país entero, que saludó con aplauso y esperanza el manifiesto del partido de coalición; todos hemos debido ver nuestras esperanzas frustradas, por el temor primero, cuando la disparidad de tendencias hubo de empezar á mostrarse en el seno de los partidos coaligados, y por la realidad despues, cuando en la memorable noche de San José se hizo declarada la divergencia, y quedaron formalmente rotas las hostilidades.

Y, sin embargo, lo que el país reclama y la revolución necesita no es la lucha, sino la tregua; no la discordia, sino la paz.

Y ya lo hemos dicho: nunca será un momento mas oportuno, que el que se aproxima. ¿Qué razón, pues, se opondrá por una y otra parte, para que no se verifique esa confusión, verdadero remedio salvador de la política revolucionaria? ¿Odios y rencores? No existen. ¿Preveniciones y suspicacias? ¿A qué se conservarían cuando su sacrificio sería insignificante ante el objeto patriótico á que se consagraria! ¿Qué resta, pues? ¿Se hará, por ventura, un argumento de la afición que cada una de las fracciones pueda conservar á las doctrinas que profesó? ¡Oh, no, que el argumento, sobre ser absurdo, se perdería por desautorizado: la unión liberal ha dicho, por su parte, cuanto podia decir, ha realizado cuanto debia realizar, para que pueda hoy invocar recuerdos que ella misma conjuró; los radicales, por su parte, jamás han

mostrado arrepentirse de su adhesión al programa y manifiesto publicado por los tres partidos en Noviembre del 68.

La cuestión, pues, no es de principios, la disidencia no es sustancial, y pues todos, unionistas y radicales, no solo acatan, sino también proclaman y levantan como su bandera de gloriosas conquistas sociales, la Constitución que tenemos promulgada, acudan y reúnanse á la sombra de esta bandera, enarbólenla en los muros de una sola fortaleza, terminen con la mayor de las victorias—el vencimiento de sus intestinas discordias—la empresa gloriosa que comenzaron, y que no pueden dejar abandonada sin culpa, sin vergüenza y sin responsabilidad.

## II.

Mientras la unidad aconsejamos, llevados por nuestro deseo y afán, no falta quien como nosotros piensa, y quien, mostrando esquisito buen sentido, consagra, al menos, la unidad existente, ya que no se dedique á obtener aquella mas completa y extensa que existir debiera.

El partido radical, que desde el rompimiento de la conciliación ha estrechado diariamente sus filas y ha redoblado entre sus individuos las muestras de afecto y mútua confianza, ha resistido los diferentes embates que han amenazado dividirlo, lo cual es verdaderamente un bien positivo que ha venido á conservar á la política española, evitando siquiera, que sufriera un impulso de lamentable retroceso.

Por esto, entre los hechos dignos de mención, sucedidos durante la extinguida quincena, debemos referirnos á las tres reuniones encaminadas á la conservación de aquella tan necesaria unidad: el banquete dado por los demócratas al Sr. Martos y la sesión que á la misma hora tenía lugar en la Tertulia progresista, actos los dos en los cuales reinó el mismo espíritu de unidad y armonía, y la reunión de las dos fracciones, componentes de la mayoría, últimamente celebrada, para tomar acuerdo formal sobre aquel importante extremo, son el indicio, y mas que indicio, la patente demostración de que no ha de turbarse, ni nadie piensa en alterar la marcha, que acordes siguen los dos elementos que se conservan amigos, de la antigua conciliación.

Y aun hay mas: la reunión de la mayoría no es, conforme hemos indicado, una mera consagración de la unidad de las dos fracciones progresista y demócrata dentro del gran partido radical; es también el desenvolvimiento de la actividad, dentro de esa misma armonía, para conseguir la formalización del actual estado de cosas, ya por medio de la transformación de la interinidad, dando á esta una expresión que la defina, ya por medio de una solución última y terminante que venga á dejar terminada la situación creada por la revolución setembrina.

Extremada ansiedad es la que ha despertado en todas las esferas de la opinión pública este problema, debatido hasta la saciedad en la prensa y en los círculos políticos de esta ex-corte. El calor espontáneo de la conciencia del país, fomentado por la actitud solícita y atenta del Gobierno sobre esta urgencia apremiante, ha dado pábulo á todas las discusiones, á la exposición de todos los juicios y al espíritu del comentario sobre todos cuantos hechos significativos ó indiferentes hemos presenciado.

Celebróse primero un Consejo de ministros, y apenas tenían tiempo sus miembros para haber salido de él, cuando ya eran mil y mil las versiones que se hacían, descansando todas ellas en la base de resolución de la interinidad. En balde sería que nos echáramos á hacer consideraciones sobre lo que no nos consta á punto cierto: cuanto dijéramos no sería mas que una nueva versión, despues de tantas como á la ligera se han hecho, sin que nos asistiera razón ninguna para querer acreditar la nuestra sobre todas las demás.

Una sola deducción ofrecen igualmente todos cuantos rumores se han extendido, y por ser común á todos, parece reunir mayores partes de probabilidad: es que el Consejo reunido vino á ratificar una vez mas, su convencimiento de que importa salir de la actual situación incolora é impotente, para llegar por una forma ó por otra, á la creación de un algo fructífero y poderoso. Cuál sea esta forma, cuál sea el medio imaginado, cuál la transformación que se medita, eso es lo que no podemos fijar con certeza, á puro

de oír cien ideas distintas, atribuidas á una misma mente, cien diversos propósitos, achacados á una propia voluntad. Es mas, creemos que tanta opinión encontrada, no se funda mas que en el vacío, que no es otra cosa la simple inspiración de la curiosidad; el Gobierno no ha expresado todavía sus intenciones sobre este punto, y aun podemos añadir que, espectante todavía, no se manifiesta resuelto por una medida fija y determinada.

Muchos suspicaces, y otros deseosos de lucir habilidad diplomática, se echaron á conjeturar sobre la venida á Madrid de nuestro embajador en París, y atribuyendo á este un poder poco menos que sobrenatural, creyeron que con él llegaba á esta tierra la solución esperada, y quien esperó confiado, quien profetizó desdichas, siendo el fin de tanta caviliosidad, la realidad del engaño en que todos estuvieron.

Ciertamente que llamado el Sr. Olózaga á Madrid por el Gobierno, y dada la importancia é influencia política que aquel reúne, debió considerarse de peso el voto que le fué solicitado; mas de esto á creer que su presencia debía ser la única poderosa para descifrar lo que tantas inteligencias eminentes tienen á su cuidado, media la enorme distancia que separa lo prudente de lo absurdo. Oyóse, pues, el consejo del distinguido político, y nada mas; natural efecto que ya esperábamos, y que no debió preocupar tanto como preocupó á los extremados en todo.

Es, pues, indudable que el general Prim y demás hombres públicos que con él cooperan, se hallan asiduamente dedicados al estudio del problema latente; lo es también, que por hallarse el Gobierno en plena deliberación, ha de mostrarse en breve, resuelto por uno ó por otro extremo. ¿Cuál será éste? Hémos aquí en plena controversia; nos hallamos en el punto candente de las discusiones de estos días.

Por mas que nos sintamos afanosos por contemplar el advenimiento de la estabilidad, despues de tanto vaiven como venimos sintiendo desde la revolución acá; por mas que tengamos por muy urgente la consignación práctica del art. 33 de nuestro Código político, nos dice nuestra conciencia que la aplicación de un remedio, sin poseer la seguridad de su eficacia, es achaque de arrebatados, no de amantes de la gloria de su país y de sus libertades. Y si esta es una verdad incontestable, y si es de prudentes encaminarse á un fin, conociendo el camino que se recorre, ¿cómo nos entregáramos á un apresuramiento que, lejos de ser un bien, se convertiría en gravísimo daño, precisamente contra todo lo que anhela mos conseguir? ¿Tenemos, por ventura, solución definitiva alguna? No lo pensamos. Dos únicas candidaturas se conservan hoy en pie, y ambas así se conservan, no porque se hayan salvado del naufragio que todas han sufrido, sino porque sus parciales mas tenaces y mas insistentes no han cejado, á pesar de sus derrotas, y siguen clamando cuando otros ya callan.

Pero es lo cierto, que si investigamos las condiciones de vitalidad de ambas candidaturas, no descubrimos una sola que las prometa el éxito á que aspiran. Así los partidarios del duque de Montpensier, como los que se acojen al nombre del ilustre Espartero, no cuentan en el seno de la Cámara, con una mayoría que les garantice, ó asegure el cumplimiento de sus deseos; el hecho es patente y nosotros consignamos el hecho prescindiendo de toda consideración, que no demostraría mas de lo que el hecho aislado demuestra.

Ahora bien: ¿hay, por ventura otro candidato que en la actualidad ocupe la atención, ó merezca la preferencia de la mayoría? No, ciertamente, y hé ahí por qué, dejando apresuramientos y buscando cordura, conviene que se consagren nuestros representantes al estudio de esta cuestión trascendental; hé ahí por qué es preciso esperar, hé ahí por qué es peligrosa toda impaciencia que pueda hacernos impetuosos.

Tres formas se proponen en tanto para la conversión de la actual interinidad en otra mas definida, mas eficaz y menos vacilante que la actual. Una sola de todas ellas nos pareciera acertada, porque es la única que, sin desviar á cada parcialidad política del lugar que le pertenece, transformada, sin embargo, la situación en

el objeto real y efectivo que todos buscamos.

Con efecto, ni la regencia única del general Prim, ni la trina de Serrano, Prim y Rivero, producen otro efecto que la enagenación á la política activa de hombres importantes, en quienes conviene mayor desembarazo para obrar, juzgar y decidir. La otorgación de facultades al actual Regente, es, por el contrario, la continuación de las actuales influencias—que no deben perderse—con la producción del vigor y de la fuerza en el poder ejecutivo, que hoy no existe, y que es la causa única del descontento de unos, y de la inactividad de otros.

Por esto opinamos que no hay otra solución conveniente que esta última, pues confiamos, como estamos, en la discreción, en el saber y en la sinceridad del general Prim y demás personajes de la alta política, no podemos desear su desaparición de la esfera de actividad en que hoy se encuentran, si no queremos que se determine un cambio, tal vez funesto, siempre peligroso, para el progreso y para la libertad.

## III.

Entre tanto sigue dominando, por sobre todo cuanto pudiera llamar nuestra atención en la política extranjera, el espectáculo de la Francia, conducida por la voluntad de un solo hombre á consagrar la soberanía de esta misma voluntad. La consagración está ya cumplida.

Napoleon III ha vencido aun al espíritu liberal del siglo, que le disputa ya el poder; pero ¿cómo ha conseguido su victoria! no luchando cara á cara con ese espíritu de libertad, que le hubiera derrotado hoy, como es seguro que le derrotará mañana; no, escudado en los principios autocráticos que practica, sino apelando al disfraz con unos, y fingiendo liberalismo; alarmando los ánimos de otros, y ofreciendo engañosas protecciones. Solo así vencen ya hoy los ambiciosos.

El éxito, pues, ha sido favorable al imperio.

Seis millones de sufragios en favor del plebiscito, y poco mas de un millón en contra, con unos tres millones próximamente de abstenciones han dado el resultado final de esta importante votación. De modo, que una mayoría absoluta de cinco millones de franceses ha prestado su solemne sanción á la idea de la ambición avasalladora que representa el imperio, y al imperio mismo.

Las artes del Gobierno, la centralización monstruosa que en Francia existe, el peso que en la balanza del sufragio arrojan los votos inconscientes de la fuerza armada, el egoísmo de las clases medias, todo, en suma, cuanto de bajo y miserable puede suponerse, ha contribuido á este triunfo de la usurpación contra el derecho. Pero lo lastimoso, lo deplorable es que al triunfo han contribuido los que parecen los mas ardientes enemigos del imperio. Los libelos de Rochefort, las tumultuosas manifestaciones de la *vagonerie*, los alardes demagógicos de *La Marsellesa* y los excesos de los clubs, han dado la victoria al poder tiránico, herido ya de muerte por la elocuencia de los Favre, los Pelletan y los Gambetta. Una vez mas se confirman nuestras afirmaciones; esa desenfrenada demagogia, tan ciega en sus propósitos, tan descabellada en sus planes, tan bárbara en sus medios de acción, viene á consagrar la tiranía y á dar razón á los partidos conservadores.

Sin embargo, difícil será desde hoy al César francés conservar el prestigio, aun aparente, que le da el triunfo del plebiscito, porque, ó bien para cumplir sus promesas hechas á la nación deberá sacrificar los halagos á su espíritu de dominación, ó cediendo por completo á este, descubrirá á los que le han otorgado el sí, toda la gravedad de la imprudencia que han cometido.

Con efecto, delos que aman la libertad restringida, y de un inmenso número que aman el verdadero progreso, pero que temen los excesos revolucionarios, la aprobación del plebiscito será condicional, porque el Gobierno no podrá ni querrá marchar por el camino de las grandes reformas, y los mismos que por temor á la demagogia le dieron su apoyo, le retirarán la confianza y se pasarán al campo enemigo.

Solo marchando el Gobierno imperial por el camino de la mas amplia libertad podría conseguir que su obra dura-

ra algun tiempo; pero esto no se verificará, porque el que ha gobernado muchos años como señor absoluto, no renuncia voluntariamente á ejercer la tiranía y á imponer como leyes sus propios caprichos.

Por otra parte, la ilustración, la grande industria, la conciencia lúcida de los centros abandonados á Napoleon: véase, sino, lo que expresan las elocuentes cifras.

El resultado del plebiscito en Francia ha demostrado, en general, que el imperio está en minoría en las grandes capitales. Es decir, que en donde mas libremente se puede votar, la opinión se muestra poco favorable al César francés. En París 756.377 votos contra 111.363 han demostrado esta verdad. En el departamento del Sena, 184.946 han dicho no, y sí 139.538.

De Marsella, Lion y otras principales capitales, se dice también que el imperio ha estado en minoría.

En resumen, el resultado final del plebiscito, sin incluir Argelia y el ejército, es de 6.189.806 votos afirmativos y 1.315.881 en contra. El imperio parece querer sostenerse. ¿Se sostendrá Napoleon?

Dícese á la hora en que terminamos la presente revista, que por los barrios de París cunde la revuelta, que se han formado barricadas y que se va á protestar con la fuerza, de la victoria obtenida por Napoleon.

¡Oh! ¡cuántas torpezas puede inspirar el arrebatado, y cuánta ceguera ocasiona la pasión! Esas rebeliones, esas alarmas, ese enardecimiento, esa exageración forman el pedestal donde hoy Napoleon se eleva. ¡Serán tan insensatos sus autores que con nuevas perturbaciones contribuyan á solidificar el pedestal y aun á circundarle de gloria y poder!

## LOS MONTES Y LA ADMINISTRACION FORESTAL EN EL PARLAMENTO DE LA ALEMANIA DEL NORTE.

Los que consideran los montes como germen perdurable de riqueza y como condición de absoluta necesidad para la vida, no podrán menos de experimentar la satisfacción que hemos sentido nosotros al conocer los debates que han tenido lugar en el Parlamento de la Alemania del Norte al discutirse el presupuesto forestal para el año próximo.

Desgracia es, á juicio de muchos, que tales ocasiones de justa satisfacción no se repitan en nuestro país; sin duda por la rareza del fenómeno quedaron indeleblemente grabadas en nuestra memoria las sesiones á que asistimos en el Congreso de los diputados, el año 1862, cuando se discutió la ley de montes vigente.

Contrarias opiniones se emitieron entonces por los oradores que en ellas tomaron parte, mas en lo formal que en lo sustancial del punto debatido; pero en el fondo ¡qué conformidad de ideas; qué apreciación tan armónica sobre la necesidad de la existencia de los montes, sobre el deber en que se encuentra el Gobierno de atender preferentemente á su conservación y mejora! Con mayor empeño que si se tratara de una ley política, recordamos que acudieron los pueblos advirtiéndolo á sus representantes, en millares de exposiciones, que iban á resolver con sus votos el problema de su porvenir, la existencia, tal vez, de las generaciones futuras. Nunca, con ningún motivo semejante, habíamos presenciado tan vivo interés por ilustrar la opinión de los legisladores, sobre cuya conciencia pesaba la responsabilidad moral de interpretar los deseos de sus representantes en la formación de aquel cuerpo legal de doctrina forestal y administrativa. Los diputados redoblaron los impulsos de su patriotismo con el estímulo de tantas y tan sentidas excitaciones, y entre ellos, muchos de los que años há venían trabajando en el opuesto campo de las luchas políticas por el triunfo de sus doctrinas; los Sres. Madoz, Sagasta y Ruiz Zorrilla de una parte; Moyano, Polo, Castro y Valero por otra; Vega de Armijo, Ardaniz, Alonso Martínez y otros, cuyos nombres, alguno muy querido, omitimos, depositaron sus armas de partido para fundir sus designios en un deseo común, en el mismo que se reflejaba de las innumerables reclamaciones de los pueblos, en la salvación de la riqueza forestal; ya entonces herida de muerte, próxima á su total ruina.

Allí oímos al Sr. Madoz, autor de la ley de desamortización de 1855, declarar con noble franqueza que, en materia de venta de montes, se aplicaban doctrinas peligrosas, y que era necesario ir despacio en «la desamortización de la riqueza forestal, porque no eran los mejores intérpretes de aquella ley los que vendían mas, sino los que desamortizaban mejor; allí oímos, con el triste presentimiento de la verdad que envolvían sus acaloradas frases, al enérgico orador de la izquierda de la Cámara, señor Ruiz Zorrilla, afirmar «que el criterio de la especie y de la caída, único que decidía la venta ó excepción de los montes, traería fatales consecuencias á la patria;» y no han trascurrido desde entonces un solo día sin que venga á nuestra memoria, confirmado por la realidad de numerosos hechos, el apóstrofe con que el mismo diputado, dirigiéndose al ministro de Fomento, terminaba uno de sus elocuentes discursos: «creo, decía el Sr. Ruiz Zorrilla, que S. S. no se arrepentirá nunca bastante de las consecuencias que el planteamiento de la ley ha de producir en un porvenir más ó menos largo en nuestro país; si la desamortización continúa del mismo modo, sin respetar la ley, y como se está haciendo diariamente; si continúa creyendo que el ministerio de Fomento puede legislar sobre la materia, y los empleados de Hacienda venden todo aquello que el ministerio de Fomento declara en venta, sin atenderse á los buenos principios de desamortización y de la ley, LA CUESTION SOCIAL VENDRÁ MAS TARDE, Y VENDRÁ CUANDO NINGUNO DE NOSOTROS LO PODRÁ REMEDIAR.»

En aquella Cámara presenciámos los esfuerzos de todos por hallar el acierto apetecido en sus resoluciones; desde entonces hasta la fecha no ha vuelto á interrumpir el curso de los debates políticos la discusión de las doctrinas forestales. Si con motivo de la de presupuestos varios diputados han hecho algunas observaciones, sus palabras se han perdido entre la espesa red que forman las abrumadoras cifras de las obligaciones del Estado; realizar en mayor escala la venta de los montes, ha sido siempre el fin práctico de unos debates apenas iniciados.

Creímos, pues, que en el año 1862 se planteaba clara y resueltamente el problema de los montes para discutirle y resolverle con arreglo á las necesidades sociales de la patria, y el problema aun no se ha resuelto, como lo demuestra la reciente discusión de los presupuestos, de la que con detención se ocupará la *Revista*; pero mientras llega aquel momento deseado por nosotros y por cuantos se interesan en el porvenir de la riqueza agrícola y forestal, bueno será dar cuenta á nuestros habituales lectores de lo que sucede en las Cámaras de otros países respecto á tan importante ramo de la riqueza pública.

La ocasión nos brinda oportunamente á ello; casi al mismo tiempo que en las Cortes españolas, se discutía en el Parlamento de la Alemania del Norte el presupuesto de sus montes. Los datos de esos debates tienen altísimo interés y ofrecen una enseñanza positiva para los que, de buena fe y sin preocupaciones de escuela, buscan soluciones verdaderamente útiles á las cuestiones que afectan á la riqueza y porvenir de la patria.

En la aprobación del presupuesto de los montes prusianos para el año de 1870, se invirtieron dos sesiones; la primera el 6 de Diciembre de 1869, en que abierta la discusión por el Presidente sobre la totalidad del presupuesto, y concedida la palabra al Sr. de Hagen, director general de montes y comisionado del Gobierno, dió cuenta del modo con que éste había ejecutado lo dispuesto por la Cámara en el presupuesto del año último. Deplora en su discurso que no se hayan podido satisfacer totalmente los deseos de los diputados, destinando grandes cantidades á la repoblación de los montes, por haberlo impedido la penuria del Tesoro y las calamidades sufridas en los mismos en Diciembre de 1868; exhibe numerosos datos, para ilustración de la Cámara, acerca de la importancia de la riqueza forestal y de las medidas adoptadas por la administración para disminuir en lo posible las fatales consecuencias de aquellos daños, y entra despues en la exposición de los hechos económicos, relativos á los ingresos de las rentas. Con este

objeto, dice que se nota alguna baja en ellas por causas conocidas, entre otras, por el aumento que han tenido los precios de los jornales y la baja que se observa, sobre todo, en el valor de las leñas, justificando sus asertos con copiosos y claros pormenores.

Encarece el celo é inteligencia de los ingenieros durante el ejercicio del presupuesto anterior, demostrando con hechos que han puesto todos los medios facultativos y administrativos para fomentar la riqueza que les está confiada, y pasa despues á exponer de qué manera se han calculado los ingresos en las antiguas provincias y en las nuevas (las anexionadas en 1866, del reino).

Concluye su discreto discurso el señor Hagen examinando el presupuesto de gastos sometido á la aprobación de la Cámara y defendiendo las modificaciones que en él se han hecho; pide la supresión de 44 plazas de empleados, el aumento de la partida consignada para la dotación de la guardería, y otro aumento, por cierto bien notable, en la partida de gastos de explotación, que exige el alto precio de los jornales; cree que no es preciso dar explicaciones acerca de la necesidad de aprobar el presupuesto extraordinario de gastos por hallarse estos plenamente justificados, y suplica á la Cámara se digne admitir con benevolencia sus indicaciones.

El Sr. Schimmelfennig pide al ministro de Hacienda, que tan luego como mejore el estado del Tesoro público aumente la dotación de los ingenieros subalternos, pues la que ahora disfrutan no les permite tener escribientes, ni los medios de transporte que exige su penoso servicio, y ruega al propio tiempo que se igualen los sueldos de los ayudantes de las nuevas provincias con los de las antiguas, que son mayores.

El Sr. Schmidt se adhiere á la opinion del anterior, y añade: «únicamente la consideración de los apuros de la Hacienda ha podido contenerme en mi propósito de redactar una enmienda encaminada á pedir el aumento de los sueldos de los empleados forestales; la igualación de los haberes que perciben los de las nuevas y de las antiguas provincias debe hacerse aumentando á los que tienen poco, no disminuyendo á los que tienen mas;» es necesario, añade, «que se remuneren dignamente el personal, y elogia grandemente los méritos y distinguidos servicios de la administración forestal prusiana.

El Sr. Sachse (de la comision), se manifiesta conforme, en lo esencial, con las ideas emitidas por los dos últimos oradores que le han precedido en el uso de la palabra, y dice, que si se ha abstenido á su pesar de presentar voto particular aumentando el sueldo á los ingenieros subalternos y ayudantes, ha sido por no faltar á la costumbre admitida en la Cámara de no elevar los gastos á mayor cifra que la pedida por el Gobierno, y porque solo aumenta la comision la de aquellas que, inmediata y seguramente acrecerán los ingresos en el Tesoro.

Aduciendo numerosos datos expone el Sr. de Diest lo mal retribuidos que están los ingenieros subalternos en la provincia de Hannover; que debe procurarse que estos funcionarios estén satisfechos del resultado obtenido en su trabajosa carrera, y pide al Gobierno que atienda lo antes posible esta evidente necesidad.

El Sr. Grumbrecht, reitera iguales deseos, exponiendo de paso algunas diferencias que existían entre la antigua administración forestal hannoveriana y la que hoy rige.

El Sr. de Hagen, reasume los discursos pronunciados por los oradores en pró y contra de la totalidad del presupuesto, y dice, «desde la anexion de las provincias se ha aumentado el sueldo de los ingenieros subalternos de Hannover y mas aun el de los de Hessen. A nadie cedo en punto á desear que mejore la posición de los empleados del ramo, y el señor ministro que reconoce ya la necesidad de un aumento en la indemnización de los ingenieros que sirven en esas provincias, llevará á efecto lo antes posible la reforma que piden los señores diputados.»

Terminada la discusión de la totalidad y declarado así por el Presidente, se abre el debate sobre los capítulos.

Apruébanse sin más debate los de los títulos I y II del presupuesto de ingresos, y concedida la palabra al Sr. Bahr en

contra del III, núm. 1 y 2, indica en un breve discurso las modificaciones que cree deben introducirse en los arrendamientos de la caza para aumentar las rentas de los montes, especialmente en la provincia de Cassel, contestado por el Sr. de Hagen con una ligera exposición de las causas que motivan la corta producción de la caza de aquella localidad, se aprueban sin más discusión todos los capítulos del presupuesto de ingresos.

Apruébanse igualmente los cinco primeros títulos del de gastos.

El conde de Frankenberg, lee la siguiente adición propuesta al mismo por la comision: «Excítese al Gobierno á que active todo lo posible la redención de servidumbres que pesan sobre los montes del Estado, y á amortizar las rentas que bajo este concepto se satisfacen, presentando á la mayor brevedad á la Cámara un proyecto para realizarlo. Con gran copia de datos y poderosas razones demuestra el orador la necesidad de que serediman pronto las servidumbres, aunque para ello se tenga que recurrir á un empréstito de 88 á 100 millones de pesetas, cantidad que, á su juicio, bastará al objeto; manifiesta que no sería esta la primera vez que en circunstancias análogas se ha apelado á tal extremo; demuestra elocuentemente los impulsos patrióticos que le obligan á proponer esta medida, y pidiendo al Gobierno que presente un proyecto que pueda realizarse con ventajas, termina su peroración entre ruidosos bravos y aplausos.

El ministro de Hacienda Camphausen, se encarga de contestar al orador; no desconoce, antes confirma las ventajas económicas que el país había de reportar de una pronta y total redención de las servidumbres que pesan sobre los montes del Estado; pero si cree que no hay ahora oportunidad para ello, ruega á la Cámara que no acepte la enmienda en la seguridad que les ofrece el Gobierno, de que hará cuanto esté de su parte para efectuar la redención en la mayor escala posible; en toda la que permitan las circunstancias por que atraviesa el país.

Hace observar á la Cámara el señor Sachse, que la enmienda no habla precisamente de que se acuda á un empréstito, sino que se expresa en ella el deseo de que el Gobierno proceda con energía en esta cuestión. El ministro de Hacienda, dice el orador, ha confundido la palabra proposición ó proyecto (Vorlage) con la del empréstito (Anleihe) y lo que realmente se pide, es que el Gobierno haga un proyecto especial de las medidas que conviene adoptar, no que haga un empréstito.

Contesta al Sr. Sachse, el ministro que, en efecto, había entendido la proposición en el concepto de que la Cámara pedía al Gobierno un proyecto de empréstito, error disculpable si se atiende á que el defensor de la enmienda de la comision había hecho resaltar la necesidad de apelar al crédito para conseguir el objeto de ella.

La enmienda, puesta á votación, fué aceptada, y aprobado acto seguido el título VIII, núm. 1: el Sr. Schmidt sostiene otra enmienda al núm. 2, para que se haga constar en el presupuesto el número de casas que aun están por construir para los ingenieros subalternos y ayudantes, y para que se proceda á su construcción, singularmente las destinadas á los ayudantes; que en el presupuesto anterior así se hizo, y que ocasionándose graves perjuicios al servicio con la residencia de esos funcionarios á distancia de los montes, esto debía corregirse, no esforzando tanto sus razones en favor de los ingenieros subalternos, porque son pocos ya los edificios que falta construir para albergue de esta clase de facultativos.

No aparece en el presupuesto el número de edificios que faltan, le contesta el Sr. de Hagen, por carecer de datos respecto de las nuevas provincias; prometo, sin embargo, que en el próximo presupuesto se pondrá remedio á esta falta y quedará satisfecho el Sr. Schmidt.

Se aprueba sin más debate el núm. 2, y el Sr. Plehn se levanta á sostener una enmienda de la comision al título VIII. Comienza el orador su discurso, exponiendo que, á pesar de la predisposición de la Cámara á no aumentar las cifras pedidas por el Gobierno, como quiera que en el artículo adicional al presupuesto del año anterior se consigna: «Excítese al Gobierno á destinar en el presupuesto

próximo las cantidades necesarias para que en los montes de las antiguas provincias puedan repoblarse completamente todas las superficies forestales.» Cree el orador que se está en el caso de ejecutar lo que entonces acordó la Cámara, convencida de lo imprescindible de aquellas operaciones. No se hizo, al tomar dicho acuerdo, objeción alguna desde el banco ministerial; el comisionado del Gobierno declaró que éste se hallaba conforme, y, por lo tanto, continúa el Sr. Plehn, aunque el estado de la Hacienda haya originado la falta de ejecución, hay gastos de tal naturaleza, de tan absoluta precisión, que no deben eludirse, cualesquiera que sean las circunstancias, sin graves perjuicios para el Estado. En corroboración de su aserto, aduce los datos referentes á la superficie devastada en los años 1850 al 60 por plagas de orugas (1) que está sin repoblar y es de mas de tres leguas cuadradas; y aunque reconoce que en estos últimos años el Gobierno ha hecho mas que en los anteriores, puesto que desde 1857 á 1866 han venido destinándose al objeto 171.226 pesetas, por término medio, anualmente; de 1867 al 69, 313.291, y para 1870 se designan 400.480: estas cantidades son todavía insuficientes, á juicio del orador, y suplica, concluyendo su discurso, que la Cámara se sirva aprobar la enmienda de la comision.

«La Cámara no puede manifestar que el Gobierno haya desatendido la excitación formulada en el artículo adicional del presupuesto anterior, dice el señor Grumbrecht; la idea en ella envuelta era irrealizable; además, aquel artículo adicional se aprobó despues de un debate bastante tumultuoso, y es posible que, si se hubiese procedido con mas calma, y calculado sus consecuencias, no hubiera sido admitido. (Rumores en los bancos de la izquierda). Que se pregunte á cualquier ingeniero si es posible repoblar completamente toda la superficie forestal. Señores: si se quiere dar á estas palabras no mas que un valor relativo, es decir, que se repueble lo que sea posible, hay que destinar á este objeto muchos millones. Soy el primero en reconocer la necesidad de estos gastos; si el Gobierno pide 800.000 pesetas mas para atender á ellos, no le negaré mi voto; pero puesto que el Gobierno mismo cree que no puede emplear mas de las 400.480 que se consignan en el presupuesto de repoblación, creo que la Cámara no debe proponer mayor cantidad. No todo consiste en facilitar fondos, hay que tener en cuenta la posibilidad de la inversión: ¿habrá bastante número de brazos disponibles, el número de plantas preciso para consumir mayor cantidad de la presupuestada dentro del plazo de este ejercicio? Confiamos en que el Gobierno hará todo lo posible para atender á tan importante objeto, secundado por los ingenieros, y ruego á la Cámara que, convencida de la inutilidad de la enmienda la deseche, adhiriéndose á mis deseos los señores diputados que en el año anterior votaron el artículo adicional que se discute.»

Participo de la opinión del orador que acaba de dejar la palabra, expone el señor de Bockum-Dollfs, respecto del artículo adicional, y aun le creo injusto porque no se refiere mas que á las provincias antiguas, y las nuevas necesitan repoblarse; pero la Cámara está en su derecho al manifestar al Gobierno sus deseos de que se consignen mayores cantidades para determinados servicios; por eso en mi enmienda llamo la atención del ministro de Hacienda, para que las repoblaciones se ejecuten en mayor escala, sin que se limiten al año 1871, sino que se amplie el gasto á un número indeterminado de años; creo, pues, que mi enmienda es preferible á la de la comision, porque además trato en ella de las desecaciones de terrenos pantanosos.

El baron de Hoverbeck: «Es cosa inusitada aquí, que se levante un diputado á expresar su adhesión al Gobierno por no haber cumplido un acuerdo de la Cámara, como lo ha hecho el Sr. Grumbrecht; ¡Atención! llamar la de los señores diputados sobre este hecho, es el único motivo que me ha impulsado á tomar la palabra; no pretendo defender lo propuesto por la comision, porque ya lo ha hecho otro orador; pero hago observar que, lo que en general se dice acerca de la necesidad de disminuir gastos, no puede hacerse extensivo á aquellos cuyo

(1) Las del Bombyx monaca.

objeto es aumentar los ingresos, como sucede con los de que se trata.»

En pró también de la enmienda habla acto seguido el Sr. *Sachse*, pidiendo que se destinen mayores sumas para repoblar la superficie forestal inculta. Opina que es preferible aceptar el proyecto de la comisión que la enmienda del Sr. *Bockum-Dolffs*, porque en esta se entra en ciertos pormenores sobre los que debe dejarse en completa libertad de acción al Gobierno cuando se proceda á ejecutar las repoblaciones, por ejemplo; la desecación de pantanos no á propósito para la obtención de la turba.

El ministro de Hacienda: «Yo declaro, en nombre del Gobierno, nuestra conformidad con las opiniones de los señores que desean mas recursos para destinarlos á las repoblaciones; pero deseo hacer constar á los señores diputados que, sea admitida ó rechazada la enmienda presentada con ese fin, el Gobierno considera como un deber hacer en este asunto cuanto permitan las fuerzas del país.» (Muestras de aprobación.)

Después de estas palabras, de haber usado de ella el Sr. *Grumbrecht*, aludido personalmente, para manifestar á la Cámara que no era suya la culpa, y si de ésta haber tomado el año anterior una determinación irrealizable en la práctica, y que, no pudiendo aceptar la teoría de la infalibilidad de aquel Cuerpo legislativo, nada tiene de particular su adhesión al Gobierno por no haber cumplido lo prescrito en el artículo adicional. (En la derecha: ¡Muy cierto!) El baron de *Hoverbeck* se levanta á decir que no ve lo irrealizable del referido artículo adicional; que en él no se expresa que deba repoblarse completamente toda la superficie forestal en el próximo año, sino paulatina y sucesivamente, dedicando al objeto mayores cantidades de las que se han destinado hasta aquí, y que, por tanto, cree que cae por su base lo dicho por el Sr. *Grumbrecht*, que pretende, sin duda, poner en contradicción á la Cámara con su propio acuerdo.

No habiendo ningún diputado que tenga pedida la palabra, el secretario señor *Colberg* lee la enmienda del Sr. *Bockum-Dolffs*, que dice: «Las sumas destinadas para la repoblación de los montes se aumentarán en el próximo presupuesto lo necesario para poder poner en producción, mas pronto de lo que hasta hoy se ha hecho todas las superficies forestales, desecando también los pantanos que no son propios para la obtención de turba,» y puesta á votación, es desechada.

Se da lectura á la enmienda de la comisión, que dice: «La Cámara expresa al Gobierno su sentimiento por no haber atendido bastante su decisión á las repoblaciones consignadas en el presupuesto de 1869, y le excita á que en el que se discute se consigne la cantidad suficiente al objeto.» En votación ordinaria es también desechada.

Aprobados sin discusión los capítulos restantes del presupuesto de gastos ordinarios y los cuatro primeros del de extraordinarios, al discutirse el 5.º levántase á impugnarlo el Sr. *Bahr*, y dice: «me opongo á la construcción de un edificio en Münden con destino á escuela especial de ingenieros de montes, que costará unas 297.700 pesetas (detalla los gastos). Existe otra en Neustadt-Eberswalde, y pudiera atribuir á un mero capricho de la administración la fundación de esa especie de Universidad en pequeño, ahora que tanto se clama contra las pequeñas Universidades.» «Mas conveniente sería, añade, incorporar la nueva escuela á una Universidad, y se ahorrarían gastos; y ruego á la Cámara y al Gobierno que así lo estimen, y á este, que se sirva manifestar si ha empezado la construcción del edificio, y cómo se han invertido las 30.000 pesetas votadas el año anterior para este objeto.»

El Sr. *de Hagen*: «Señores, no es posible contestar en este momento en qué estado se encuentran los trabajos; puedo, sí, decir que no ha habido necesidad de adquirir terrenos para la nueva escuela, porque estos son de la propiedad del Estado; las obras están, en parte, ya contratadas, y el Sr. *Bahr* ha incurrido en error al asegurar que las 30.000 pesetas del presupuesto anterior se destinaban á la construcción del edificio, cuando en rigor con esa suma han tenido que cubrirse los gastos de sueldos de los profesores y otros de la enseñanza.»

«Entrando ahora en el fondo de la cuestión, diré al Sr. *Bahr* y á los señores di-

putados, que la creación de una nueva escuela en Münden no obedece á ningún capricho de la administración; ésta, al adoptar sus resoluciones, no obedece nunca á caprichos, sino á evidentes razones técnicas. (Aplausos en los bancos de la derecha.) Señores, á la creación de escuelas forestales independientes de las Universidades se debe el adelanto de la ciencia dasonómica y el progreso de las prácticas forestales de que todos nos felicitemos (¡muy cierto!); la organización de las escuelas de ingenieros de montes prusianas, se apoya en razones que todos conocéis y en autoridades que todo el mundo acata, entre otras, la de Alejandro de Humboldt. En los años 1830 al 40 había en casi todas las Universidades alemanas cátedras de ciencias forestales; existían, por ejemplo, en Kiel, Berlin, Leipzig, Göttingen, Marbourg, Gießen, Heidelberg, Zúbingen, Munich, etcétera. Ninguna llenó su objeto; ¿sabéis por qué? Porque, como ya dijo Humboldt, ES PRECISO TENER LA ESCUELA EN EL MONTE. (Voces: ¡muy cierto!) El consejo que este hombre ilustre dió al ministro de Hacienda, Sr. de Motz, fué que suprimiese el instituto dasonómico agregado á la Universidad de Berlin, y crease en su lugar una escuela especial de ingenieros en una localidad á propósito; la experiencia ha venido á demostrar plenamente la verdad de las razones que Humboldt adujo en apoyo de su opinión. Por lo demás, declaro sinceramente que calculamos un poco bajo el presupuesto de la nueva escuela, según así se demuestra en la Memoria que acompaña al presupuesto extraordinario de gastos; pero termino confiadamente, esperando que la Cámara aprobará la cantidad pedida por el Gobierno para un objeto útil.»

El Sr. *Plehn* hace algunas observaciones acerca de los inconvenientes de presupuestar sin tener á la vista los planos: el Sr. *Ellissen* habla en favor de la aprobación de la partida consignada, diciendo que es un gasto reproductivo; y consultada la Cámara, se concede la palabra al Sr. *Bahr*, para manifestar que no fué él quien padeció la equivocación, que le ha rectificado justamente el Sr. de Hagen, respecto del destino de las 30.000 pesetas, sino el entonces ministro de Hacienda, Sr. de Heydt; reconoce la razón que asiste á dicho Sr. de Hagen al negar en general la conveniencia de la unión de las escuelas de ingenieros á las Universidades que no estén rodeadas de monte; pero que vería con gusto que en aquellas que lo tienen inmediato se plantease su sistema.

No habiendo quien tuviera pedida la palabra, el Presidente da por terminada la discusión. Se pone á votación el párrafo 5.º, «segunda consignación para edificar una escuela de ingenieros de montes en Münden y gastos de instalación, 37.500 pesetas,» y queda aprobado, así como el presupuesto de gastos extraordinarios.

Continuó por algunos días la discusión de los presupuestos del Estado en la Cámara prusiana, y el 18 de Diciembre, señalado en la orden del día el presupuesto de Hacienda como objeto del debate, el Presidente puso á discusión el capítulo 3.º, administración forestal, mandando leer la siguiente enmienda: «1.º, suprimase la cláusula de gastos, construcción de una escuela de ingenieros de montes en Münden y su instalación, segunda consignación, 37.500 pesetas;» y «2.º, escítese al Gobierno á meditar seriamente sobre la conveniencia de incorporar la escuela de montes establecida provisionalmente en Münden á la Universidad de Marburg.»

En su apoyo dijo el autor Sr. *Bahr*: «Me he levantado ya otra vez á defender esta misma idea; creo que siendo la base y fundamento de la dasonomía las ciencias naturales, especialmente la física, la química, la botánica, mineralogía y geognosia, solo pueden estudiarse debidamente en grandes centros, en las Universidades, donde existen los medios necesarios para abarcar esa suma de conocimientos; y puesto que en Prusia queda ya de todos modos una escuela independiente, que es la de Neustadt-Eberswalde, me parece que sería muy oportuno y acertado que la otra que se va á establecer se incorpore á una Universidad, al menos como ensayo. Me parece que la opinión de Humboldt no se referiría sino á las Universidades que no estuviesen rodeadas de monte, como sucede en la de Berlin, localidad en efecto, poco favorable al estudio de la dasonomía; pero

tratándose de una población como la de Marburg, que está rodeada de 8.788 hectáreas de monte, merece tomarse en consideración esta circunstancia por la variedad de las condiciones geognósticas de la comarca, tan propia para el estudio de la geología.» Enumera después el orador las condiciones que reúnen los profesores de ciencias naturales con que cuenta aquel establecimiento, sus gabinetes, laboratorios y colecciones, su jardín botánico y su instituto zoológico; añade que solo se necesitarían pocos profesores para las ciencias forestales, y repite, en conclusión, que por lo menos se haga una prueba, porque siempre hay lugar para establecer la escuela en Münden, caso de no dar buenos resultados en Marburg.

El Sr. *de Hagen*: «No hay para qué excitar al Gobierno á que medite seriamente sobre la traslación de la escuela á Marburg, porque ya lo ha hecho y con muchísima detención: tanto, que la incorporación á aquella Universidad ó á la de Göttingen fué la primera idea que tuvo cuando se reconoció la necesidad de crear otra escuela de ingenieros, pero se desistió porque la opinión de las autoridades científicas á quienes el Gobierno consultó, fueron completamente contrarias á ello. No es este lugar oportuno, ni esta la ocasión de entrar en un debate técnico acerca de este punto. La experiencia está decididamente contra la incorporación de las escuelas de ingenieros á las Universidades. Ha habido cátedras de dasonomía, ha habido academias forestales en aquellas, y ninguna ha llenado su objeto, casi todas han tenido que cesar; la que estaba agregada á la Universidad de Berlin se trasladó por consejo de Humboldt á Neustadt-Eberswalde y no habrá quien dude que ha sido con buen éxito. Hay mas; habiéndose declarado el Gobierno contrario en principio á las incorporaciones, pensó aun en Marburg como punto donde podía establecerse la nueva escuela, contribuyendo no poco á ello, la Memoria de un gran ingeniero que ha vivido y ha enseñado allí muchos años y cuyo recuerdo está grabado en los corazones de cuantos visten el uniforme verde, el inspector Sr. de Wildungen. Por eso le era grato al Gobierno fundar allí la escuela; pero el sentimiento tuvo que ceder ante la conveniencia, la comparación de las circunstancias de los alrededores de Münden con los de Marburg no dejó lugar á duda.»

El orador describe admirablemente ambas comarcas, detallando las especies que pueblan sus montes, de cuyo examen resulta clara la ventaja de la de Münden sobre la de Marburg; siente no tener á mano los mapas geológicos y forestales para que los señores diputados pudieran convencerse con una simple ojeada de que era imposible dejar de elegir á Münden; trata después la cuestión bajo el punto de vista económico, diciendo que son cortos los gastos, que las cantidades destinadas á las dos escuelas de ingenieros son mezquinas, atendiendo á la importancia de estos establecimientos; tan mezquinas, que parecen una limosna, pues solo se consigna para ambas la corta suma de 71.250 pesetas; da conocimiento del estado en que se hallan las obras del edificio destinado á la nueva escuela, y concluye en medio de ruidosos aplausos, no dudando que la Cámara aprobará el presupuesto y desechará la enmienda del Sr. *Bahr*.

Los Sres. *Ellissen* y *Bahr* rectifican brevemente; puesta á votación la enmienda, es desechada; se aprueba después el capítulo III del presupuesto de Hacienda, relativo á la administración forestal. Y termina la discusión de los que se relacionan con los montes.

De esta suerte se discuten en aquel afortunado país los intereses forestales: con la atención y preferencia que revela el breve relato hecho, se estudian por los diputados los adelantos y progresos tanto técnicos como económicos que se han obtenido durante el ejercicio del año precedente. Allí están ya fuera de discusión ciertas verdades, que en otras naciones mucho mas atrasadas son motivo de acaloradas controversias; es cierto que lo propio sucede con algunos trasnochados sistemas filosóficos y otras lucubraciones metafísicas que traen revueltos á los hombres de nuestras academias y ateneos, después de muchos años que los sesudos alemanes no se ocupan en ellos.

Pero si la lectura de las sesiones prusianas ha herido el amor propio nacional de nuestros mas fervientes forestales, si cohibidos por el mismo sentimiento nos creemos escusados de entrar en el examen comparativo de lo que allí pasa y de lo que entre nosotros sucede, bueno es recordar que la poderosa confederación de la Alemania del Norte, nos lleva muchas jornadas de delantera en el camino que va recorriendo la humanidad, y no es culpa de nuestra generación, seguramente, habernos quedado tan rezagados. El reino de Prusia, que bajo muchos aspectos conocen los habituales lectores de la *Revista*, que ofrece uno de los primeros puestos en la lista de las naciones cultas, por su ilustración, por su buena administración, por el estado de su Hacienda, se halla asimismo á mucha altura en lo tocante á sus montes.

Recuerden las cifras que les hemos dado á estudiar sobre esta materia en los artículos publicados durante el año anterior; fíjense, por ejemplo, en la producción forestal; y cuando analicen las causas de por que la especie leñosa, de 1me.646 por hectárea que rendían los montes en 1835, se ha elevado á 2.513 en 1865; y la producción total en metálico, de 54.493,614 r., ha llegado en 1865 á 127.804,236, hallarán confirmado nuestro juicio y justificado el interés que ofrece el estudio de las discusiones de la Cámara prusiana, que ha puesto la pluma en nuestra mano.

Por eso no es extraño, antes muy natural que los diputados sobrepujen en su deseo de fomentar la riqueza forestal al del Gobierno mismo: si aquí se levantara un conde de Frankenberg á pedir al Gobierno la redención total de las servidumbres que pesan sobre los montes, aunque para ello fuera preciso levantar un empréstito de 400 millones de reales, fácil es suponer lo que sucedería; en cambio, ni entre aquellos diputados, ni aun entre los individuos del Gobierno se ha alzado una voz para protestar de una proposición que, en otras partes, sería considerada como un acto de demencia; si muchas para expresar la conformidad de pareceres y el sentimiento de que el estado del Tesoro no permita aceptarla.

Nuestra patria tiene hoy harto que hacer en buscar el medio de seguir, sin grandes perturbaciones, la marcha progresiva que la ponga en relación y concierto con las demás naciones cultas, á las que sigue de lejos; siglos de absolutismo y de tiranía moral y material la trajeron á este estado. Sin embargo, acepta con facilidad los adelantos que la experiencia agena declaró verdaderamente útiles y convenientes, y mejor los absolutamente necesarios. Así es que la escuela de montes, y el impulso que de vez en cuando recibe la organización del servicio, obedeciendo á la idea alemana, ha tenido entre nosotros cordial y entusiasta acogida. No importa que de vez en cuando se alarmen los partidarios de los montes ante la eventualidad de que ciertas teorías puedan convertirse en hechos perjudiciales á la riqueza forestal y á los intereses generales de que es protectora. A nosotros no nos alarma la manifestación ni la discusión de las ideas ó opiniones por extrañas y aun extravagantes que sean, lo que mas nos disgusta es el silencio: es preciso discurrir, que en el estado de expansión en que se hallan las inteligencias político-económicas de España por consecuencia del último sacudimiento social, nada tiene de extraño que se disputen el campo de las aplicaciones las mas opuestas teorías, tal vez las utopías mas arriesgadas, la verdad se abrirá siempre camino, mucho mas la verdad forestal, que al fin está ya contrastada entre nosotros; y aunque á los alarmados adeptos de los montes les asuste la verdadera inundación de tantas opiniones, de tan opuestas y aventuradas doctrinas forestales, conocidamente erróneas, tranquilicense, que en el mundo moral, como en el físico, esos fenómenos pasan dejando la broza ó la utopía en las márgenes, los errores, como las materias extrañas en el fondo, y las verdades y las aguas puras siguen después su regular y ordenado curso.

P. GONZALEZ DE LA PEÑA.

Un distinguido profesor, el Sr. Castroverde, persona muy conocida por su ilustración y talento, nos ha facilitado copia del arreglo que acaba de hacer al teatro español, de una producción dramática alemana. La insertamos con muchísimo gusto en nuestras columnas, y prescindimos de otros originales para poderla insertar íntegra en este número.

El Sr. Castroverde, director que ha sido últimamente del instituto provincial de Barcelona, de cuyo cargo le hemos visto separar con pena, ha prestado con este arreglo un servicio á las letras españolas. Acaso la inserción de esta producción dramática inspirará á alguno de nuestros directores de teatros la idea de ponerla en escena, lo cual celebráramos.

**DÉBORA,**

**LA GENEROSA HEBREA.**

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, ARREGLO DIRECTO DEL ALEMÁN PARA EL TEATRO ESPAÑOL, por D. CARLOS FERNÁNDEZ DE CASTROVERDE.

**Personas.**

- Lorenzo, juez del partido.
- José, su hijo.
- El maestro del pueblo.
- El cura.
- Ana, su sobrina.
- Un alguacil.
- El barbero.
- El sastre.
- El tendero.
- El panadero.
- La posadera.
- La tía Isabel.
- Santiago, un moznolo.
- Rosita, aldeana.
- Abraham, un anciano.
- Débora.
- Sara, una judía.
- Ruben.
- Un muchacho.
- Una muchacha.
- Aldeanos, aldeanas, judíos emigrantes y músicos.

La acción pasa en un pueblo del imperio austriaco. Entre el segundo y tercer acto hay ocho días de espacio, y entre el tercero y el cuarto hay cinco años.

**ACTO PRIMERO.**

(Aldea en Austria, Viernes Santo al medio día. En el foro, sobre una pequeña altura, una iglesia; en primer término, á la derecha, una casa de buena apariencia, rodeada de álamos, bajo uno de los cuales habrá una mesa redonda, con bancos. Aldeanos y aldeanas salen de la iglesia, donde se oyen los últimos acordes del órgano, y bajando la colina toman diversas direcciones. Poco despues, se ve salir al cura, que con paso lento se dirige al proscenio. Los niños y las mujeres le besan la mano, y los hombres se quitan el sombrero. Llegado el cura al proscenio, se le acerca su sobrina Ana, que llevará el libro de misa, y le besa la mano.)

**ESCENA PRIMERA.**

El cura, Ana.

**El cura.** ¡Buena Ana mía!

**Ana.** Sí, lo soy hoy, lo soy por vos y por vuestra palabra.

**El cura.** El hombre solo forma el entendimiento, Dios el corazón.

**Ana.** Pero hoy habeis elevado mi corazón con vuestras sublimes palabras.

**El cura.** No son mis palabras, hija mía; lo sublime es la acción que yo predicaba.

**Ana.** El amor y la pasión de Nuestro Señor y Redentor. ¡Ah! ¡Por qué hubo de sufrir tanto!

**El cura.** Para poder amar. El Dios terrible y severo de los judíos levantó una columna de nubes entre él y su pueblo, y le enseñó á que le respetasen. Jesucristo vivió y sufrió con la humanidad, y le enseñó el amor.

**Ana.** ¡Oh, pudiera yo sufrir por la humanidad!

**El cura.** Amala y sufrirás con ella.

**Ana.** Yo quisiera conmemorar el día de hoy con un sacrificio. Yo quisiera andar descalza por esos montes, hasta llenarme los pies de heridas para poder con mas tranquilidad contemplar las suyas.

**El cura.** Mas valdria que curases las heridas de otros. Los sacrificios de los héroes de nuestra fe no eran á menudo mas que triunfos de la vanidad.

**Ana.** ¡Oh, pudiera yo hacer hoy una buena obra! Pero... se me ocurre... (Dá una palmeada de alegría.) ¡Gracias, Dios mio, por haberme inspirado el pensamiento! Sabéis, tío, aquella mujer...

**El cura.** ¿La judía?

**Ana.** ¡La mendigal!

**El cura.** ¿La que tiene la criatura?

**Ana.** Dejádme ir en busca de ella, para poderla traer aquí con la pobrecita criatura; dejádme criársela, educarla y cuidar de la madre.

**El cura.** Te olvidas que no somos los señores de esta aldea; ¿puedes tú recibir aquí gente extraña, que mas tarde sea una carga para la comunidad?

**Ana.** No serían los primeros.

**El cura.** ¡Judíos!

**Ana.** ¡Séres como nosotros!

**El cura.** Pecaiores extraviados.

**Ana.** ¡Amaba Jesucristo menos á los pecadores que á los piadosos?

**El cura.** Deja tú esas cuestiones. Mira, allá viene el juez y su amigo, el maestro de escuela.

**Ana.** Hablaré con ellos.

**El cura.** Ya conoces sus opiniones.

**Ana.** El tío Lorenzo no me ha negado nada todavía.

**ESCENA SEGUNDA.**

(Lorenzo y el maestro de escuela vienen de la iglesia conversando, y de cuando en cuando se paran para hablar. Esto debera suceder durante el diálogo siguiente.)

**Lorenzo.** Por cada onza de alegría hay un quintal de cruz.

**El maestro.** Cosas del mundo.

**Lorenzo.** ¿No tengo razón? ¿De qué me sirve que la semilla empiece á dar fruto? ¿Para quién la he sembrado? Ya he llegado á la vejez, y ved qué hijo me ha salido.

**El maestro.** Un libre pensador, un soñador.

**Lorenzo.** Corriendo por esos mundos de Dios, hoy Viernes Santo, cuando todo buen cristiano redobla sus oraciones y nadie falta á la iglesia, mis ojos han estado clavados en la puerta, esperando verle entrar; ¡pero en vano! José no llegó, y lléveme el diablo si le olvido ésta.

**El maestro.** Cuando yo le pedía que viniese á formar coro en la iglesia, me dijo: «Cada pájaro tiene su canto; cacarear vos solo.» ¡Válgame Dios! Este fué su primer paso hácia la herejía.

**Ana (se acerca con timidez).** Dios os guarde, tío Lorenzo.

**Lorenzo.** Adios, Ana; hola, padre (señalando al cura) ¡qué sermón! Habeis llegado hasta el corazón; ¡y el muchacho no le ha oido ¡por vida del...! Cuanto mejor hablábais, mas sentimiento tenia yo de que no estuviese el presente.

**El cura.** Quién sabe lo que le habrá detenido. El muchacho es bueno, trabajador y sesudo.

**El maestro.** Del agua mansa nos libre Dios...

**Lorenzo.** No quiero que sea manso, ni sesudo; quiero que sea vivo, alegre; le perdonaré todas sus calaveradas, con tal de que sea buen cristiano, buen católico. Ved ahí á Anita; ¡qué contraste! ¡Tan guapa, tan modesta, tan cristiana y tan lista! ¡Por qué no me la dais para mi hijo? Yo le daré casa y campo y ajuar, y comeré con ellos el pan de la vejez; pero el tunteante...

**Ana.** No le injuriéis, tío Lorenzo, hasta haberle oido. Estará haciendo algun trabajo en la hacienda, y hasta haberlo concluido querrá ocultarlo.

**El maestro.** ¿Cómo le defiende!

**Ana.** Tío Lorenzo, tengo que pedir os un favor.

**Lorenzo.** ¿Qué me pide Anita?

**Ana.** No me interrumpais.

**Lorenzo.** Habla hasta mañana; hoy es día de fiesta, y con eso me quitarás el mal humor. (Se sienta el maestro de escuela á su lado; algunos aldeanos se acercan y otros se llevan el cura al foro.)

**Ana.** Ya habreís quizá oido decir que allá, en el bosque, una pobre mujer dió á luz tres gemelos. Tomé unos pedazos de tela de hilo usada, llevé un jarro de leche, metí pan en una cesta y me fui á socorrer á la recién parida. Hacia un sol ardiente de primavera, y cuando llegué á la entrada del bosque, sentime atraida por la fragancia del rico olor de las vecinas frescas, y poniendo en tierra el jarro y la cesta, fume en busca de la hermosa fruta. De repente siento pasos tras de mí, y á mi lado veo una mendiga con una criatura en brazos, abrazada al cuello. Era de estatura alta y de raro traje; su negra cabellera flotaba desatada sobre su desnuda espalda de oscura piel, y entre espesas negras cejas, centelleaban sus humildes ojos. Miró de hito en hito el jarro que estaba en tierra, y con cierta mezcla de timidez y orgullo para pedirlo, alzólo del suelo y quedóseme mirando, y como yo no se lo impedía, lo acercó á los labios de la criatura y apagó su sed; bebí con tanta ansia, con tanto placer, que el pecho de la mujer se enchia de gozo y alegría; maquinalmente la di también el pan, y recogiendo los trapillos la di todo lo que llevaba. Sin decir una palabra, apretóme la mano y llevóla á los labios. «¿Es vuestra la criatura?» la pregunté, «no», respondió. «¿De dónde venís?» y contestóme: «Soy una judía!» La mano me tembló, pero no me atreví á retirarla, y con una sonrisa de amargura, continuó: «Ya sabía que no me conoceríais; han expulsado á nuestro pueblo quemando nuestras chozas; huf con una mujer embarazada, y aquí en el bosque ha dado á luz esta criatura. Hemos buscado albergue entre las fieras del bosque... pues los hombres, nuestros semejantes, nos han rechazado!»

**El maestro.** ¿No pensásteis en la mendiga cristiana, para quien habeis destinado la leche, el pan y los trapillos?

**Ana.** La necesidad mas apremiante es la mas atendible. ¡Debia, acaso, preguntar á la criatura qué religion tenia, antes de apagarle la sed?

**Lorenzo (al maestro de escuela).** No interrumpais á la muchacha.

**Ana.** He concluido; pero antes habeis de concederme una gracia. Permittedme, como juez que soy del lugar, que reciba aquí á aquella infeliz.

**El maestro.** ¿A la judía? ¿Estais loca?

**Ana.** Para educar á la criatura.

**El maestro.** ¡Jesús, María y José! (Llamando al cura.) Oiga, señor cura, á su sobrina.

**Lorenzo.** No interrumpais á la muchacha.

**El maestro.** No señor, no puedo consentir que siga hablando de esa manera. Basta ya, para vergüenza nuestra, todo lo que ha dicho. ¡Meter una judía aquí en la aldea, con todos sus chiquuelos, en este país, que deja atrás mas de un seculum á todos los demás en ilustración, juicio

y sensatez, y que hace ya mas de un siglo que arrojó de su seno á los judíos!

**El cura (que se habia acercado).** A igual altura de ilustración llegaron los bárbaros de la Edad Media.

**El maestro.** Bien, señor cura; hacedme siempre la oposicion y seguid dando á la comunidad ese ejemplo de desobediencia á las disposiciones del Gobierno, aun vigentes: no es permitido á ningún judío pernóctar en todo el imperio; y por eso es feliz nuestro país, libre de estafas, usureros y malhechores, como sucede en otros países, en Hungría, en Polonia, en Bohemia y otros puntos.

**Lorenzo.** Vamos, maestro, que si fuera necesario, tambien encontraríamos estafas y usureros en nuestro país.

**Ana.** No hagais caso, tío Lorenzo.

**Lorenzo.** Hija mía, no es tan fácil como tú lo piensas. Veremos lo que puede hacerse.

**Ana.** Sed justo y humano.

**El maestro.** ¡Sí, seremos justos! Aquí se trata de un principio, de un sistema; se trata de hacer cumplir las leyes...

**Ana (á media voz).** De la humanidad...

**El maestro.** Las leyes del imperio. ¿No es verdad, compadre? ¿Qué dice á eso la posadera?

**ESCENA TERCERA.**

Dichos. (Aldeanos y aldeanas llenan el escenario, entre ellos el tendero, el panadero, el sastre, la posadera con su muchacho, la tía Isabel con su muleta de mano, cojeando.)

**La posadera.** ¿De qué se trata, sobre qué se disputa?

**El maestro.** Quiero traerlos al pueblo una judía con su criatura.

**Todos.** ¡Jesús, María!

**Lorenzo (al maestro).** Basta ya, maestro, no alboroteis el cotarro; nadie le ha preguntado y Ana se ha dirigido solo á mí (Queriendo irse). Vente, hija mía; vámonos, señor cura.

**El maestro.** Yo he de velar por la moral, yo educó á la juventud del pueblo.

**El cura.** Escuchad tambien mi voz (al pueblo): mi sobrina solo ha pedido que se albergue en el pueblo, por poco tiempo, á una pobre mujer con su criatura, que no tiene casa ni hogar.

**El sastre.** ¡Por corto tiempo! Esas son las palabras de siempre. Donde una vez entra esa gentuza, ni una legion de diablos basta á echarla fuera.

**El tendero.** Y despues se cuele el tío Abraham y el primo Moisés.

**El sastre.** Y tan pronto hacen de sastre como de panadero, y despues venden al público malas mercancías por la mitad de su precio.

**El panadero.** Y á los honrados artesanos nos echaa á perder el oficio.

**La posadera.** Una criatura judía en el pueblo, ¡virgen santísima! Qué vida la nuestra, sujetando á nuestros hijos todo el día para que no se rocen con el de la judía, no sea que les hagan algo.

**La tía Isabel (tosiendo).** ¡Virgen de los Dolores! ¡Qué cosas oyen mis oídos! ¡Ha de venir la judía á envenenarnos los pozos como sucedió en 1600, y otros años! ¡O á hacer tal vez mal de ojo á vuestros hijos, para que les dé la viruela negra y salgaa vízcos ó lisiados? Perdóneme el padre cura; pero vergüenza me daría tener la religion que él tiene. ¡Oh! animas benditas del purgatorio, quién habia de decir que el padre cura defendiera á los judíos, y en Viernes Santo (Cruza las manos sobre la cabeza.)

**Algunos aldeanos.** ¿Dónde está la judía?

**Lorenzo.** ¿Lo sé yo?

**El maestro.** Mientras vosotros estais aquí, anda ella por el pueblo. ¡Fuera brujas, fuera infanticidas!

**La posadera (buscando á su hijo).** ¡Frasquito! ¿Dónde está mi Frasquito? ¡Jesús, Jesús, tal vez se lo ha llevado ya la judía!

**Todos.** Busquémola. ¿Dónde está la judía? ¡Venga la judía! (Tumulto.)

**El cura (deteniendo al pueblo).** ¡Amigos, hijos míos, oidme!

**Voces.** ¡El cura es un liberal!

**Ana.** ¡Por Dios, vecina, tía Isabel, compadre Pedro, oid! He de ser yo la causa de la doble desgracia de esa infeliz! (Vanse muchos.)

**Lorenzo.** ¡Alto! ¡Alto todos! ¡Voto á Satanás! ¿No conocéis ya la voz del juez del lugar?

**(Se oyen voces al paño.)** ¡Ah! está la judía? ¡Ah! está la judía!

**Todos.** ¿Dónde está?

**Ana (asíéndose del brazo del cura).** Protejedla, tío, protejedla.

**Todos.** ¡Ah! viene! ¡La judía! ¡La judía!

**ESCENA CUARTA.**

Dichos, Débora seguida de algunos aldeanos.

**Débora (en primer término).** ¡Yo soy! ¿Qué queréis? (Pausa.)

**El maestro.** ¿Qué busca aquí esa vagabunda?

**Débora (mirando á su rededor).** Buscaba... (Sacudiendo la cabeza y á media voz.) A nadie, á nadie.

**Ana (acercándose á ella y tomándola del brazo).** Busca pan.

**Débora.** No es verdad, no he venido á mendigar. (Busca angustiada con la vista.) No está. (Quiere irse.)

**El tendero.** ¡Alto ahí! No te escaparás.

**La posadera (ocultando á su hijo detrás de ella).** Confíes antes á qué has venido.

**La tía Isabel.** Agarradla y no la solteis. Yo os diré á lo que ha venido. Detrás de aquel corral estaba escondida. Niégalo si puedes. ¿No es así? ¡Sabéis á lo que venia? Venid acá, escuchadme bien. (Con cierto misterio.) Mañana celebran

ellos su maldita Pascua, y estaba acechando vuestros hijos. (Débora se estremece.)

**La tía Isabel.** Mirad como vuelve los ojos. Judía, deliéndete, si puedes. (Débora sacude la cabeza.)

**Ana.** ¡Qué ideas!

**Lorenzo.** ¿Estais loca, tía Isabel?

**Todos.** ¡Al agua con ella! ¡Al agua con ella!

**Lorenzo.** ¡Alto digol!

**El cura.** ¡Oidme!

**Ana (llorando).** ¡Amigos míos! ¡Dios mio!

**La tía Isabel y el pueblo.** ¡Al agua con ella! ¡Apedreadla!

**Débora (se escapa de las manos del pueblo y corre al otro lado del escenario, donde queda de pie, con los brazos cruzados, en primer término).** ¡Matadme! ¡Matadme! (Crece el tumulto; en vano quiere Ana socorrerla; las masas se lo impiden acorralando á Débora.)

**El cura (separando las masas).** ¡Hombres, mujeres, pueblo extraviado! ¿Qué os ha hecho esa mujer? ¿Queréis supersticiosamente renovar los horrores, anatematizados ya por los siglos pasados?

**El pueblo.** ¡Muera la judía!

**El maestro.** ¡La voz del pueblo es la voz de Dios!

**El cura (inspirado).** La voz de Dios habla por boca de su consagrado sacerdote. ¡Atrás, pueblo ciego! ¡Yo cobijo su cabeza con mis manos sacerdotales! Hija de Judá, no tiembles; el sacerdote de Cristo pone sus consagradas manos sobre tu cabeza. ¡Ven acá!... (El cura va á poner las manos sobre la cabeza de la judía; ésta da un grito y atraviesa la escena corriendo y quedando en el término opuesto.)

**El pueblo (significadola).** ¡Veis como se estremece!

**La tía Isabel.** No puede soportar la mano del sacerdote. ¡Apedread á esa impía!

**El cura.** ¡Es impía! Pues bien; el que de entre vosotros sea inocente arrojéle la primera piedra. (Todos se callan; las masas se dispersan y el cura dice á Débora:) Vete en paz. (Débora vase lentamente. El pueblo murmura.)

**Lorenzo (al cura).** Debemos procurar que la judía pase la frontera. Su vida corre aquí peligro.

**La tía Isabel.** Estos son los curas liberales.

**El maestro.** Yo me encargo de dar parte al obispo.

**El sastre.** Todavía no se ha ido del mundo.

**Otros.** Hay mas días que longinizas. (Estas últimas exclamaciones tienen casi lugar al mismo tiempo que ha doblado Débora el camino del escenario, encontrándose con José.)

**ESCENA QUINTA.**

Dichos, José.

**Débora (en voz baja y temblando).** ¡José! José (como arriba). ¡Tú aquí!

**Débora.** Te buscaba.

**José.** Y yo á tí; vete, vete de aquí.

**Débora (resistiéndose).** ¡Hasta la vista!

**José.** Cerca de la cruz del bosque.

**Débora.** ¡Dios sea contigo; adios!

**José.** Vete, vete. (Vase Débora y el pueblo se dispersa.)

**ESCENA SEXTA.**

Lorenzo, José, Ana, el cura.

**José.** ¡Dios os guarde, padre!

**Lorenzo (señalando á la iglesia).** Allí vive Dios, saludado.

**José.** Dios vive en todas partes.

**Lorenzo (con enfado).** Hijo... (Moderándose.) En otra ocasion hablaremos. Padre cura, esta noche os espero, pues tenemos que hablar. Llegad á la sobrina.

**José.** Yo tengo que hacer fuera esta noche.

**Lorenzo.** ¡Otra vez! ¿Y dónde?

**José.** No me preguntéis como á un rapazuelo: padre, esta noche estaré fuera.

**Lorenzo (levantando la voz).** ¿Y á dónde? preguntó yo.

**José.** Si pudiera deciróslo, no os dejaría preguntar dos veces.

**El cura (con tono suave).** ¿Es precisa tu salida, José?

**José.** Venerable padre, así lo he dicho.

**Lorenzo.** Bueno; la eleccion es tuya; sigue por ese camino, que no será muy bueno cuando lo ocultas á tu padre y te apartas de la iglesia. Sigue apartándote de tu padre; pero si algun día le necesitas y le buscas, encontrarás el camino vedado á tu vuelta. Entra en tí, destierra de tu mente esas falsas doctrinas que te han inculcado en Viena, cuando fuiste allá á estudiar agricultura. Yo sé que tú piensas de otro modo que nosotros los aldeanos; pero no te olvides que esta vida es pasajera, que todo es ilusorio y que marchamos á paso de gigante hácia el día del juicio. (Con tono cariñoso.) Vuelve al seno de tu padre, José, quédate aquí esta noche, y no salgas. (Vase despacio con el cura.)

**ESCENA SÉTIMA.**

José, Ana.

**Ana.** No salgas esta noche, José, hazlo por mí.

**José.** No puede ser.

**Ana.** ¿A dónde has de ir?

**José.** ¡Tambien preguntas tú?

**Ana.** Porque siempre me lo has dicho todo. José, ¿por qué desconfías ahora de mí?

**José.** ¡Yo desconfiar de tí, sabiendo cuan buena eres!

**Ana.** ¿Y no nos hemos confiado siempre nuestras penas y nuestras alegrías? ¿No sabes tú todos mis secretos? (José suspira.) Mira, to-

davía llevo la sortija de plata que me trajiste de Viena, cuando por primera vez fuiste allá con tu padre. Mira como me corta el dedo: hace cinco años que lo llevo.

**José.** ¡Felices tiempos!  
**Ana.** ¡Es culpa mía que sean ahora menos felices! Si hay algo que te desagrada, ¿por qué no lo dices? ¿Por qué te has vuelto tan extraño con nosotros?

**José** (asíndola de la mano). ¡Ana!  
**Ana.** Anda, dímelo; te juro que quedará sepultado en mi pecho y que nadie lo sabrá. Abre el tuyo á una amiga y desahógate.

**José.** ¿Qué quieres que te diga?...  
**Ana.** ¿De dónde viene ese cambio? Apenas estás en casa, siempre andas errante como la judía.

**José** (con viveza). ¿Qué hacia aquí?  
**Ana.** No sé. ¡Ojalá hubieses estado aquí! Su vida corría peligro; querían matarla.

**José.** ¿Quién?  
**Ana.** Todos.  
**José.** ¡Adios!  
**Ana.** ¿Te vas al fin?

**José** (desasíndose de ella). ¡Urge, adios!  
**Ana** (comprimiendo las lágrimas). Dios y la Virgen te acompañen. (Vase á la casa.)

#### ESCENA OCTAVA.

##### Mutación.

(Selva. Una gran cruz á la derecha con la imagen de Jesucristo. Claridad de luna, sin que ésta sea visible. Después de una pausa, sale Débora.)

**Débora** (sola). ¡Bien venida seas, noche! La madre y su criatura duermen en la derruida cabaña que está en la viña, y á su umbral reposa encorvado Abraham, el ciego vigilante. Dormid, que vosotros no me necesitáis; los ángeles de Dios vigilan á los que duermen, á su derecha está Rafael, á su izquierda Gabriel, á sus espaldas vigila Uriel, y las alas protectoras de la magestad de Dios cobijan su cabeza. Pero yo... yo no duermo, y cuento impaciente las horas, hasta la venida de mi Mesías. ¡Oh José! ¡José! ¡Idolo de mi amor, yo te bendigo cada vez que pienso en tí. ¡José, cada vez que pienso, pienso en tí! ¡Oh ven, ven! Recibe toda la efusión de mi amor, de mi ardiente afán... Serena y tranquila está la noche; con dulce murmullo se mecen las hojas rezando; yo también quiero rezar, ¡ah! ¡á la cruz! (Retrocediendo.) Imagen misteriosa, ¿por qué me estremeces cuando te veo? ¿Por qué me espanta, cual fantasma, tu pálido rostro? Cual criatura en casa extraña, asustada busca un rostro conocido, así me asusto yo, y no hallo imagen conocida. (Sale la luna.)

**Débora** (inspirada). ¡Saludada seas! ¡Levántala! Si á tí te conozco, desde mi infancia, cuando llevaba la lamparilla, acompañando al padre para bendecir la luna. Entonces, levantando las manos hacia tí decía: así como yo en vano extendo mis brazos hacia tí, así sea para mí, el mal de mis enemigos, bendita sea tu salida y tu regreso, y así como has salido de la oscuridad, resucitará un día el pueblo de Israel. (Levantando las manos.) Así te ruego yo á tí, no para mi pueblo ni tampoco para la destruida ciudad de Zion, sino para aquel á quien mi alma adora. (Queda de pie con los ojos clavados en el cielo.)

#### ESCENA NOVENA.

##### Débora y José.

**José.** ¡Débora!  
**Débora.** ¿Eres tú, José?  
**José** (asíndola de la cintura). ¡Pobre corazón mío!

**Débora** (llorando de alegría). ¡Pobre! ¿No te tengo á tí, la luz de mi alma, el soplo de mi vida, la paz de mi muerte! Tu mirada, tu apretón de mano, tu aliento. ¿Dónde hay una reina mas feliz que yo?

**José.** ¡Amada mía!  
**Débora.** Amado tío, ¡dime! ¿Me amas?

**José.** ¿Me lo preguntas?  
**Débora.** No, te creo. ¿Qué he de creer sino te creo á tí! ¡Oh Dios mío... Olvidado... Olvidado está ese odio por tanto tiempo alimentado, tan profundo, tan nutrido.

**José.** ¿Cómo! ¿Odio?

**Débora.** ¿Y qué mas nos quedó? Cuando sobre las márgenes de Osabel, colgadas nuestras arpas de las mimbreras, cuando nuestros verdugos nos mandaban cantar, con sarcástica sonrisa decían: ¡cantadnos una canción! Y tomando nuestras destempladas arpas exclamábamos: ¡Ay de tí, Babel! Dichoso aquel que obre contigo, como tú has obrado. Y este canto es la canción de consuelo que años miles van cantando los hijos fugitivos de Judá. Aunque nos quemem las chozas y arrojem nuestros hijos al desierto, aunque nos lo arrebatan todo, no arrebatarán jamás de aquí el canto de venganza de los cipreses de Babel. (Con dulzura.) Tú, tú me lo has arrebatado; tú me has arrebatado el último tesoro, el dios del odio. Cuando te pregunté tu religión, me digiste: ¡Dios es amor! y yo me convertí....

**José.** No, tú eres la que me has convertido; en tus brazos he sentido la fuerza del amor. Desde aquella noche en que por primera vez te ví en la selva, enternecido de tu dolor, te ofrecí mi brazo, y te enseñé la cabaña que ahora sirve de albergue á los tuyos, y desde aquella noche me siento atraído á tí por un misterioso lazo, pobre hermosa Débora, que me ha robado la paz y el reposo. Cuando busco el sueño, tu imagen me lo impide, tus ojos negros me miran húmedos, tu larga y negra cabellera, enroscándose en mis manos, me arrastra hacia tu pecho.

Cuando la mirada penetrante de nuestro venerable sacerdote me pregunta, cuando el padre me interroga, cuando la amiga, hablándome al corazón, me dice: ¿Dónde está el antiguo amor? tu imagen se me presenta de nuevo y tu boca sella el secreto en mis labios. Por eso, enojado, me quejo de que me hayas quitado lo que mas amaba en mi juventud, y, sin embargo, siento que tú me has dado mas; y me enojo, temo y te compadezco y enojo, temor y dolor son mi amor.

**Débora.** No desalientes, querido mío, y siéntete conmigo cuán dulce es este sagrado misterio. Así ha estado siempre lo mas sagrado del templo encubierto y oculto á la mirada de todos los hombres, y así están la perla y el diamante en las profundidades, y son tan puros, porque no los profana la mirada del hombre. Tú dejaste á los tuyos, y yo á los míos, tú me encontraste en cambio, y yo te encuentro á tí; así caminaremos juntos, atravesando desiertos, á la tierra de promisión.

**José.** Sí, tienes razon, me voy contigo. Lejos, lejos de este país de tinieblas egipcias. No sin rubor, me miro á mí y á mi tiempo, en el que todo se mueve en los mas estrechos círculos, en el que solo gruñe la calumnia, muere de la envidia y se ensañan las pasiones. Tú me has arrancado á esa órbita, donde encadenado me tenía la preocupación. La lumbre de tus ojos me ha iluminado el camino para salir de tanta vulgaridad. ¡Mio es el mundo! ¡Mia es la humanidad! (Vivo.) Con ocho dias de camino llegaremos á puerto, al otro lado del Océano se levanta el baluarte de la República americana. Allí ambientan el cielo á todas las religiones, allí no pregunta el amor por la fe, allí labraremos un pedazo de tierra libre, y en nuestro hogar levantaremos un altar á la religión moderna, el amor á la humanidad. ¡Lloras, Débora?

**Débora.** No, solo pedía á Dios que no sobrevivieramos á nuestro amor.

**José.** Hoy mismo lo revelaré á mi padre.

**Débora.** ¿Estás decidido?...

**José.** A cumplir con mi deber de hijo. Verdad es que nada espero; ya has podido ver hoy con qué ceguada les ha castigado el cielo. ¿No estuviste en la aldea? ¿No te amenazaron con la muerte?

**Débora.** ¡No lo sentía, mi alma estaba contigo!

**José.** Yo quiero ser sacerdote de los derechos del hombre. Y si mi padre no me quiere escuchar, abandonaré la patria y me llevaré á mi amor en brazos al otro lado del mar. (La abraza.) ¡Adios, Débora! ¿Me seguirás?

**Débora.** ¿Pregunta la luz si le seguirá la sombra? Pero, ¡oh, Dios! ¿Qué será de ellos!

**José.** ¿De quién?

**Débora.** De la madre, de la criatura, del anciano ciego. Yo soy su vista, su mano, su pie. ¿Puedo abandonarlos?...

**José.** ¿A tus correligionarios?... Fácil es la elección, antes me dejarás á mí.

**Débora** (después de una lucha consigo, se acerca á él). ¡Amante mío! ¿Qué sería yo sin tí! ¿Pecar por tí si no es pecar!

**José.** ¿Me seguirás?

**Débora.** ¿Puedo elegir?

**José** (fuera de sí). ¡Esposa mía! Mañana por la noche te espero, ya sabes: allá, cerca de la empalizada del jardín, se eleva majestuoso un antiplúsimo áilamo en la encrucijada del camino: allí empezará para nosotros el nuevo camino de la vida... ¡Irás?...

**Débora.** ¡Iré!

**José.** ¡Para ser mía hasta en la eternidad!

**Débora** (cruzando las manos sobre su cabeza). ¡Dios te bendiga, querido mío!  
(José se vá, vuelve, la estrecha de nuevo entre sus brazos. Telón rápido.)

#### ACTO SEGUNDO.

(Sala en casa de Lorenzo. Una ventana grande al foro que dá á la aldea. Puertas laterales. En primer término un sillón de brazos)

##### ESCENA PRIMERA.

La posadera, el sastre, el tendero, el panadero, Ana, que sale por la puerta derecha seguida del barbero.

**El sastre.** ¿Qué hay, Anita?  
**Ana.** Gracias á Dios, ya vá mejor, desde que se le ha sangrado. (Dirigiéndose al barbero que sale por la derecha.) ¿No es así maestro?

**El barbero.** Quién sabe, Anita. La naturaleza es como un niño caprichoso. Hoy la castigamos, y creamos que ya está curada, y mañana vuelve á las andadas. Pero para eso somos los médicos.

**El tendero.** ¿Pero qué es lo que ha sucedido?

**El barbero.** Una apoplejía sanguinosa.

**El sastre.** ¿Un desmayo?

**El barbero.** Qué desmayo, ni que cuernos, una apoplejía sanguinosa, he dicho. Para eso somos los médicos.

**La posadera.** Y ayer estaba tan bueno.

**El barbero.** Que tiene eso de particular; el que hoy se ha muerto vivía ayer todavía; y todo el mundo no puede estar sano. Para eso somos los médicos.

**La posadera.** ¿Pero cuál ha sido la causa?

**Ana.** Una triste noticia.

**El barbero.** Qué causas ni qué cuernos. Un buen médico no se ocupa de las causas. Si hay fuego, lo apago y no pregunto quién lo ha encendido. También se puede enfermar sin causa. Para eso somos los médicos.

**Ana.** Diga Vd. maestro, ¿y José?

**El barbero.** ¿Teneis todavía las gotas que el otro día receté para el caballo? Déle unas cuan-

tas, que todo lo curan. Dios guarde á la compaña; aun tengo que poner unas ventosas al tío Martín el herrero, sangrar á la vasca de la tía María, y luego afeitar al padre cura. Para eso somos los médicos. (Vase apresuradamente.)

##### ESCENA SEGUNDA.

##### Dichos, sin el barbero.

**El tendero** (á Ana). ¡Qué susto hemos pasado en el pueblo! En todas partes se decía: al juez le ha dado un ataque. Toma, y lo que aun se añade, dicen que José tiene la culpa.

**Ana** (sobrecogida). No hay tal cosa.

**La posadera.** Dicen que ha tenido una pelotera muy grande con su padre.

**Ana.** No creais tales absurdos. El no se separa de la cabecera de la cama de su padre, llora y suspira, y no se acuerda del mundo para nada. Oigo llamar; ¡dos con Dios, amigos míos, y gracias por vuestro interés y cuidado. (Llamando.) ¡Voy, voy! (Vase por la derecha.)

##### ESCENA TERCERA.

##### Dichos, menos Ana.

(Esta escena deberá recitarse en voz baja.)

**El sastre.** Compadre, aquí hay gato encerrado.

**La posadera.** A mí que no me las cuenten.

**El tendero.** Anoche, á las siete, echamos un cigarrillo juntos, y estaba bueno y sano como la madre que lo parió.

**La posadera.** Y á media noche empiezan las idas y venidas, las corridas y las vueltas; tan pronto buscan vinagre, tan pronto llaman al barbero, yo pregunto á Anita, ésta no contesta, y vaya Vd. á saber lo que pasa.

**El panadero.** Yo estaba encendiendo el horno, cuando of corridas; me asomé á la ventana, y veo á José que llamaba al padre cura y á la sobrina; pregunto qué ocurre, y nadie me da razon.

**La posadera.** Y esta mañana, cuando vino el criado del juez á tomar su copa, dijo: Sabeis ya que mi amo ha tenido un ataque esta noche. ¿Por qué? ¿Cómo? Pero se despidió con cierto misterio.

**El sastre.** ¿Qué habrá sucedido? Dicen que una triste noticia, pero yo no he visto venir el correo, ni tampoco sé que haya llegado ningun propio. Si el maestro de escuela estuviese aquí...

**El tendero.** Cuando se nombra al ruin de Roma, luego asoma. Allí viene. (Acercándose á la ventana.) Vivo, maestro, vivo.

##### ESCENA CUARTA.

##### Dichos, el maestro.

**El maestro.** Dejame resollar.

**El sastre.** ¿De dónde venís?

**El maestro.** ¡Importante descubrimiento! Todo lo he hallado. El Estado puede vanagloriarse de tener un ciudadano como yo. A todos los he encontrado, toda la crápula entera. ¡Ah, bribon de José!

**La posadera.** ¿José!

**El sastre.** ¿Con que José?

**El maestro.** Ese solapado.

**El sastre.** Al grano, maestro, al grano, que se me enfrían las planchas.

**El tendero.** Vamos, que me esperan mis marchantes.

**El maestro.** ¿No sabeis nada?

**Todos.** Ni una palabra.

**El maestro.** (Se los lleva al primer término de la izquierda.) Anoche estuvieron en casa del juez, el cura y su sobrina para conferenciar, segun les habia dicho el juez, no sé sobre qué cosa. José estaba tambien citado; pero, en vez de asistir, se fué, y yo le ví caminar á paso ligero hacia la viña y luego tomé á la derecha, pasando por la cabaña, y dirigílose al bosque. ¡Hola! me dije, éste no vá á casa esta noche; me vine aquí y se lo conté al juez, el cual sacudió la cabeza, y empezaron su discusión. Cada cuarto de hora miraba el juez el reloj y todos estaban impacientes. La sobrina del cura afirmaba que vendría, el juez se paseaba por la habitación de arriba á abajo, todos guardaban un silencio sepulcral. Dan las diez, y de repente grita la sobrina del cura: ahí viene. El juez se sienta con mucha gravedad, como si trajesen un reo ante su presencia. José entra acalorado, con la camisa abierta, como uno que ha bebido demasiado. El sermón empieza: pero ¿quién creéis que lo predica? El moznolo, llamando al padre cura falso sacerdote, y como si el diablo estuviese dentro de él, ¡nos expone una nueva religión!

**Todos.** ¡Jesús, María y José!

**El maestro.** El juez se mordía los labios y tocaba una marcha con los pies. Al fin, no puede resistir más: el trueno descarga... y sacamos en limpio... que el moznolo está enamorado, que se quiere ir á América con su novia, que ama... ¡á la vagabunda!... ¡á la judía!

**El sastre.** ¿Dios de mi vida!

**El maestro.** Siempre lo habia yo dicho. No hay cosa mas mala que enviar á los jóvenes á que estudien en las grandes capitales. Pero habia de ver al padre; se levanta verde de cólera; Anita oculta el rostro entre las manos, y el cura se la lleva á la cabeza. Pero el moznolo sigue perorando con entusiasmo. Ha jurado á la vida ser su esposo, y se irá mendigando á América con ella, si el padre no le dá nada. El padre lo agarra. ¡Basta! le grita; tén la lengua, hijo degenerado; si no quieres nada de mí, llévate mi....

**La posadera.** ¡Maldición!

**El maestro.** Pero antes de haber pronunciado la palabra, cae al suelo sin sentido. Ahora grita, llora y suspira el perverso, y llama á su

padre y le besa la mano y le pide perdón. Ya es tarde; yo me he alegrado por él, para que le sirva de escarmiento; después de todo eso, me fui yo por el camino que hizo él anoche y descubrí toda la canalla. Un viejo judío, usurero, una mujer y una criatura, se albergan allí en la viña y la bruja con ellos. Allí lo han hechizado, pero ya lo pagarán.

**El panadero.** ¿Qué cosas se oyen!

**El tendero.** Gracias al barbero ya vá mejor el señor juez.

**La posadera.** ¿Y José?

**El sastre.** Ya le pasarán los caprichos hebreos.

**El maestro** (escuchando á la puerta). Allí está sentado, pálido como un cadáver. Es claro, la conciencia le remuerde. Se levanta, viene.

**La posadera.** Vámonos, compadre, no sea que nos hechice. (Váse por la izquierda.) Adios, maestro.

##### ESCENA QUINTA.

##### Maestro, solo (con misterio).

Hace ya veinte años que no veo á ninguno de ellos; yo me los quitaré de encima para que no me persigan por do quiera, como las malas conciencias. Anoche me parecia como si oyese que alguno me llamara por mi nombre, me fui y no quise oírlo, y en torno de mi cabeza fluctuaba continuamente el conocido rostro de un judío, que con misterioso aspecto, guiándome me decía: Ya lo sé, ya lo sé; pero yo me callaré, yo me callaré. Y todas las cabezas de la aldea estaban allí, todas reunidas, todas lo habian visto, todas lo habian oido, todas me llamaban por mi nombre. (Exhalando un profundo suspiro.) Yo haré que desaparezcan esos amonestadores. (Vase por la izquierda.)

##### ESCENA SEXTA.

##### José (pálido), Ana (saliendo por la derecha).

**Ana.** Animo, José. Ya está mucho mejor. Cuán pálido estás; que encendidos tienes los ojos. Si en algo me estimas, abandona el desaliento.

**José** (con voz hueca). ¡Estoy maldecido!

**Ana.** ¡No es así! Esa palabra no deben jamás pronunciarla los labios de un padre. Por eso se los selló Dios antes de terminar la frase.

**José.** Cuando me acusábais, me sentía inocente; ahora que me perdonáis, me siento culpable.

**Ana.** Si no hubieses vivido tan separado de nosotros, no hubiéramos pasado por este disgusto.

**José.** ¿Qué quieres que confiese? Yo mismo no sé cómo ha sucedido; cómo mi compasión se ha convertido en amor y desesperación. ¡Oh! Ana, si hubieras visto cómo clavaban sus grandes y húmedos ojos en los míos, cuya mirada penetraba en mi alma exaltando piedad y amor.

**Ana.** Eso es porque eres tan bueno, tan noble; y ¿cuándo la volviste á ver?

**José.** No puedo decirte las veces; pero insensiblemente me sentía atraído hacia el bosque. Al principio iba tímido, como el que cometió un pecado; cuando repicaban las campanas de la iglesia, me parecia como si me llamasen. Pero echándome en cara mi debilidad, seguía mi camino. Ella me salía al encuentro, tan vehemente, tan apasionada, que entonces comprendí lo que es Dios y la eternidad, como si llevado en alas por esas alturas, volásemos ambos por elevadas regiones, como se vuela soñando, con angustia y con placer. Y cuando pensaba en los sufrimientos de su pueblo, en la humanidad desheredada por la humanidad... ¿Condenarás tú que haya jurado ser su angel salvador? Volví á mi casa con el corazón lleno de odio y desprecio contra la desapiadada humanidad, y tu dulce y cariñoso imagen se presentaba á mis ojos y desvanecía mi furor. Así anda mi corazón errante, cual hoja en el torbellino, y maldecido mi odio y mi amor, no sabia á dónde dirigirme.

**Ana.** Donde la felicidad te llamase. ¿A dónde te llamaba, José?

**José.** ¡Felicidad!... Yo volaba como la mariposa en torno de la luz. La pasión se apoderó de mí, con tanto dolor, con tanto furor, como si hubiese sido obra de un hechizo. Y, sin embargo, Ana, volviendo el otro día del bosque, pasé por el molino, ¿sabes, aquella colina verde, nuestro sitio favorito? La rueda giraba á su acostumbrado compás, y la luna, de vez en cuando, ocultaba su fulgor entre pasajeras nubes, y á la puerta del molino, con su nieto en la falda, estaba sentado el viejo molinero; los jóvenes esposos contemplaban desde el umbral de la puerta al alegre abuelo, que con la criatura jugaba. Mi corazón se comprimí; una lágrima se asomó á mis ojos, y como saltando de las aguas y elevándose á mi vista, me pareció, Ana, ver tu cándida, piadosa imagen.

**Ana.** ¡Oh, José!

**José.** Y mientras te veía, se evaporaban de mi mente las atormentadoras figuras; mi corazón latía con mas desahogo, y absuelto me sentía de toda culpa. Pero luego te ibas... y negras nubes oscurecían de nuevo mi frente, y en mis oídos resonaba de nuevo mi nombre, en tono tan quejumbroso, tan dolorido; y un rostro melancólico de indescriptible belleza y de radiantes ojos se presentaba á mi vista. ¡Débora, pobre corazón mío, yo te amo! (Se cubre el rostro con las manos.)

**Ana** (con sentimiento). Sí, debes amarla; debes amar en ella á la humanidad que sufre. Créeme; tú desconoces el impulso de tu generoso corazón. Aliviemos unidos su triste suerte; protejámosla y salvémosla á ella y á los suyos; y si no podemos hacerlo en nuestra patria, aconipañémos nuestro socorro en la emigración. Hace ya

tiempo, mucho antes de saber tu secreto, que me habia propuesto vender la cadena de mi madre y las manecillas de plata de mi libro de misa; véndelo José; lévale ese socorro para ella y para los suyos: mas no pidan; lo tomarán agradecidos y seguirán su camino.

**José.** ¿Eso crees tú?  
**Ana.** Y con ella desaparecerá nuestra mala estrella.

**José.** No ofendas un corazón que tú no conoces. Y aunque se vaya, ¿quién desterrará su imagen de mi alma? Aquí quedará grabada hasta que me arranquen el corazón. No puedo condenarla, no puedo olvidarla; solo puedo amarla.

**Ana.** Ahí viene tu padre.  
**José** (serenándose). ¡Mi padre!  
**Ana** (tomándole de la mano). Sal á su encuentro.

**José.** No me atrevo. (Queda de pie en primer término, y Ana le sale al encuentro.)

ESCENA SETIMA.

Dichos, Lorenzo (apoyado en el cura).

**Lorenzo.** Abre la ventana, Anita, que entre el aire fresco de la pascua. (Ana abre la ventana y Lorenzo se quita el gorro.) (Lorenzo con dulzura.) ¡Señor, te doy gracias por las fiestas de la resurrección! José, hijo mío! (José se le acerca apresuradamente.) (Lorenzo enternece.) Yo te bendigo. (Apoyándose en su cabeza.) Ves, hijo mío, cómo estas palabras no han muerto en mis labios. Yo iba á cometer un horrible pecado. ¡Perdonadme, padre, perdóname, José!

**José.** ¡Oh, padre mío!  
**El cura.** Sentaos.  
**Lorenzo** (sentándose). Me siento muy fuerte. Ha desaparecido la bilis, con la sangre negra; el mundo se me presenta risueño y festivo. Vamos, José, explícate ahora, que quiero oírte.

**José.** Dejarme callar.  
**El cura.** Tu silencio no te ha traído bendición alguna.

**José.** Mis revelaciones tampoco me las traerán. Para mí ya no hay bendición; á do quiera que torno la vista, no veo mas que maldición y miserias. Prefiero que mi corazón reviente, antes que partir el vuestro, padre, pues ya está hecho lo que no puedo variar.

**Lorenzo.** ¿Sigues aun amando á la hebrea?

**José** (tiubeando). La amo. (Pausa.)  
**Lorenzo** (con calma). Ya ves que estoy desapasionado. No quiero disuadirte, hijo mío; ya eres mayor de edad, y solo tú has de responder ante Dios de tus obras y de tus hechos. Pero no te olvides de una cosa. Un ataque como el de ayer, aunque pasajero, es siempre una receta del cielo, donde leerse puede: ¡preparate para el camino! Entonces sienten los hombres por primera vez que se necesitan y que deben amarse. ¿No lo sentiste tú tambien? (José le toma la mano.)

**Lorenzo** (levantándose poco á poco). Y ahora representale á esa mujer con todos sus hechizos. ¿Podrás tú sacrificarnos á todos por ella?

**José.** ¡Oh, Dios mío!  
**Lorenzo.** Porque así ha de suceder. Las leyes de nuestro país no toleran tales matrimonios, á no ser que tú la persuadas de que abjure de su fe; y si por amor á ti cambia de religion, ¿qué te quedará despues que pase el amor? Quedarás encadenado á una mujer que desprecia el altar donde tú rezas, que no cruzará las manos de tus hijos para que rezen el Padre nuestro, que te mirará con sarcástica sonrisa, cuando en el lecho de la muerte pidas los santos sacramentos, que nunca se arrodillará contigo en la tumba de tu padre, porque la cruz que habrá en ella le espanta. ¿O crees tú que jamás podrá olvidar las creencias de su infancia? ¿Eres tú tan sabio que llares fábula á nuestra religion? ¿No tendrás jamás deseos á esa fábula?

**José.** No podéis decirme, padre, mas de lo que yo me tengo unil veces preguntado. Pero el voto que le he hecho ya, padre, (al cura) ¿puede jamás lavarse ese pecado?

**El cura.** Hijo mío, tu primer deber pertenece á Dios. Todo voto que hicieras contrario á tu religion, es un perjurio; quebrantar un perjurio, no es un pecado. Tú sabes bien que honro al hombre, en el cristiano como en el judío; pero tú quieres privar á tus hijos del cristianismo; la humanidad está en el cristianismo, y no el cristianismo en la humanidad; y esas nuevas religiones que inventa nuestra razon, ¿crees tú que se sostendrán cuando en la lucha de la muerte, nuestra razon se vea hollada en el polvo cual mísero gusano? ¿La humanidad sin el cristianismo es como un ave sin alas que quiere elevarse á los cielos? Hijo mío, no se desprecia el diamante en bruto, pero solo el pulido nos sirve de adorno. La consorte de tu vida debe estar purificada y santificada por el cristianismo. Mira como la esposa del cristiano trabaja y se afana en el hogar doméstico, cómo procura bajar el cielo á la tierra. ¿Por qué? Porque cree en el cielo. Sí, José. Tu empresa ha sido mal pensada, tu imaginación te ha fascinado. Vuelve en tí, y abre los ojos.

**José.** Si pudieseis leer en el fondo de mi corazón, tendríais piedad de mí. Mi corazón está tan pegado á vuestras personas, tan pegado á la suya, que saltaría en mi pecho costandome la vida... No exijais de mí decision alguna; no quiero ser causa de mas pesares. Decidme lo que he de hacer, que yo me esforzaré en hacerlo.

**Lorenzo.** Te será difícil, lo creo, hijo mío; mas fácil le será á la judía. ¿Crees tú de veras en su amor?

**José.** Como en Dios.

**Lorenzo.** Pobre mancebo, cómo has caído en

sus redes; pero con dinero logras tu rescate. Esa gente lo hace todo por el dinero.

**José** (indignado). Eso lo creéis vos.  
**Lorenzo.** Hijo mío, si á la vista de la bolsa voluntariamente te abandona, ¿y entonces?

**José.** Padre, vos me despreciáis.  
**Lorenzo.** Algun día conocerás la bondad de los consejos de tu padre. Los ojos de la juventud no miran mas que lo exterior, la experiencia y la vejez conocen el exterior y el interior. ¡Ha de ser esa tal vez diferente de los de su casta? Si quieres, haremos la prueba; ella te facilitará la lucha.

**José.** Nada pido, nada quiero, nada digo; haced lo que queráis. Tomadme, ocultadme, padre, amigo, Ana, que no la vea jamás, pues si la vuelvo á ver, dadme por perdido.

**Lorenzo.** Sosiégate, viene gente. Es nuestro amigo el maestro de escuela.

ESCENA OCTAVA.

Dicho, el maestro.

**El maestro.** ¡Felices! ¡Estamos ya de pie! (En voz baja á Lorenzo.) Noticias importantes.  
**Lorenzo.** Hablad alto, maestro, que no hay secretos entre nosotros.

**El maestro.** ¿Ya se han hecho las amistades?

**Lorenzo.** ¿Pues qué os figurabais de mi hijo? Y chiton sobre el asunto, maestro. ¿Me oís?

**El maestro.** ¡Válgame Jesucristo! ¿Me conocéis de ayer? Conque, ¿qué se hace con los juicios? El pueblo está irritado y temo algun atropello. Todo el mundo sabe que esa canalla se alberga allá en la viña.

**José.** ¡Oh, cielos!

**Lorenzo.** Quietos, quietos, que no les sucederá nada. Que vaya el alguacil con dos hombres para que nadie les moleste. Y á vos, maestro, tengo que hacer os un encargo.

**El maestro.** ¿Y es?

**Lorenzo.** Toma la llave, José, y arriba, en la ómoda, hallarás una bolsa de cuero. Andá. (Vase José maquinalmente.) Maestro, ireis en busca de la judía.

**El maestro.** Bueno, bueno.

**El cura.** Que vaya Anita con él.

**Ana.** Sí, tío Lorenzo.

**Lorenzo.** Es mejor que vaya el maestro solo. Tomais el dinero y lo ofrecéis á la judía, con condicion de que se vaya, añadiendo que se les dará además comida para el camino.

**Ana.** Pero en buenos términos, maestro.

**El maestro.** Enseñadme á decirlo.

**El cura.** No habeis de las leyes, ni les intimideis tampoco.

**Lorenzo.** Le presentais sencillamente la cuestion y esperais la respuesta. Conque al avio, maestro. Al anochecer podeis estar de vuelta; ya se le darán las gracias si trae buenas noticias. (José vuelve con el dinero.)

**El maestro** (tomándolo). Quedaos tranquilos. No podiais haber hecho mejor eleccion. (Vase.)

**Ana.** Volved pronto. (Se oyen campanas.)

**El cura.** Tocan á vísperas. (Quiere irse.)

**Lorenzo.** Esperad, padre, que yo voy tambien. Hijo mío, desde que has vuelto en tí, he rejuvenecido. Ven con nosotros.

**Ana.** Ven, José. (Le da la mano. José sigue maquinalmente.)

**Lorenzo** (mirándolos). Cuando los veo así juntos, me parece que Dios los ha destinado el uno para el otro. ¿Qué dice el padre cura? (Vánse todos.)

Mutacion.

Interior de una cabaña de techo bajo, una puerta abierta á la izquierda que conduce á una especie de cuarto. En el foro una mala puerta con grandes rendijas. Silba el viento. Esta oscuro.

ESCENA NOVENA.

Sale Sara por la puerta de la izquierda.

**Sara.** ¡Quién pudiera dormir como duerme esa criatura! ¡Qué inocente está de lo que nos pasa! Ella rió y juguetea, mientras yo, á fuerza de miseria, voy perdiendo la leche, y ella entones... llorará una hora y despues... (Abre la puerta, silba el viento.) ¡Abraham! ¿Qué haces ahí fuera, si no ves nada?

**Abraham** (entrando). Pero oigo.

**Sara.** Silbar el viento.

**Abraham.** En el viento vino Dios, alabado sea, cuando pasó por delante de Elías el profeta.

**Sara.** Cuánto tiempo hace que esperamos al profeta Elías, y todavía no ha venido.

**Abraham.** Mejor para nosotros.

**Sara.** ¿Qué es mejor? ¿Que nos muramos de hambre y de frio? Cuando estábamos en Hungría, y mi marido trabajaba y teníamos nuestra casita y qué comer, eso era mejor. Dios perdone á los que nos lo han quitado. Mi marido, muerto; mi hijo desnudo y nosotros vagamos por el mundo uritando de frio.

**Abraham.** Si Dios lo envia, alabado sea, será para nuestro bien; y si Dios no lo envia, ¿por qué te quejas?

**Sara.** Lo mismo dirás si te matasen.

**Abraham.** Lo mismo diría.

**Sara.** Hoy empieza la Pascua. ¿Dónde estábamos hace un año? Yo estaba sentada á su lado, vestida de blanco, y sobre la mesa estaba el pan de pascua y la verdura. Y él cantó: Hoy en la esclavitud, y dentro de un año en Jerusalem. (Con amarga sonrisa.) Sí, en Jerusalem, Dios lo ha cumplido.

**Abraham.** No blasfemes.

**Sara.** ¿Qué hemos hecho nosotros? ¿Dónde está la justicia? ¿Qué ha hecho esa criatura para vivir como vive? ¿Y si nos echan en medio de la tormenta?

**Abraham.** ¡Cúmplase la voluntad de Dios, alabado sea!

**Sara.** Que Dios te guie por esos mundos. Yo no aguardo mas. Tomaré á mi hijo á cuestras y emprenderé el camino de Bohemia, donde viven los míos. Dios me perdone, pero sola saldré adelante; yo te dejo.

**Abraham.** Mejor para mí.

**Sara** (con ironía). ¿Eso tambien?

**Abraham.** Tambien eso. Es una gota mas en el cáliz que está al pié del trono de nuestro Señor, alabado sea, allí caen todas las gotas de la sangre que nos sacan, y toda la hiel y amargura que nos dan, y cuando esté lleno el cáliz y se derrame, entonces vendrá el hijo de David, el Mesías.

**Sara** (con ironía). Espéralo. (Entra en el cuarto de la izquierda.)

**Abraham.** Le esperaré. (Oscurece.)

ESCENA DECIMA.

Abraham, Débora (con un saco de hilo en la mano.)

**Abraham.** ¡Débora!

**Débora.** ¡Padre!

**Abraham.** ¿Hace luna?

**Débora.** Está luchando con las nubes de la tempestad.

**Abraham.** Vuélveme la cara hácia donde está. (Débora lo hace.)

**Sara** (saliendo). ¿Traes algo?

**Débora.** Patatas, pan y vino.

**Sara.** ¿De dónde?

**Débora.** Come y no preguntes.

**Sara.** Bendita sea tu mano. Si no fuera por tí, ya hubiésemos perecido. (Vase con el saco.)

**Abraham.** ¿Dónde está la puerta? Quiero echarme.

**Débora.** Venid, padre.

**Abraham.** De tus dedos emana la luz; cuando tú estás aquí, salen las estrellas de mi noche. Bendita sea la mano que me guia, ni pie no tropieza. (Débora se lo lleva. Una fuerte ráfaga de viento.)

**Débora** (volviendo despacio). Y cuando yo me vaya... ¡Dios eterno! ¡Perecerá la criatura, morirá la madre, y no habrá quien guie al ciego! ¡Maldito sea quien rompe la muleta al cojo! ¡Y sin embargo, los abandonó!... (Se coloca en medio del escenario con fervor.) ¡Señor, tú que lees en mi interior, y que me conoces, no tengo fuerzas, pierdo la voluntad, no me queda otro recurso, iré con él, aunque el camino me conduzca al pecado, á la muerte; no me queda otra eleccion! Fuerte como la muerte es el amor; firme como el infierno su voluntad, una chispa de Dios; su fuerza escude á todos los poderes de la tierra. (Con ternura.) ¡Oh Dios! á tu cuidado dejo esos pobres abandonados; cobijalos con la sombra de tus alas, llévalos en tus manos para que no tropiecen; tú que ni dormitas ni duermes, ángel guardian de Israel. Adios... no... no... antes he de ver á la criatura. (Se acerca al cuarto, escucha, y se vuelve despacio.) Está durmiendo. (Reprimiendo las lágrimas.) No desmayes corazón. Amor mio, espera, que te siga. (Vase. Fuerte ráfaga de viento.)

ESCENA DECIMA SEGUNDA.

El maestro, el alguacil, Santiago, dos aldeanos (con linternas.)

**El maestro.** ¡Voto á Satanás, qué camino! Y luego tan oscuro y amenazando tormenta; en fin, veremos dónde está esa gente.

**El alguacil.** Pronto lo sabremos.

**El maestro.** Y fuera consideraciones, no queremos aquí judíos.

**El alguacil.** Fuera judíos.

**El maestro.** Si no se van á las buenas, les haremos salir á las malas.

**El alguacil.** A las buenas ó á las malas, fuera judíos.

**El maestro.** Las leyes nos favorecen, además daremos gusto al señor juez, según me ha insinuado, ¿me entendéis?

**El alguacil.** Y entiendo.

**El maestro.** ¡Hola! no hay nadie por ahí. (Pausa.)

ESCENA DECIMA TERCERA.

Dichos, Sara.

**Sara.** ¡Oh cielos! ¿Quién está ahí?

**El maestro.** ¿Quién mas hay ahí?

**Sara.** Señor, un pobre ciego y una criatura; no hacemos mal á nadie.

**El maestro.** No hacéis mal á nadie. ¿No sabéis que no es permitido á los judíos pernoctar aquí una sola noche?

**Sara.** Queríamos huir á Bohemia donde yo tengo parientes; pero no pudimos seguir el camino, porque sobrecogida de espanto di á luz esa criatura antes de tiempo.

**El maestro.** ¿Y cómo habeis encontrado esta cabaña?

**Sara.** Señor, ella nos condujo aquí.

**El maestro.** ¿Quién?

**Sara.** Débora, la hija del rabino David el sabio.

**El maestro.** ¿Con qué derecho?

**Sara.** Señor, os juro que no lo sé.

**El maestro.** Yo lo sé. Yo conozco vuestros ardides. Pero todo se acabó, os pondreis hoy mismo en camino. ¿Y dónde está esa mujer?

**Sara.** Estará sentada en la viña. ¿Decís que hemos de marchar?

**El maestro.** Hoy mismo.

**Sara.** Eso nos faltaba. ¡Dios mio, tened misericordia! (Truena.)

**El maestro.** Os conduciran hasta la frontera de Bohemia.

**Sara** (alegre). ¿A Bohemia?...

**El maestro.** Y se os dará para el camino.

**Sara.** ¿Nos darán para el camino? Señor, dejadme que os bese las manos.

**El maestro.** Y este dinero.

**Sara** (gritando). ¡Dinero, dinero!

**El maestro.** Si hacéis que la otra...

**Sara.** Dinero, ¿por qué no? Yo os juro que vendrá. Y este dinero ¿será para nosotros?

**El maestro.** Si os vais cuanto antes y no volveis mas por aquí.

**Sara.** ¡Débora, Débora, Abraham! Estamos salvados.

**El maestro.** Vos me respondeis de la otra.  
**Sara.** Dios de Israel, por qué no he de responder por ella. Os doy las gracias en nombre suyo, y por ella os bendigo; pero todo este dinero, diez, veinte, treinta. ¡Débora! (Vase por la izquierda.)

**El maestro.** ¿La habeis oído?

**El alguacil.** Lo hemos oído.

**El maestro** (á Santiago). Corre al pueblo y díle al señor juez que la hebrea ha tomado el dinero, que se va voluntariamente, ¿lo oyes? Con que corre y díselo al señor juez.

**Sara** (volviendo). No la encuentro. ¿Dónde está? ¡Débora! (Entra en la habitacion y sale Abraham.)

ESCENA DECIMACUARTA.

Dichos, Abraham.

**Abraham.** Oigo ahí una voz, una voz extraña, y sin embargo no me es desconocida.

**El maestro.** ¿Quién es ese anciano?

**Sara** (vuelve con un llo y el niño en brazos). ¡Abraham! Ya tenemos dinero, Dios ha tenido piedad de nosotros, ya tenemos que comer. Aquí está el hombre que Dios, alabado sea en él, bendiga. Ven, Abraham y bésale la mano.

**El maestro.** Recojed vuestros cuatro trapos, y al avio.

**Abraham.** ¡Esa voz, esa voz me es conocida! Vivía en Presburgo un hombre que se llamaba Natan, y habia sido maestro de canto en la escuela. Esa voz me parece la suya.

**El maestro** (palideciendo). ¡Está loco ese hombre!...

**Abraham** (con voz inspirada). Tenia un hijo, y este hijo se habia ido y se habia hecho bautizar, habia seguido una carrera y se fué á correr mundo.

**El maestro.** ¡Jesus María y José! ¡Este hombre está loco! ¿A qué viene esa relacion?

**Abraham** (levantando la voz). Ha dejado á su padre morir de hambre y de miseria, porque renegó de su Dios y de la casa de sus padres; y el viejo Natan ha muerto en mis brazos.

**El maestro.** ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! (Truena)

**Abraham** (con la voz levantada). Y oigo la voz de Natan, (pasándose la mano por la cara) y distingo las facciones de Natan.

**El maestro** (con angustia mortal). ¡Libradme de este demente!

**Abraham.** Con los dedos veo sus facciones, pues con estos mismos le cerré los ojos, y mis dedos le clavaron la caja.

**Sara.** ¡Dios todopoderoso, qué estás diciendo, Abraham!

**Abraham** (desahogado). El espíritu de Dios me ha inspirado. ¡Alabado sea él y su nombre! El es el que ha puesto en mis labios las palabras no sé como.

**El maestro.** Echadle mano, agarrad á esa mujer, buscar la otra A la frontera con ellos! (Dando una patada en el suelo.) ¡Pronto!

**Sara.** Abraham! Le ha ofendido. Qué será de nosotros!

**Abraham.** Si Dios lo ha querido así, alabado sea él! Hecho está. (Vánse todos menos el maestro.)

**El maestro** (mirando con recelo á su rededor y cubriéndose la cara con las manos). Padre mío... (Serenando). No creerá á ese demente judío. Serenad! El que no pierde el equilibrio no se cae. (Vase.)

Mutacion.

Campo, un viejo álamo, en el fondo una muralla con una regilla que dá al patio de la casa de José. Es de noche, tempestad.

ESCENA DECIMASEXTA.

Santiago (llega corriendo).

¡Pr! ¡Qué modo de relampaguear! No es bueno correr cuando hace este tiempo, dice la abuela. Pero el mensaje es urgente. Ya tengo la llave de la puerta de atrás. «La hebrea ha tomado el dinero.» ¡Este es el mensaje! ¿Qué habrá de extraño en esto? ¿Por qué no lo habia de tomar? (Vase por la puerta del muro.)

ESCENA DECIMASEXTA.

Débora, sola.

¡No está! Le he buscado hasta aquí. ¡No está aquí tampoco, no viene! ¡Maldito duñar, vendrá, sí, ha de venir! (Relampaguea.) ¡Ah! ¡Cómo relampaguea! ¡Estás enojado, ¡Oh, Dios! que así haces sentir tu cólera? ¡Oh, no! Enojado no estás, pues ya una vez bajaste entre truenos y relámpagos al monte Sinai por tu pueblo de Israel. (Trueno. Asustada.) Si cayera ahora un rayo en la cabaña donde descansa la criatura, la madre, el ciego anciano... Si llamasen: ¡Débora, nuestro báculo! ¿Dónde estás?... (Excitada y procurando alejar el pensamiento.) ¡José, José! ¡Corre, vuela, que la angustia me atormenta, y el miedo me hace retroceder; truenos, anunciaide los tormentos de mi alma! Conjuradle como yo os conjuro, á que venga, corra, vuelva á mis brazos. ¡Voy á llamarle! ¡Cómo me tiemblan las rodillas! (Da tres golpes, haciendo pausa entre cada uno.)

ESCENA DECIMASETIMA.

Débora, Lorenzo abriendo la puerta.

**Débora** (en voz baja). ¿Eres tú, José?

Lorenzo. ¿Quién está ahí?  
 Débora. ¡Cielos! (Se oculta debajo del árbol.)  
 Lorenzo (saliendo). ¿Por qué llamabas? ¡Tú!  
 ¿Aun vienes tú?... ¿Qué buscas aquí?  
 Débora. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?  
 Lorenzo. ¡Maldita mujer! ¿Aun no tienes bastante? Me has embaucado al hijo y hechizado su corazón con tus malditas mágicas frases, y ahora que, arrepentido apenas, ha vuelto al seno de su familia, ¿vienes tú otra vez?  
 Débora. ¿Cómo? Ha vuelto, decís.  
 Lorenzo. ¡En vano vienes! Ya te conoce; ya sabe que, quien por dinero sabe olvidar, por dinero ha sabido amar y por dinero ha sabido mentir.  
 Débora. Cielos, iluminadme, que no acierto a comprender!  
 Lorenzo. Tú tomaste dinero, y lo tomaste con alegría.  
 Débora. El dinero? Dios me es testigo, no sé de qué dinero hablais! (Truena.)  
 Lorenzo. Jura por tu Dios, mentirosa! Vete de aquí! He sido hasta aquí demasiado bueno, conociéndome como os conozco, y como ahora te conozco a tí. Por amor al hijo he sido condescendiente, y en vez de hacer uso de mi autoridad, como juez, y echaros de aquí, te supliqué, te compré para que te fueras. Y ahora vuelves de nuevo, de nuevo procuras llevarte al hijo enfermo, de nuevo le tiendes la red de la mentira; vete, te digo que lo oigo venir.  
 Débora (se precipita a la puerta). José, José! Escúchame.  
 Lorenzo (retirándola). Calla te digo! Vete de aquí!  
 Débora (abrazándole las rodillas). ¡Piedad! Déjame verle; te juro por la cólera de Dios, que en cuanto le haya visto me irá.

ESCENA DECIMOCTAVA.

Dichos, Ana.  
 Ana. ¿Qué es lo que pasa aquí? (A Débora.) ¿Tú aquí?  
 Débora. Gracias a Dios! Esta es aquella alma piadosa que con pan y leche apagó la sed de la criatura; ahora soy yo la sedienta, la fuente de la vida se va a secar, si tú no me salvas. Necesito verle, si no he de morir! Si crees en el amor, dile que venga!  
 Ana (con dulzura). Creó en el amor; pero no en el tuyo; cuando tú lo nombras, está profanado.  
 Débora (estupefacta). ¿También tú?...  
 Ana (con dolor). Yo hablé en tu favor, estaba dispuesta a sacrificar por tí lo mas sublime del mundo. Tú lo diste por dinero, lo diste riendo.  
 Débora (llevándose la mano a la frente). ¡Dónde están mis sentidos! ¡Dinero! ¿Quién habla de dinero?  
 Ana (con dulzura). Te compadezco: protección no puedo darte. Anda en paz, y si puedes sé feliz. (Se dirige a la puerta.)  
 Lorenzo. ¡Anda en paz, ningún pecado se queda sin castigar! (Se dirige a la puerta.)  
 Débora (extraviada). ¡El castigo sigue al pecado! Desamparados los abandoné en las tinieblas de la noche, y desamparada me veo yo ahora en la misma oscuridad. (De repente escuchando.) ¡Ah! ¡José!

ESCENA DECIMANOVENA.

Dichos, José.  
 José. ¿Tú aquí?  
 Débora (fuera de sí). Luz, claridad, sol. ¡La noche, la agonía, el pecado, todo desaparece! Ya nada temo; si todos me desconocen, tú, ¡José! ¡tú me conoces! (Se precipita hacia él.)  
 José (retrocediendo). ¡Sí, te conozco! ¡A mí, padre, Ana! Estrechadme bien, que su mirada no me hechice. (Acercándose a ambos de la cintura.) Así estoy seguro. De nada te vale la astucia; he rescatado mi alma con dinero.  
 Débora (exhalando un grito de dolor). ¡José! José (prorumpiendo en llanto). ¡Anda en paz, sé feliz; te lo perdono todo. Te perdono que me hayas hecho tan pobre, tan infeliz, que hayas llevado en venta al mercado, cual mercancía, lo mas sagrado, lo mas sublime; que hayas jugado con un alma que desinteresadamente te pertenecía. Te perdono el haberme enagnado del corazón de mi padre y de este ángel. Hacías bien, y el negocio no era malo; qué te importa que el corazón de un cristiano se despedazara, tú solo obrabas por tu pueblo.  
 Débora (ahogada de pena lleva la mano al corazón comprimido). ¡Mi corazón!...  
 José. Y para que no digas que en vano veniste a despedirme, ¡toma eso para el camino! (Le arroja un bolso de dinero a los pies y se vuelve dirigiéndose a la puerta.)  
 Débora (siguiéndole). ¡José! (Alcanza la puerta, ésta se cierra y José desaparece con los suyos.)  
 Débora (con voz apagada). ¡José! (Cae desmayada al umbral. Caen el telón.)

ACTO TERCERO.

Decoración del acto primero. La posadera abre la puerta de su casa y sale con su muchacho, el cual llevará un gran ramillete de flores en la mano.

ESCENA PRIMERA.

La posadera. Vamos, Frasquito, anda derecho y cuidado con mancharte la ropa; anda. Jesús! y qué carga son los muchachos. Dios los acompañe. (Vase el muchacho.) Mire Vd. allá al vecino! Y qué compuesto!

ESCENA SEGUNDA.

La posadera, el tendero, con un ramillete de flores en el sombrero.  
 El tendero. ¡Dios guarde a la posadera! ¿Qué tal? Aunque ya cuento sesenta abriles, to-

davía puedo pasar entre los pasables, ¿no es verdad?  
 La posadera. ¡Y tan compuesto; hasta flores!  
 El tendero. Padrino, padrino, vecina.  
 La posadera. ¡Hoy si que será día de bodas!  
 El tendero. Vaya; y el señor juez que no escaseará nada para que el día sea memorable en el pueblo y nuestros hijos se lo cuenten a sus nietos. Y hace bien el señor juez, es el único hijo, y la muchacha es una verdadera joya.  
 La posadera. En todo el imperio no se encontraría otra: aquí se calla la envidia; una novia así es la ventura de la casa.  
 El tendero. Sabe Vd., comadre, que ya hacia falta, pues por mas que han querido ocultarlo, las cosas no andaban derechas en esa casa. El tal José me parece a mí...  
 La posadera. A mí también me parece. ¡La cuestión con la judía...  
 El tendero. ¿Qué ha sido de ella?  
 La posadera. Nadia la ha visto mas. Probablemente habrá seguido la suerte de la otra canalla que echaron de la viña. Esa fué la última obra del célebre maestro de escuela.  
 El tendero. Buen maestro. Quién nos hubiera dicho que habíamos de tener un judío entre nosotros veinte años.  
 La posadera. Bien, pero estaba bautizado.  
 El tendero. ¿Qué bautizado ni que cuernos! Unas cuantas gotas no bastan para lavar la piel de un moro. Calle Vd. vecina; un judío ha estado enseñando a nuestros hijos veinte años la doctrina y el catecismo.  
 La posadera. Caye Vd., vecino; la piel se me espeluzna cuando pienso en ello. Quién sabe si esto no coincide con aquella epidemia de viruela que mató tantas criaturas hace tres años!  
 El tendero. Quién sabe, quién sabe. Pero, gracias a Dios, ya está fuera. Bastante suplicó y rogó para que no le echasen del pueblo, pero los muchachos le decían y con razón: judío por judío.  
 La posadera. Bien hecho está, el que reniega de su sangre no merece otra cosa, y que el cielo ha intervenido en este asunto, bien claro se vé. Cuando el alguacil me contó en confianza la historia del ciego judío, se me erizaron los cabellos; por supuesto, yo se lo conté en reserva al tío Juan, y éste lo contó en confianza a la tía Isabel, y como si se hubiera publicado en la Gaceta; ¿Dónde está ahora?  
 El tendero. Creo que se ha ido a Viena a pedir que le trasladan.  
 La posadera. Parece otro el pueblo, desde que se ha ido esa gentuza; es como si hubiese pasado una tormenta que continuamente nos amenazaba. Mire que día tan hermoso hace, que sereno está el cielo; parece como si se hubiese puesto el manto de gala en honor a la boda de Anita. ¿Quién viene allá?

ESCENA TERCERA.

Dichos, el panadero con un ramillete, despues el sastre.  
 El panadero. ¡Felices! No os interrumpais.  
 El tendero. Estábamos hablando de la boda.  
 El panadero. Quiera Dios que todo vaya bien.  
 La posadera. ¿Y qué podría suceder?  
 El panadero (sacudiendo la cabeza). Cada uno tiene sus presentimientos, y yo me temo que al fin vuelva a las andadas. (Sile el sastre corriendo.)  
 El sastre. ¿Qué es eso de andadas? ¡Dios guarde! ¿Quién volverá a las andadas? ¿De quién se habla?  
 El panadero. Toma, del novio.  
 El sastre. ¡Oh! Está loco de alegría; pero yo he contribuido con una gran parte: le he compuesto que parece otro, lleva una camisola como no se encontraría otra en todo el imperio; cada botón vale un peso de oro. Si los vierais juntos ¡qué pareja! La boca se le hace a uno agua al fin vuela a las andadas. (Sale el novio.)

ESCENA CUARTA.

Dichos, la tía Isabel vestida de gala, con un rosario en la mano.  
 La tía Isabel. Sí, señor: la doncella de la novia, y a mucha honra.  
 La posadera. Tiene razon la tía Isabel, ella es indispensable en todas las bodas.  
 El tendero. Eso es verdad; todavía conservo yo el rosario que me regaló la tía Isabel el día de mi boda.  
 El panadero. ¡Dios me perdone! El mío lo ha roto mi muchacho jugando; por señas que mi mujer estuvo toda una semana desconsolada y llorando a moco tendido. Los rosarios de la tía Isabel hacen fortuna a la casa, decía mi mujer; y después de dar una buena zurra al muchacho, ensartó de nuevo las cuentas del rosario.  
 La tía Isabel. Eso es verdad; mis rosarios traen la felicidad de todas las casas, pues los cordones están hilados por castas doncellas, y a medida que se metía una cuenta, rezábamos tres Padre nuestros.  
 El tendero. ¡Bailará hoy la tía Isabel!  
 La tía Isabel. ¡Virgen santísima! ¡Dónde están aquellos tiempos! He bailado como la primera; pero hoy mi pareja está en el cementerio ó en el cielo. Allí bailaremos de lo lindo.  
 La posadera. Allí viene el otro padrino y la otra doncella. Sale Santiago de padrino y Rosita de doncella.  
 El sastre. ¡Voto al chapiro! ¡Santiago! ¿Qué bien sabeis buscar la pareja! ¿Cómo se conoce que pronto os tocará a vosotros!  
 Rosita (avergonzada). ¡Qué cosas tiene el vecino!

El tendero. Vamos, que el mancebo no es de despreciar. ¡Y cómo andamos de quintas?  
 Santiago. Mi amo me quiere comprar un sustituto porque mantengo a mi madre. ¡Dios se lo pague!  
 Todos. ¡El señor juez! ¡El señor juez!

ESCENA QUINTA.

Dichos, Lorenzo vestido de gala.  
 Lorenzo. ¡Dios guarde! ¡Dios guarde! Ya estamos aquí. ¡Compadres! ¡Amigos míos! Dios os lo pague por haber venido a aumentar mi regocijo en un día tan fausto para mí. ¡Hola, tía Isabel! ¡Hoy sí que no me negareis un rigodon! Aun os estoy viendo bailar cuando mi boda. Mi pobre María (q. e. p. d.) se llevó vuestro rosario a la sepultura. Tía Isabel, hoy tengo mas alegría que entonces. Quien me hubiera dicho, hace ocho días, que hoy habia de acompañar a mi hijo al altar. Hoy quiero que todo el mundo se divierta, que todo el mundo esté alegre; el mas añejo de mi bodega ha de alegrar la fiesta y que todo el mundo baile. (Dirigiéndose al alguacil que sale al escenario.) En el almacén de los granos hay una mesa puesta; quiero que se sirva en ella a los pobres, bien servidos, como se serviría a señores. ¿Me entendéis? A todos los pobres que encontréis. ¡Viva la alegría! Venid todos a mi casa, que vamos a probar el Tocayo.  
 El tendero. Eso me gusta.  
 La posadera. Vamos allá hasta que venga la música.  
 Lorenzo. Vamos, tía Isabel, nosotros al frente para que se anime la juventud.  
 La tía Isabel (yéndose). Recemos antes un Padre nuestro, porque cuando el sol calienta demasiado por la mañana, anuncia tormenta a la noche. (Vanse todos.)

ESCENA SEXTA.

El cura con traje de iglesia, llevando a Anita de la mano vestida de blanco y con una corona en la mano. Repique de campanas.  
 El cura. Las campanas me llaman al deber; hasta aquí te acompaña el tío; en el altar te espera el sacerdote. ¡Adios!  
 Ana. ¡Recelo!  
 El cura. ¡No entras en casa extraña, hija mía! El fiel amigo de la juventud te espera; tú le has devuelto la paz y el reposo; el corazón me dice que una buena suerte os espera. ¡Sé buena y piadosa como hasta aquí! No puedo darte otra bendición. (Ana le besa la mano y el cura se va a la iglesia.)

ESCENA SEPTIMA.

Ana, sola.  
 No sé por qué me siento tan angustiosa. ¡Dios mío! ¡Habré cometido algun pecado? Diariamente he entrado en esa casa, donde he jugado desde mi infancia, y hoy me extraña su umbral como sino debiese atravesarlo, como si fuera en busca de una propiedad ajena. No, José, no, tengo derecho a tí, ¡porque te amo con tanto afán!... (Mirándose.) ¡Cómo me han compuesto! Y vosotras, cariñosas flores, flores de la tumba de mis padres (besándolas), vosotras me acompañareis al altar, para que no me vea tan sola; estareis en mi cabeza, como estarian las manos de mis padres, bendiciéndome. (Se pone la corona.) ¡Qué extraña sensación! Todo mi sér se anima, y de alborozo lleno salta el corazón. ¡Gracias, padres míos!

ESCENA OCTAVA.

Ana, José saliendo de la casa.  
 José. Ana mía! Esposa mía!  
 Ana (alargándole ambas manos). ¡Esposo de mi corazón!  
 José. Por nosotros repican esas campanas, por nosotros se viste de gala todo el pueblo. Mira los trabajadores cómo vuelven del campo para vestir su traje de fiesta. Si vieras qué contento está mi padre, cómo me abraza y me da gracias por haberle hecho tan feliz! Yo, por mi parte, me siento como si hubiese salido de una larga enfermedad, en la que no conocía a los que me cuidaban. Ahora estoy como una iglesia iluminada, tan claro, tan piadoso, tan solemne.  
 Ana. ¡Qué bueno eres!  
 José. ¿Eres mía en realidad? ¿Me has perdonado?  
 Ana. ¿Perdonarte?  
 José. De haberte podido olvidar por aquella malhadada mujer.  
 Ana. ¡No hables mas de ello! Verdad es que mas de una vez te han seguido mis ojos arrasados en lágrimas, cuando pasabas por nuestra casa sin dirigirme un saludo; pero créeme, José, mi pecho no albergaba enojo alguno por ello: solo pedía a Dios que te hiciera feliz.  
 José. Ya lo soy, lo soy por tí, ángel salvador de mi vida! Déjame que bese esa mano bendita y angelical, y que nunca, nunca mas la suelte. ¿Qué ves? ¿Aun llevas la sortija de plata?  
 Ana. Oh, es mi anillo de esposales! Tú me lo diste en broma, y ya entonces mi corazón te quería. Cada vez que cruzaba las manos para rezar el Padre nuestro, no podían menos mis ojos que contemplar el anillo. Yo no decía nada, sin embargo, Dios lo comprendió.  
 José. ¡Ángel de bendición! ¡Tú rezabas por mí!  
 Ana. Y todo se cumplirá ahora. Verás, José, como estaremos contentos y seremos felices. Yo ya lo soy, y tú, prométeme que lo serás también, que no volverás a tener deseos de irte a América.  
 José (apasionado). De rodillas pido perdón a la tierra que nos ha alimentado a mí y a mis padres, por haberla querido abandonar con tan-

ta indiferencia. Ahora siento por primera vez, amado suelo de la patria mía, cuán arraigado estoy en tí. ¡Jamás! ¡Jamás, Ana mía, exhalará mi corazón un suspiro mas allá de esos ámbros que majestuosamente circunvalan nuestra hacienda. Dentro de esos límites están todos mis deseos, mi mundo entero.  
 Ana. Y qué hermoso es ese pequeño mundo, cuando el corazón quiere sentir la paz del tranquilo hogar. Es verdad que es uniforme; pero también lo es ese pequeño cielo azul que nos cobija; ¡y así será nuestra vida!... Créelo, esposo mío, no tendrás un solo minuto de pesar.  
 José. ¿Sabrás también desterrar el recuerdo cuando se ofrezca a tu mente?  
 Ana. Que venga ese recuerdo; no le tememos. ¿Qué has hecho tú? Aquella te vendió, y ya no tiene ningún derecho a tí. ¡Mio eres tú, pues nadie te ha amado como yo te amo. (Se abrazan.)

ESCENA NOVENA.

La puerta se abre, cuatro violinistas salen tocando la marcha de boda; detrás de ellos, los padrinos y Lorenzo. La doncella de la novia se pondrá al lado de José. Petardos; calla la música; niños, aldeanos y aldeanas llenan la escena. Saludos reciprocos.  
 Lorenzo. ¡Adelante todo el mundo, que el señor cura se impacienta!  
 La tía Isabel. ¡Alto los novios! La tía Isabel no ha hecho aun su acostumbrado regalo. (Los novios se dan la mano, y ésta cuelga el rosario en las mismas.) Ahora, cuidado con él, que trae fortuna. No dejadlo caer en el acto de la ceremonia, no perderlo, no romperlo; él sostiene indisolubles los lazos del matrimonio, y preserva de toda tentación a las almas de los hijos, y a los hijos de los hijos. Añados, multiplicados, sed felices y rezad un Padre nuestro por la tía Isabel. ¡Amen! (Empieza otra vez la marcha; petardos, repique de campanas. La procesion subirá la colina a paso regular, entrando en la iglesia. Mucho pueblo la sigue y se distribuyen en la iglesia.)

Mutación.]

Media oscuridad. Antiguo cementerio a espaldas de la iglesia. A lo lejos del foro una porcelana que da a la iglesia entre matas y yerbas. Entre las diferentes losas sepulcrales, se distinguirá una columna rota, rodeada de cipreses.

ESCENA DECIMA.

(Sale despacio Débora, pálida y con el cabello colgando. Llega hasta el proscenio.) ¿Qué espero aun? Yo misma no sé decirme lo, y, sin embargo, no puedo alegrarme de aquí, pues tengo aun antes una gran misión que cumplir. ¡Cuál! No lo sé; siento, empero, cómo las fibras del alma hacen su último esfuerzo; ¡ya veo venir rehilando la aguda flecha, y aunque ignoro su dirección, siento, sin embargo, aquí la herida! (Serena.) Ya van siete días. ¡Siete días! El tiempo que se acostumbra a llorar a un difunto. Se coloca una luz a la cabecera del lecho mortuario, y a sus pies sentado se le llora en silencio. (Sentándose despacio en el suelo.) Y yo llevo ya siete días y siete noches de estar sentada, llorando al pie del cadáver de mi amor. (Con doloroso fervor.) ¡Dios mío, gran Dios! ¿Qué delito cometí! ¿No soy también hija del hombre? ¿No es el amor, que me dio el aire y el sol, patrimonio común de todos? Y si hacía él extendí mis brazos, ¿dónde está el pecado? ¿Qué me has dado desde mi infancia? En edad temprana, me arrebataste el piadoso padre, y me dejaste sola, entregada al arbitrio de gente extraña. Ni un solo rayo de amor cayó en este pobre corazón, que tan ardiente latía y sentía con tanto mas dolor, en cuanto que todo él se comprendía. ¿Qué delito cometí, para que naciendo me castigases? Y cuando así meditaba una serena y tranquila noche, elevando al cielo mis quejas por esta mi pobre vida, le ví, of su voz que, con tono halagüeño se deslizo en mi pecho, apoderándose de mi corazón, y entonces sentí por primera vez el por qué me habías criado, y ¡te dí gracias, oh Dios! por el martirio de mi existencia. (Inspirándose.) Y en lucha desesperada con los escollos y con la muerte en las olas, asíóse el corazón con desesperado esfuerzo de la rama salvadora, alegre de vivir y confiando en el cielo. Las olas se agitan, el mar se enfurece, la traidora rama se desgaja... ¡y al abismo precipitada caigo, desapareciendo en su negro fondo! (Pausa. Levantándose.) ¡Aun vivo! La tierra no se ha hundido; sale y se pone el sol como si nada hubiera sucedido; continúa la yerba tapizando los campos con su hermoso verdor; trina el ruiseñor y cantan los pajarillos... ¡Mundo desapiadado! Y aun vivo yo, aun se agitan los vientos, se forma el torbellino, amenaza la tormenta... (Llevándose la mano a la frente.) Serénate y piensa. Busca el enmarañado hilo. ¿Qué es lo que ha sucedido? Cuando le ví la última vez, ayer... no, no ayer, ya van ocho días... ¿Qué cariñoso estaba! ¡Dios mío! me dijo; ¡jiré y huiémos! Fuf, abandoné a los otros la noche de la tormenta, a la pobre enferma, a la criatura y al anciano. Arranqué el corazón de sus hilos, y se lo llevé; él me arrojó dinero al rostro; dinero por un corazón; ¡y me repitió en medio de la oscuridad! ¡Y aún palpitas, corazón! ¡Aun vivo yo! (En voz baja y comprimida.) Y a su lado estaba aquella hermosa jóven, y con mano cariñosa se lo llevó... (Levantando la voz.) ¿Dónde estoy? ¿Dónde estaban mis sentidos? Ella es la amada y a la judía se la repele; a la judía se la ofrece el vil metal; a la judía se la despide como a una criada que se echa de la casa. ¡No! No se vá; exige de tí lo que le has prometido, lo que le has jurado en nombre de tu Dios. (Da una carcajada.) ¡En nombre del Dios del amor! (Resuelta, con firmeza.) Quiero verle; quiero ver el rostro, aquel... (Se oye música ó coro en la iglesia.)

Suavizando poco á poco la voz.) Pérfido... hermoso... rostro. Quiero preguntarle qué delito he cometido para que tú... (Prorumpiendo en llanto.) ¡Oh Dios! corazón mío, ¡jamás todavía! (Ocultando el rostro. Música en la iglesia; levanta la cabeza con dulzura.) Tal vez un vértigo, un vértigo, un momento de extravío que habrán aprovechado los otros valiéndose de la sospecha, de la preocupación. Su mirada, su palabra estaba llena de dolor, de reproche. Y yo callaba, labio orgulloso; ¿por qué no le preguntaste qué le enojaba? (Con rostro animado.) Quizá... me ama todavía... quizá sufre su corazón el martirio que despedazando está el mío. ¿Qué es lo que me pasa? Esos sonidos melodiosos resuenan en mi corazón, desterrando el odio, y en mis oídos vibra una voz, que dice: «El cree en mí; yo soy el Dios del amor. (Escucha; cesa la música.) Oigo una voz; parece como una bendición tal vez dos amantes que se unen para siempre. (Cruzando las manos.) ¡Amén! ¡Amén! ¡Quién quiera que seas! Por allí podría ver, abriendo con sigilo la puersezuela, nadie me verá. (Se acerca á la iglesia, escucha, abre la puersezuela, de repente se precipita hácia el presbiterio exhalando un grito.) ¡Ah! (Fuera de sí.) ¡Dónde estoy! ¡Sañel! ¡el! ¡el! ¡el! (Levantando el brazo hácia el cielo.) ¡No! ¡no has oído mi amén! ¡no! ¡me retracción! ¡el cielo está sordo! ¡No cae un puñal para mí! ¡Venganza! ¡venganza! (Corre hácia la iglesia, al llegar á la puerta retrocede como espantada.) ¡Alto! ¡alto! ¡á tí no te compete el castigo! ¡tuya, Jehová, tuya es la venganza! ¡jante tu tribunal! (levantando la mano) cito, emplazo y acuso al cristiano! Aquí espero. (Se acerca á la columna rota, apoya en ésta el brazo derecho dejando colgar el izquierdo, los ojos clavados en el cielo.)

ESCENA UNDÉCIMA.

Debora, José por el lado, con el rosario en la mano.

José. Aquí se respira otro aire, no puedo soportar esa alegría que reina entre vosotros. Las palabras piadosas del sacerdote me parecían un sarcasmo, y al mirar hácia la ventana de la iglesia, me pareció ver un rostro, oír un alarido, cuya voz creí...

Debora (grave y fría). ¿Creíste?

José (estupefacto). ¡Débora!

Debora. ¿Qué?

José. ¿Eres tú?

Debora. ¡Sí, yo soy!

José (temblando). ¿Qué quieres?

Debora (violenta). ¿Yó? ¿Me preguntas!

José. ¡Débora!

Debora (irritada). ¡Ten la lengua! ¡Aun puede hablar esa boca que por segunda vez ha mentido! ¡Y ese mismo aliento que me ha llamado esposa, y que ahora acaba de jurar lo mismo á otra, se atreve á respirar el aire puro de Dios y no se extremeca al pensar que éste se convierta en soplo pesifero! ¿Eres tú, eres tú á quien yo he querido... este el hombre en cuyo rostro se recreaban mis ojos sedientos de amor? ¡No! ¡no lo es este aquel rostro; la mano de Dios lo ha desfigurado, aplastado y envilecido, el sello de la divinidad ha desaparecido. ¡Miserable ceniza! ¡ya no me encantas! (Le vuelve la espalda.)

José. ¿Quién fué el primero en quebrantar el juramento? ¿Tú tomaste el dinero?

Debora. ¿Dinero? ¿Qué dinero?

José. El que te envié mi padre.

Debora. A mi dinero! A mí? Y para qué?

José (titubeando). Para... que te... fueses.

Debora (despacio). Para que me fuese. Y eso lo sabías y lo sufriste?

José. Juré que no lo tomarías.

Debora. Y lo consentiste, y creíste que lo tomé?

José. No puedo menos.

Debora (llorando de rabia). Creíste que lo tomé? Miserable cristiano! Por una credulidad me abandonaste. No era la judía digna de una pregunta? (Bajando la voz.) Esa es tu religión, ese es el eterno amor que tu Dios ha predicado. (Hincándose de rodillas, con acento fervoroso.) Señor de Israel, perdóname mis culpas; reconozco y confieso que mi castigo era merecido; á tí te abandoné, á tí, Dios de los cielos, y orí en el ídolo del amor. Arrepentida vuelvo. Recíbreme en tu seno! Creo en tí como nunca creí: falso, finito é injusto es el amor, pero eterna é infinita es la venganza! (Queda como magnetizada con la vista fija en el cielo.)

José. Acaba tu tenebrosa sentencia de venganza; libre se siente mi corazón ante tu fiero proceder. He faltado, sí, lo he sentido sin que tú me lo dijese; he faltado, pero humana fué mi falta, y humano sería si tú pudieses perdonar. ¡Ten piedad, Débora!

Debora. ¿Seduces de nuevo? ¿Ya no conozco esa voz?

José. Yo sabré expiar mi culpa, yo la expiaré día y noche sin cesar.

Debora (cediendo). Troncha la flor, pisotéala, y expia despues lo que has hecho. (Exaltada.) ¡No, no, no! Ojo por ojo, diente por diente, corazón por corazón, así lo manda el señor mi Dios.

José. ¡Ah! no continúes, terrible mujer, ¡te lo suplico! Tan horrendo me es tu odio feroz, como horrendo es tu fiero amor. ¡Yo desafío al cielo para que juzgue entre tú y yo. Yo pequé por exceso de amor, tú estás pecando por exceso de odio.

Debora (con tono feroz). Por exceso de odio, tú lo has dicho. Vuelvo á sentir en mí mi antiguo tesoro, las sombras imágenes de mi juventud atraviesan mi mente, en mis oídos vibran las melodías de las arpas de Babel; dichosos aquel que obre contigo, como tú has obrado. (Con éxtasis profético.) «No jurarás en falso... Y tú has violado el juramento. «No serás in-

fiel... Y eres pérfido. «No robarás... Y me has robado el corazón. «¡No matarás!... Y tú has matado.

José (asíendola del brazo que tiene levantado). ¡Tente!

Debora (con odio creciente). Clávense en las plantas de tus pies y sean tu pesadilla y tu sueño, el anciano que abandoné por amarte, la mujer á quien dejé perecer por seguirte, la criatura que por causa tuya murió de sed; vaga errante sin hogar y sin patria como vagan los judíos, y sufre ultrajes como nosotros sufrimos; maldito sea el pedazo de tierra que tú labras, ¡cumpla contigo como tú has cumplido conmigo! Maldito sea el fruto en el vientre de tu esposa... que se pierda como yo te he perdido á tí, y si jamás recibe la luz del mundo, ¡que lleve en su frente el sello de Cain! Que desmaye por falta de alimento en el pecho de la madre, como desmayó aquella criatura en el pecho de la judía, y como el anciano judío ciego, errante tropiezo, así tropiece ciego el padre que te engendró! Maldición! Tres veces maldición! Y así como mi pueblo habló en el monte de Ebal, así digo yo tres veces: amen, amen, amen! (Queda de pie con el brazo levantado.)

(José anonadado por las últimas palabras, hace un esfuerzo, dá un paso hácia Débora, y extremecido retrocede á su vista. Pausa. Débora fatigada deja caer el brazo.)

Hecho está, ahora puedo irme. Lejos en el mundo, iré... á mendigar mi vida; pero volveré á verte, dentro de algunos años volveré á recoger mi cosecha. (Arrancándole el rosario de la mano.) Entretanto me llevo este cordón de cuentas para contar en él los días hasta mi regreso. (Despacio.) Vive... en desgracia! Piensa en mí! Hasta la vista! (Vase despacio.)

(José sobrecojido la sigue con la vista, oculta el rostro en sus manos, vacila y cae desmayado al suelo. Caen el telón.)

ACTO CUARTO.

Ruinas. Sol naciente. Vénse grupos de judíos emigrantes descansando entre las ruinas; Débora en primer término, con el rosario enroscado en la mano. En el foro se vé un valle rodeado de montañas, iluminado por el sol naciente.

ESCENA PRIMERA.

Ruben. (Llevará un báculo.) El día empieza á salir. ¡Estais dispuestos, camaradas! Aun nos quedan algunas jornadas para llegar al puerto, donde surto espera, con vella desplegada, el soberbio bajel que lleva á Poniente á la comunidad fugitiva. (Todos se levantan y se van lentamente. Débora se queda.)

Ruben. ¡Débora, vamos! ¡No sigues tú? ¡Ah! yo también siento cuán doloroso es separarse del suelo patrio.

Debora. ¿Qué dices? ¿Patria?

Ruben. Sí, ahora lo creo, en el momento en que he de abandonarla. ¡Adios, hermoso suelo patrio! ¡Cuán caro me eres! Ya no me será permitido, como al viajero, contemplar tus atractivos naturales, tus floridos campos, tus verdes praderas, tus esbeltas montañas, coronadas por los primeros rayos del sol naciente y ese limpio y sereno cielo azul que alberga en su seno tantos hijos tuyos, mártires del fanatismo. Amada patria que nos ha repudiado, mira cómo tus hijos se van llorando, pero sus corazones ¡madre! quedan aquí contigo.

Debora. Madrastra dé, y no hables de amor.

Ruben. ¿Es culpa de nuestra madre que los otros hermanos no nos conozcan? Ellos no han tolerado que nos alimentásemos de su rico seno, y nos han negado nuestra parte filial. Ella emperó, nos ha dado clandestinamente lo que hemos necesitado: un pedazo de pan para los vivos, y tumbas para las cenizas de nuestros padres. Yo te beso, amado suelo patrio, y me llevo un puñado de tierra para mi tumba.

Debora. ¡Estás pecando! Este no es el suelo de la prometida ciudad de Jerusalem.

Ruben. ¡Oh, olvida la hermosa fábula religiosa! Muerta está para nosotros la antigua ciudad de Zion, y nunca jamás resucitará ¡Jerusalem no es nuestra patria! El país que parte su suelo con nosotros, el país cuyo idioma es el nuestro, el país que protege la cuna de nuestros hijos, ese país es nuestra patria; y este hermoso país en cuya frontera fugitivos ahora estamos, y cuyo bello panorama en mí alma queda impreso, es el país en que está arraigada mi existencia ¡es mi única amada patria!

Debora. ¿Es decir, que tú no seguirás cuando el Mesías nos llame para conducirnos al antiguo imperio? (Sale el sol por completo, se ilumina la escena.)

Ruben (con inspiración religiosa). Creo en él, y su tiempo se acerca; pero no para conducirnos al antiguo reino, no, para fundar un nuevo de Oriente á Poniente, en todos los confines de la habitada tierra, y todos los pueblos adorarán en concordia y armonía fraternal á un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, y el judío y el cristiano serán hermanos, y cuando impere en el mundo la fe fraternal, entonces habrá llegado la hora del Mesías.

Debora. ¡Vete, inérrido! Déjame sola.

Ruben (con dulzura). ¿Te enojas porque creo en el amor?

Debora. ¿Crees en el amor! ¡Mira los tuyos! Mira cómo huyen fugitivos á países extraños cual manada de corderos espantados por el lobo; no hay una mano hospitalaria que les detenga, ni quien derrame una lágrima á su marcha. ¡Es éste el tiempo que anuncia la venida de tu Mesías? ¿Tú crees en el amor? ¡Ruben, yo lo conozco! Lo que me tiene aquí aherrojada no es el amor.

Ruben. ¿Pues qué es?

Debora. ¡Ya han pasado cinco años! Hélos contado en este cordón de cuentas, no por días, sino en sordas maldiciones. No puedo aun irme de este país. ¡He de verla antes! He de verle á él cubierto con la rica cosecha de mi odio; he de ver antes aquella miserable figura corroída por el veneno de la infame conciencia; quiero antes ver su casa desquiciada y hundida en sus cimientos por la fuerza de mi maldición. Allí quiero presentarme, quiero gritar con la fuerza de la trompeta del juicio final «Débora» y satisfacer entonces proseguiré mi camino.

Ruben. ¡Débora, piensa en Dios y deja la venganza!

Debora. El ha dicho: Soy un Dios celoso y mi castigo pasa hasta la tercera generación.

Ruben. Y mi amor, hasta la milésima. ¡Buscas tú el odio en nuestra santa religión? La miseria lo ha introducido en ella. Los hombres odian, Dios perdona.

(Débora quiere irse.)

Ruben (deteniéndola). No te vayas con tan tenebrosos pensamientos. Deja en el viejo mundo el antiguo odio; nuevo amor nos espera en el nuevo mundo.

Debora. ¿Crees tú...? ¡Vete, tú no me comprendes!

Ruben (con mucha dulzura). ¡Débora!

Debora (fría). ¡Guía á los camaradas! ¡Yo sigo mi estrella! ¡A bordo del bagel volverás á verme! (Vanse ambos por caminos opuestos.)

Mutación.

Campaña risueña. El patio de una granja rodeado de sarmientos. Graneros. Un palomar, sobre el muro se eleva una colina, por donde pasa un sendero. En primer término, á la izquierda, un nogal rodeado de bancos. Algunos aldeanos y aldeanas, en servicio de la casa, ejecutan diferentes faenas de labranza.

ESCENA SEGUNDA.

Santiago, Rosita, despues Lorenzo.

Santiago. ¡Qué yerba tan hermosa dan estos campos! Así está el ganado de rollizo y hermoso; todo prospera y florece en abundancia, como si la Providencia hubiera dotado á este suelo con otras condiciones, derramando en él su divina gracia.

Rosita. La casa es como una iglesia; jamás se oye en ella una mala palabra, quiero decir, que todo lo que entra en la casa se vuelve bueno. Mira á José, ¿y su mujer? ¡Qué buena es!

Santiago. Jamás olvidaré lo que han hecho con mi madre. ¡Dios se lo pague en salud y felicidad! Vamos, Rosita, al trabajo.

Lorenzo. ¡Basta ya muchachos! Todo el día habeis estado trabajando en el campo, cortando yerbas, atando los sarmientos, ¿y aun queréis trabajar? Ven acá, Santiago; anda á la bodega y súbete un jarro de vino, que quiero que bebas un trago conmigo.

Santiago. Dios se lo pague, señor juez; pero el amo puede llegar á cada momento y quiero que lo encuentre todo bien arreglado.

Rosita. Anda, haz lo que te manda el amo; mientras tanto voy á preparar el salvado para las gallinas. (Vase Santiago, Rosita.)

Lorenzo. ¿Qué tal se porta Santiago, Rosita?

Rosita. Así, así; ¿cómo quiere Vd. que se porte mal, si no vé malos ejemplos?

Lorenzo. Sí, Dios ha bendecido la casa de mis hijos. ¡Mira esa hacienda! Mira cómo trabaja Anita, en todas partes se la vé dirigiendo y ayudando el trabajo; pero siempre con aquella cara tan risueña, tan afable, ¡y la niña! ¡Ay Rosita! Las gentes tienen razon en decir que se quiere mas á los nietos que á los hijos. (Sale Santiago con el vino.)

Lorenzo. Salud! (Vá á beber.) ¡Alto! Es el nuestro, ese coche que viene! ¡Quizá venga mi hijo; ah, no! Se vá por el puente, hoy van ya nueve días.

Santiago. Hay mercado en Gratz?

Lorenzo. Qué mercado, si ha ido á Viena para el asunto del maestro de escuela.

Santiago. Para el asunto del maestro? Me alegro por ese pobre hombre. Verdad es que obró mal echando á los judíos del pueblo; al fin y al cabo son criaturas de Dios como nosotros y tienen igual derecho á labrarse un pedazo de tierra. El otro día nos lo decía el padre cura, y yo creo que todos tenemos por qué arrepentirnos. ¡Jesucristo mismo lo ha dicho: «A mas unos á otros.» Entónces faltó el maestro, pero despues ha procurado enmendarlo.

Lorenzo. Vaya! Todavía me acuerdo cuando volví y el ayuntamiento no quiso reponerle; entónces mi José lo tomó en su casa, y hay que confesar que el maestro se portó muy bien con los muchachos durante la epidemia. Una hermana de la caridad no hubiera hecho mas en tan críticas circunstancias. Eso prueba que los judíos tienen tambien un corazón.

Santiago. Y cuando salvó á la tia Isabel de las llamas? La pobre le pedía despues perdon, por lo mal que habia hablado de los judíos.

Lorenzo. Y quién tiene la culpa de la conducta del maestro con los suyos? El sabia que de ese modo obraba bien, porque así lo queriamos nosotros. Ahora se ha refugiado en su casa un hermano suyo con toda la familia, no solo no se avergüenza de ellos, sino que insiste en que se queden á vivir con él; la comunidad ha elegido á mi hijo José para que vaya con el compadre á pedirle al ministro que el maestro sea repuesto en su destino y que tolere á su familia que viva entre nosotros; veremos si el ministro atiende á los deseos de la comunidad, pues de lo contrario, mi hijo está resuelto á presentarse en persona al emperador y pedirle esta gracia.

Santiago. Al emperador!

Lorenzo. Sí, Santiago; ya ha pasado esa

época obstinada en que no se podía llegar á la sala de audiencia del emperador, sin hacer antes innumerables reverencias y deslizar algunos florines en las manos de los porteros. José II es un emperador liberal, y todo el que tenga buena conciencia puede llegar hasta él, á todos recibe, á todos escucha, á todos atiende, noble ó villano, cristiano ó judío, con tal que sea honrado ciudadano. Cuando pienso en lo que hemos hecho cinco años há, me recuerda la conciencia y espero que Dios me pedirá un día cuenta de ello.

Santiago. Qué culpa tenéis vos!

Lorenzo. Si no hubiera sido judía, la habria tratado de otro modo; pero como judía, esperaba todo lo malo de ella. Esta maldita preocupación se bebe ya en la leche de nuestras madres. El primer castigo me lo envió el cielo el día de la boda de mi hijo. Qué boda!

El hijo, gravemente enfermo y de peligro, á consecuencia de un ataque que habia tenido perdiendo los sentidos por mucho tiempo. Tambien perdió el rosario. Pero qué rosario ni qué cuernos, un cordón de cuentas no hace feliz ni desdichado á nadie. Mira en torno nuestro, y que digan si no son felices. Allí viene Anita. (Vase Santiago.)

ESCENA TERCERA.

Lorenzo, Ana con la niña de la mano.

Lorenzo (tomando á la niña en brazos). ¿A dónde has estado?

La niña. Cogiendo fresas para traerélas.

Ana. Por qué tardará tanto José? Ya es tiempo de que estuviere de vuelta. Si le habrá sucedido algun percance?

Lorenzo. Ni lo pienses siquiera, mujer.

Ana. Cuando no está á mi lado tiemblo siempre por él. Ya van nueve días!

Lorenzo. No tengas cuidado.

Ana. Y de qué me serviría. Dios lo tiene bajo su amparo! Venid, padre; la cena nos espera!

La niña. Sí, papá, vamos á cenar. (Vase la niña.)

Ana. Antes que se me olvide! Padre, tenéis que hacerme un favor.

Lorenzo. Dí lo que sea, hija mía.

Ana. El tio Juan, el herrero, que ha venido de la montaña, acaba de contarme que ha encontrado una caravana de judíos emigrantes que van á embarcarse para América. La noche pasada se albergaron en las ruinas del antiguo castillo, pues temen las moradas de los hombres en este país, que sigue cruelmente persiguiéndolos y desterrándolos. Hay entre ellos ancianos, mujeres y niños. Yo habia pensado mandar enganchar el carro y enviarles un tonel de vino, pan y un par de jamones para que cenén, y esta comision os cuadra perfectamente.

Lorenzo. Da todo corazón! Todo lo que tú quieras! Ahora mismo voy á hacerlo. (Vase.)

ESCENA CUARTA.

Ana sola.

Por qué tardas tanto, amado esposo de mi corazón? No tengo sosiego ni reposo, y angustiada tengo siempre el alma, temiendo por tí. Ah!... Nadie comprende la causa de mi recelo, porque nadie sabe lo que tú me has confesado; nadie tiene noticia de aquella terrible maldición que, cual fantasma, sigue por do quiera nuestros pasos; nadie comprende, en medio de nuestra dicha, ese temor que se apodera de tí, cuando vuelves los ojos en torno tuyo, y abrazando convulsivamente hija y esposa, pareces quererlas proteger de manos invisibles.

Oh, Dios, que bajo tu amparo has tomado esta familia, sigue favoreciéndola, amparándola y bendiciéndola! Ya han pasado cinco años y niaguno de sus terribles vaticios... (Tocan á la puerta.) ¿Quién llama? (Abre un aldeano.) Una mendiga! (Lleva la mano á la faltriquera para dar una limosna.)

ESCENA QUINTA.

Ana, Débora cubierta con un grande manto.

Debora (para sí). Dónde estoy? Es esta su casa? Ah! Aquella... ella es... su mujer! Seránate, corazón, y sé de piedra.

Ana (con dulzura). Toma, pobre mujer.

Debora. Guárdalo, guárdalo, no quiero dinero!

Ana. Qué pides? La cena está ya preparada; ven conmigo, que serás bienvenida.

Debora. No tengo hambre.

Ana. Tienes sed quizá?

Debora (con tono fiero). Sí, estoy sedienta.

Ana. Allí está la fuente. Si estás cansada, yo te traeré de beber. (Vase por agua.)

Debora. Como un templo de Dios brilla esta casa, y el rostro de esa mujer está radiante de paz. Ah! No es esa la puerta en que se presentó esa mojitiga y se lo llevó? Ese es el umbral donde de rodillas supliqué, el umbral en el cual pisoteé mi corazón. Por qué tiemblos? Por qué ella está risueña? Cuanto mas lozana es la fruta, mas recóndito está el gusano.

Ana (vuelve con el agua). Bebe, si tienes sed.

Debora (sombria). Déjame.

Ana. ¿Estás mala? Ardiendo está tu mano, siéntate y descansa. (La conduce al nogal.)

Debora. ¿Estás sola en casa?

Ana. Sola estoy; padre ha ido á llevar de comer y beber á los judíos fugitivos.

Debora. ¿Y él?

Ana. ¿Quién quieres decir?

Debora. El!

Ana. Mi esposo?... Está fuera. (Suspira.)

Debora (con visible alegría). Se ha ido? Te ha abandonado? Dios, eres justo! Tienes hijos?

Ana. Una niña.  
Débora (con viveza). Y se fué, y os abandonó á los dos?

Ana (asustada). Dios omnipotente! Tal vez sabes tú lo que le ha sucedido. Dime lo que sea; no me calles nada, qué le ha sucedido?

Débora. No sé nada.

Ana. Estás enferma? Tu mano tiembla.

Débora (con tono de triunfo). No me siento muy bien! Cuánto tiempo hace que se fué?

Ana. Ya van nueve días.

Débora. Cómo? Y no sabes á dónde ha ido.

Ana. Extraña pregunta, por qué no lo habías de saber? Ha ido á implorar justicia en favor de un pobre anciano, que por ser judío ha sufrido un atropello.

Débora. Ah! Y ya hace tanto tiempo? No recales nada?

Ana. Porque he de temer, si Dios está con él.

Débora. Tú crees? Y si espantado el caballo por el rayo se desboca y en el abismo le precipita, ¿si la ira de Dios destruye el puente que atraviesa su coche, si en sombrío bosque le acomete el puñal de la venganza de Dios... (Levantándose).

Ana. Ten la lengua, extraña mujer! Por qué atormentas un alma tímida? Qué buscas aquí? Vete, vete! Tu presencia me causa pavor!...

Débora. Me echa! Vuelve á despertar la antigua fuerza! Ella me echa! Pues bien!... (Queriendo irse.)

Ana (deteniéndola). No te vayas, pobre mujer. Perdóname! Yo no debiera enojarme de tus palabras, tú estás enferma. Quédate aquí esta noche y descansa. El sueño te dará alivio y mañana podrás proseguir tu marcha. (Se oyen campanas. Ana cruzando las manos.) La oración!

Débora (escuchando). Ah! Qué está rezando? No la escuches, Señor. (Sigue escuchando.)

Ana. «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» (Débora estremecida se oculta detrás de unas malezas.)

Ana. Dónde está la mendiga? Tal vez habrá entrado en la casa. Que angustia he pasado. Oh, José!... Ah! Se oye un coche! Para! ¿Es su paso?... José!...

#### ESCENA SESTA.

Dichos y José.

José. Querida esposa mía!

Ana. Tú eres sano y salvo! Bendito sea Dios!

José. Y la niña?

Ana (corriendo hacia la casa). Hija, papá!

La Niña (saliendo de la casa). Dios te guarde, papá! Me has traído algo?

José. Vaya si te he traído: pero antes un abrazo á tu padre!

La niña. Papá! La vaca negra ha parido, y en el gallinero hay seis pollos más!

José. Gracias á Dios que ya volvemos á estar juntos! Me quieres de veras?

La niña. Yo, muchísimo.

Ana (abrazándole). Y yo con todas las veras de mi alma.

José. Dónde está mi padre?

Ana. Pronto estará de vuelta. Ha ido al valle á llevar socorro á los pobres fugitivos. Pero di, por qué has tardado tanto? (Vase la niña.)

José. He estado en Viena, y he visto al emperador.

Ana. Al emperador? Cuéntame: cómo te fué?

José. Cansado de hacer antesalas en el ministerio, de andar de negociado en negociado, de oír: «Venga Vd. mañana, aun no hay nada», resolví ver al emperador, y con este motivo me fué á palacio á pedir audiencia.

Ana. Y te la concedieron?

José. Se entra en palacio como se entra en una iglesia; la puerta está abierta, y todo el mundo se agolpa á la sala de audiencia, y cada uno encuentra sitio cuando le llega el turno. Nunca olvidaré la impresión que me hizo S. M. imperial. Yo me lo figuraba grande como un Dios, y me veo un hombre sencillo y modesto; preguntéme en nuestro dialecto en qué podía serme útil y qué podía. Empecé, como ya puedes imaginar, turbado y titubeando; pero sus maneras afables y sus amables palabras me animaron, y empecé mi relación. Le dije que deseábamos tener otra vez al maestro de escuela, el cual no quería separarse de su hermano y familia que, huyendo de sus perseguidores en Hungría, habían buscado refugio en su casa; que todos deseábamos que ellos viniesen con nosotros, y que estando prohibido por la ley, le suplicáramos fuese más benigno que ésta, y permitiera á los judíos el domicilio en nuestro pueblo.

Ana. Y qué te respondió?

José. Miróme con dulce sonrisa, y poniéndome así la mano sobre el hombro, me dijo: «Que vivan con vosotros si son gentes de bien. Esa ley viene de los tiempos pasados, y yo quiero daros tiempos modernos, yo soy el primero que deseo que mis ciudadanos sean todos iguales ante la ley; y mis judíos, son también mis ciudadanos.»

Ana. Dios te bendiga, generoso y noble emperador!

José. Considera nuestra impaciencia para traer tan fausto mensaje. Hemos venido volando! El compadre se ha adelantado á llevar la noticia al maestro de escuela; mi afán era abrazaros; pues si he de confesarlo, angustiada estaba el alma en medio de tanta alegría; pensaba en aquel pobre corazón partido.

Ana. Pobre esposo mío! Has de vivir siempre recordando? Mira cómo el cielo te ama; mira esos risueños y floridos campos.

José. Ah! El cielo nos favorece con su ben-

dición. Ningun rayo ha hendido el techo de mi casa, ningun soplo pestífero ha descolorido el rostro de mi hija, y el sello de Cain no se ha marcado en su frente.

Ana. Qué dices?

José (ocultando el rostro). Oh, malhadada maldición!

Ana. Una sola boca te maldijo, y más de mil te han bendecido. Crees tú que Dios es sordo á las súplicas del amor, cuando tiene en cuenta lo que el odio ha dicho?

José. Ah, Ana! Por tí florecen esos campos, por tí nos sonríe ese hermoso cielo, pues tú sola lo mereces, ángel de bendición! Yo no puedo gozar tanta ventura con tan intranquila conciencia, pues siento mi culpa en lo más recóndito de mi corazón. Mientras que yo aquí, en medio de la abundancia de la fortuna, puedo llamar esposa á una fiel mujer y estrechar entre mis brazos á una hermosa criatura, vaga, errante y miserable por esos mundos, aquella pobre jóven á quien tanto hice sufrir con mi insensato amor. No es ya su maldición lo que me estremece; su odio era solo la piedra de toque de su amor; es su pálido y benigno rostro que á menudo veo en sueños, y con voz lastimera me dice: Te he perdonado! Ah, Ana! Pudiera yo verla una sola vez, decirle cuánto siento mi grave falta y lo mucho que la he; pudiera yo regar sus manos con mis lágrimas... Ah, Ana! Entonces creería haber expiado la maldición; entonces recobraría mi tranquilidad.

Ana (con viveza). José! Me ocurre un pensamiento! Allá en el valle hay una caravana de judíos fugitivos que emigran á América; quizá entre ellos hay quien te dé razón de ella; y si la encuentras, obligala á venirse aquí. Quiero que sea partícipe de nuestra dicha, y yo seré para ella una hermana cariñosa. Ah! La mendiga de antes, tal vez pertenece á la tribu expulsada y sabe dónde encontraríamos á Débora.

José. Qué dices? Una mendiga?

Ana. Sí, ven, debe estar en casa, yo la detuve cuando quería irse, y quién sabe si no fué un aviso del cielo. Busquémola. (Se lleva á José á la casa.)

ESCENA SÉTIMA.

Débora saliendo de las malezas.

Qué es lo que escucharon mis oídos! Cielos! Es sueño ó realidad! La capa de hielo que cubre al corazón se derrite, esto se agita, palpita y de él brota la antigua vida. José! (Prorumpiendo en lágrimas.) Oh Dios, qué haces de mí! No lo amo como te amé un día; la llama del altar se llevó su víctima, y en la tumba de mi pecho solo arde otra vez la eterna lámpara de amor á la humanidad. No, Ana! No! no viviré contigo; no quiero seros un perenne reproche, ni perturbar la hermosa paz de vuestra alma. Quiero seguir la suerte de los míos y acompañarles en el extrañamiento, quiero que sepan que he sacrificado mi odio, desde que sé que podéis amar mi raza. (Vase con sigilo.) Sigilo, que nadie me vea; la puerta está abierta. (La escena se oscurece y la casa de José se ilumina.) Oigo pasos!... Es su hija! Ah! Quiero verla! (Dirigiéndose á la niña.) Ven, hija mía! no temas!

La niña. ¿Eres tú la pobre? Mi padre te busca.

Débora. Dios mío, es su mismo retrato! (La besa.) Cómo te llamas?

La niña. Débora!

Débora. Cómo has dicho? Débora... (Llora.)

La niña. Conoces tú quizá á la otra Débora?

Mis padres la nombrar á menudo, y cada noche me hacen rezar por ella.

Débora (con grande emoción y muy conmovida, colma á la niña de caricias y besos y saca el rosario.) Tóma, ángel de Dios!

La niña. Un rosario?

Débora (yéndose y abrazando á la niña de nuevo, entre sollozos). Dios te bendiga! (Dirigiéndose hacia la casa extendiendo los brazos.) Y á tí, y á todos... á todos! (Vase por la puerta.)

ESCENA ÚLTIMA.

La niña, José y Ana saliendo á su encuentro.

La niña. Mira, mamá, lo que me ha dado la pobre.

Ana (sin mirarlo). Dónde está?

La niña. Acaba de irse. Mira, papá!

José (tomando el rosario). Dios omnipotente! Mi rosario! Débora! (Aparece Débora en la colina que se eleva sobre el muro sin ser vista por ellos.)

Ana. Débora?

José. Sí, ella era! Estamos reconciliados! (Cae de rodillas, besa el rosario, Ana pone su mano derecha sobre el hombro de José, y de la izquierda tendrá á la niña. Débora desde la colina extiende el brazo derecho en ademán de bendecir el cuadro. Telón lento.)

FIN DE LA COMEDIA.

MEMORIA

ELEVADA AL EXCMO. SR. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, POR LA DIRECCION GENERAL DE ESTADÍSTICA SOBRE LOS TRABAJOS EJECUTADOS POR LA MISMA DESDE 1.º DE OCTUBRE DE 1868, HASTA 31 DE DICIEMBRE DE 1869.

Bajo el epígrafe que encabeza las presentes líneas, la dirección general de Estadística acaba de publicar una importantísima obra, á la cual vamos á consagrar algunas consideraciones generales, ya que nos es de todo punto imposible

encerrar en los estrechos límites de un artículo el minucioso exámen y juicio crítico de todos los trabajos que comprende aquel voluminoso libro.

Distintas veces y por distinguidos publicistas se ha levantado la voz en la tribuna y en la prensa para investigar las causas que han impedido el desarrollo de la estadística; innumerables han sido los elogios que se han hecho en todos los países de la primera base de la administración (1); incontestables son las pruebas que se han aducido para demostrar que la estadística es de tanta necesidad para los Gobiernos y los pueblos, que sin ella es imposible que las naciones sigan la senda del progreso, marchen por el camino que la civilización tiene trazado. Sin embargo, no le han faltado á tan importante ramo científico impugnadores más ó menos valientes, utopistas que han pretendido negar su importancia y que se han atrevido á poner en duda su inmensa trascendencia, no solo en el mundo económico, si que también en el que podemos llamar puramente intelectual y moral. Tan atrevidos detractores de la estadística, han encontrado pronto el debido correctivo á sus ataques; y los sabios de todas las naciones, al congregarse para discutir las bases primeras sobre las cuales deben apoyarse sus trabajos; al depurar las verdades estadísticas, han expuesto brillantes teorías (2), que son una demostración de la inmensa trascendencia de aquella ciencia para el porvenir de todos los pueblos.

Así no es de extrañar que las naciones cultas hayan establecido centros generales para el desarrollo y aplicación de la estadística, para el exámen de todas las múltiples ramas que tan fecundo árbol comprende. Entre aquellas no deja de figurar en lugar muy preferente nuestra querida patria que, por más que otra cosa se haya dicho, no está tan atrasada como suponen los eternos detractores de todo cuanto se desarrolla bajo el purísimo cielo de España, en ese país donde las ciencias y las letras tanto han florecido en la mayor parte de las épocas de su gloriosa historia. Y si es necesario que justifiquemos lo que acabamos de afirmar, acudamos al libro que ha motivado las presentes líneas y encontraremos datos preciosos para nuestro trabajo.

Que la estadística en España no produce resultados positivos; que es un gasto inútil para la nación; que no debe fomentarse ni sostenerse el centro que le da vida; que debe ir desapareciendo aquella dependencia en nombre del principio de economía, etc., etc.; tales ó parecidas son las inculpaciones que se dirigen á tan preclara ciencia por hombres que desconocen toda doctrina administrativa, que ignoran toda noción científica, que pretenden halagar á las masas con mentidas economías; ya que no lo son en realidad, ni pueden serlo, las que solo servirían para secar las fuentes de la riqueza pública, para ocultar ó contribuir á que permanecieran olvidados los ricos veneros que la estadística descubre con tanta mayor facilidad cuanto mas potentes son los medios de que puede disponer. Por esta causa, hemos sido de los que mas han rechazado cierta clase de economías en la dirección general del ramo que nos ocupa, limitándonos á pedir su reforma, á que se ejecutaran todos y cada uno de sus trabajos bajo un criterio puramente científico, prescindiendo por completo de la rutina y antigua práctica establecidas en otras varias dependencias administrativas.

A pesar de los ataques dirigidos á los dignos jefes de aquella dependencia, la obra que acabamos de leer es una prueba innegable de que si hasta hace poco los trabajos estadísticos en España no obedecían á ningún plan preconcebido, y solo se desarrollaban como un ensayo, como un dato que sirviera de punto de partida á estudios mas extensos, hoy obedecen ya á un criterio elevado que puede dignamente competir con los que ofrecen los países mas adelantados.

(1) M. Block y Romagnoli son dos de los autores mas notables que ofrecen brillantes apolojías de la estadística como fundamento administrativo.

(2) Véanse los discursos pronunciados por distintos publicistas en el último Congreso estadístico internacional celebrado en el Haya en 1869, [intruidos de doctrina científica y datos importantes.]

Detállanse en la indicada Memoria, con precisión y claridad, los distintos trabajos ejecutados por la dirección general de estadística desde 1.º de Octubre de 1868 hasta 31 de Diciembre de 1869, y expónense á continuación, todos los proyectos que han empezado á realizarse en dicho centro, y que sigue ejecutando el personal de aquella dependencia, y es fuerza que reconozcamos que todos y cada uno de ellos son dignos de elogio y merecen ser estudiados por cuantos se interesen por nuestro porvenir administrativo.

La dirección ofrece en la introducción de su repetido trabajo el plan adoptado para la organización general del ramo y todas sus dependencias; pasa á detallar los trabajos topográficos-parcelarios y las distintas fases que los mismos han atravesado, y entra luego á explicar los proyectos adoptados para llevar á feliz término las operaciones censales; expone extensamente las bases que presidirán á la formación de las estadísticas de territorio, población, producción territorial, producción industrial, comercio, administración y otros varios trabajos, en los cuales se ocupa sin levantar mano el inteligente personal de dicho ramo, con esa asiduidad y constancia propias de los que no solo buscan recompensa material á sus trabajos, si que también moral, que siente el que vé renacer en lejanía para su patria días de ventura, y tiene la satisfacción de contribuir con todas sus fuerzas á la reforma administrativa tan reclamada por los pueblos.

Y no se crea hijo de la exageración lo que acabamos de decir: los esfuerzos que ha hecho la dirección de estadística y todo el personal que de ella depende para resistir los ataques de los enemigos de todo progreso; sus constantes desvelos para justificar la imperiosa necesidad del desarrollo de aquella; el afán con que lucha en pró de la ciencia estadística, que es la base de todas nuestras reformas; el recto y justo criterio que preside en todos sus múltiples y complicados trabajos; queda sintetizado en el libro-Memoria que nos atrevemos á recomendar eficazmente á nuestros lectores, y cuyas páginas forman su mejor apología.

A pesar de lo que acabamos de indicar, estamos lejos de creer que la dirección general de estadística haya llegado ya al punto que debe alcanzar; de suponer que el desarrollo de dicha ciencia en España es tan extenso como sería de desear; de opinar que el personal que se ocupa en sus trabajos es ya bastante numero y entendido. No, no hemos pretendido afirmar semejante idea: sabemos que tenemos todavía mucho que recorrer; conocemos que, entre otra infinidad de causas, el repetido cambio de jefes y subalternos en la dirección de estadística, que la movilidad de los dependientes de aquel centro es un obstáculo grandísimo que se opone al verdadero desarrollo de aquella ciencia en España. Los conocimientos sobre la misma no se adquieren con tanta facilidad, ni puede improvisarse un personal que lleve felizmente á término los necesarios trabajos sin previo estudio: para ello son indispensables dotes especiales, una práctica en la administración general y un exámen detenido de cuanto en otros países se ha hecho. Así y solo así podrán llegarse á obtener felices resultados; no habrá la vacilación que ha habido en distintas ocasiones, y no se podrán entonces señalar los lunares que hoy presentan algunos de los trabajos de aquel centro expuestos en la Memoria, y que por hoy dejamos olvidado para no hacer demasiado extenso el presente artículo.

Las naciones extranjeras ofrecen sobre esto dignos ejemplos que imitar; los congresos estadísticos internacionales nos han dado infinidad de consejos que nuestros Gobiernos no deben olvidar; es necesario establecer la inamovilidad de los jefes y subalternos que se consagran á formular las bases sobre las cuales debe descansar nuestro edificio administrativo, y toda vez que con la Memoria que nos ocupa podemos demostrar su valer é importancia, cesede una vez su intranquilidad y ofrezca el Gobierno estabilidad absoluta á los que saben secundar las órdenes de sus jefes y realizar trabajos tan dignos, importantes y de tanta trascendencia como el libro objeto de estas líneas, suscrito por los señores D. Víctor Balaguer y D. Francisco García Martínez, de cuyas relevantes cualidades y

buena gestión durante su estancia en la dirección general de estadística, sentimos no poder hablar en este momento.

Madrid 26 de Abril de 1870.

J. F. R.

### UN SUEÑO EXTRAÑO.

El tren iba disminuyendo la rapidez de su marcha: nos acercábamos a la ciudad para mí desconocida; los viajeros asomaban la cabeza por las ventanillas de los coches como si de esta manera conseguirían hacer mas breve el camino. La máquina dejaba escapar el vapor que ya no utilizaba; la estación se presentó al fin y entramos en ella con la magestuosa gravedad de un gigante que tiene la conciencia de su fuerza.

Salí al andén y me dirigí al despacho de equipajes; á los pocos momentos un mozo se opodera del mio y me preguntaba el nombre de la fonda á donde iba á hospedarme.

—Espera, le dije; tendrán que registrar mi maleta los dependientes de la autoridad.

—No comprendo lo que Vd. quiere decir, me contestó el mozo.

—Que habrá necesidad de examinar mi equipaje para asegurarse de que no traigo géneros de contrabando.

—Me habla Vd. en un lenguaje desconocido, replicó. ¿Dónde están esos registros? ¿Qué géneros son los de contrabando?

—¿Pero verdaderamente aquí no existe nada de eso? ¿No hay géneros cuya circulación esté prohibida? ¿No hay una fuerza destinada á capturar á los defraudadores de la Hacienda?

—¿De dónde viene Vd., señor? ¿No se nada de lo que Vd. me cuenta?

—Que estólido es este prójimo, dije para mis adentros, y no queriendo entrar con él en explicaciones le mandé que se encaminara á la ciudad.

Salimos de la ciudad y á los pocos pasos encontré las primeras casas de aquella capital desconocida, que no se hallaba cerrada de murallas, ni de tapias siquiera.

—¿Y viven Vds., pregunté al mozo, sin defensa contra los enemigos exteriores? Aquí puede entrar y salir cualquiera cuando mejor le parezca, de día ó de noche.

—Yo lo creo; pues no faltaba mas sino que se nos prohibiera entrar y salir á nuestro antojo.

—A bien que la policía cuidará de que todo ciudadano vaya provisto de un pasaporte donde se hallen anotadas sus señas personales ó mejor todavía donde se encuentre una fotografía de su persona.

—¿Qué ideas tan extrañas tiene Vd.? ¿Qué historia es esa de los pasaportes y de las señas personales? Aquí no se necesita de ese documento para vivir con todo sosiego y sin que nadie se entrometa en nuestros actos, siempre que estos sean lícitos.

Pues señor, he llegado á una ciudad bastante rara, pensé yo, y continué hablando con el mozo de cosas indiferentes hasta que entré en la fonda.

Me había instalado apenas en una habitación cuando llegaron á mis oídos los tristes ecos de una música que tocaba una marcha fúnebre. Me asomé á un balcón y vi desfilar un entierro. Detrás del féretro marchaba en ordenada procesion gran número de personas de todas clases y categorías, con la cabeza descubierta y el dolor retratado en el semblante. Muchas de ellas llevaban niños de la mano; los niños lloraban.

—¿Quién será el difunto, exclamé sin poderme contener? Algun poleroso, algun hombre constituido en autoridad, alguno de esos cuya muerte se siente mas por la falta que hacen á muchas familias, que por el cariño que inspiran.

—Nada de eso, señor, contestó una voz temblorosa á mi espalda.

Me volví; el que así hablaba era el dueño de la fonda, que no podía contener los sollozos.

—¿Pues ese cadáver...

—Es el de un arcano maestro de escuela, cuya bondad no tenía límites, que consagró su vida entera á la enseñanza de los niños. Yo adquirí en su casa la primera instrucción, base de todas las demás; mis hijos eran sus discípulos; los hombres que van detrás del féretro han estudiado en su escuela la mayor parte, otros son agradecidos que le habían confiado sus hijos; los niños lloran su pérdida...

—Me parece que esa gente exagera un poco; tanto dolor por un maestro de primeras letras, lo tengo por algo ridículo.

—¿Que dice Vd., caballero? El maestro es el que abre por primera vez nuestros ojos á la luz de la razón; sin el maestro de escuela, ¿cómo había de adelantarse la sociedad? El sacerdote y el maestro merecen entre nosotros las mayores consideraciones, á ellos se les rinden los mas altos homenajes. Yo voy tambien á reunirme al acompañamiento, á llevar á mis hijos para que aprendan á honrar á los que forman su corazón y educan su inteligencia.

Y en efecto, á los pocos momentos vi salir de la casa al fondista acompañado de dos niños, y pronto se unieron á los que seguían el fúnebre convoy.

—¿Me parece que en esta ciudad están todos locos! exclamé con cierto aire de compasion.

Al poco rato me anunciaron una visita, y se presentó un caballero á quien yo venia recomendado, persona muy amable y que se ofreció de la manera mas cortés á acompañarme á visitar lo mas notable de la ciudad.

Acepté su oferta y nos dirigimos á una biblio-

teca pública. En ella vi con sorpresa que se hallaban leyendo muchas jóvenes y algunas señoras de mas edad. Me acerqué curiosamente y examiné las obras que consultaban. ¡Cuán grande fué mi sorpresa al encontrar que eran libros de ciencia, tratados sobre industrias ó artes, en vez de las frívolas novelas con que yo contaba!

—¿Se admira Vd.? me dijo mi nuevo amigo; estas señoritas vienen á estudiar ó á completar su educación á estos establecimientos; algunas vienen á consultar puntos determinados de la profesion á que se dedican.

—¿Es decir, que aquí la mujer aspira á los mismos cargos que el hombre, no recuerda la diferencia de organización?

—De ningún modo; aquí no enviamos á la mujer á la plaza pública á que discuta los negocios políticos, pero le damos una educación en armonía con sus aptitudes y procuramos que esa educación sea lo mas esmerada posible. ¿Ve usted aquella señora de la derecha? Está al frente de una tintorería, y de seguro que consulta un tratado de química. Observe Vd. esa rubia de la izquierda; es la hija de un fabricante de juguetes para niños y busca en la aplicacion de los fenómenos físicos un nuevo objeto que llame la atención de sus pequeños parroquianos. Aquella está de dependiente en un almacén de lámparas; alguna reforma lleva entre manos; la otra es la autora de los dibujos que luego estampa en sus telas un comerciante de fama; la de mas allá...

—Basta, amigo mio; veo que hoy es día de asombro para mí.

De la biblioteca pasamos al establecimiento penal; todos los detenidos se encontraban trabajando en los respectivos talleres. La mayor parte sufrían condenas leves, algunos debían permanecer allí muchos años. Pregunté si sabían leer y escribir, y me contestaron que eran muy pocos los que no tenían instrucción.

Después nos encaminamos á una fábrica de fundición de hierro. Las máquinas cortaban, pulían y taladraban en un momento trozos enormes de metal. El vapor llevaba el movimiento á todas partes; las correas se cruzaban en todas direcciones y giraban las ruedas y chirriaban las sierras y golpeaban los martillos. Habiendo recorrido la fábrica entramos en la oficina del director y examinamos elegantes álbums que contenían dibujos de todas las obras mas notables que habían salido del establecimiento. Noté una falta y pregunté:

—¿No podrían Vds. fundir cañones?

—Sí, señor; Vd. querrá decir tubos para la conducción de agua, de gas para el alumbrado, de...

—No es eso.

—Tubos para pozos artesianos...

—No, no, cañones de artillería.

—¿Cañones de artillería? Si la fábrica podría hacerlos indudablemente; pero ¿para qué queremos nosotros esos cañones?

—Esa pregunta me sorprende.

—Mas me sorprende á mí la de Vd. Hoy los cañones solo existen en los museos; en el de nuestra ciudad hay dos muy bonitos, aunque un poco súctos, por desuso sin duda de los empleados del establecimiento.

—Me parece que Vd. está equivocado.

—Mire Vd. si lo estoy, que el último cañon que se fundió en esta ciudad fué obra de uno de mis antepasados, del fundador de esta fábrica.

—¿Y cuándo sucedió eso? exclamé sonriendo con aire de incredulidad.

—A mediados del siglo último.

—Es cierto, añadió el caballero que me acompañaba; muchas veces lo he oido asegurar.

Yo me persuadí entonces de que estaba entre una coleccion de locos rematados, y dije con cierto temor:

—¿Y qué siglo fué el siglo último?

—Cuál ha de ser, el xx, contestó el fabricante.

—¿Luego no vivimos en el siglo xix?

—Pero este desgraciado se ha escapado de un manicomio, añadió; si vivimos en el siglo xxi!

No sé lo que pasó por mí; sentí que todo giraba á mi alrededor, y caí al suelo presa de un vértigo espantoso.

Al caer tropezé mi cabeza con el borde de una silla y...

Y me desperté; todo había sido un sueño.

RAFAEL BLASCO.

Del periódico *La Educación* copiamos el siguiente artículo:

#### APLICACION DE LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA Á LA INSTRUCCION PRIMARIA.

La libertad de enseñanza es un derecho natural tan evidente y justificado, como lo es el de andar, pensar y querer. Los talentos eminentes no divagan sobre este derecho, sino sobre su aplicacion para conciliar la autonomia del hombre con el bien social. Difícil problema, en donde los privilegiados ingenios luchan sin poder envanecerse con la corona del triunfo. ¡Tan limitada es la razon humana! ¡Tan pocos motivos tiene el hombre para enorgullecerse por el saber! Dejando aparte reflexiones inútiles, quizá desconsoladoras, por lo que envuelven de justa censura aplicada á nuestra nacion, nosotros, que, si carecemos de ciencia, rebotamos de voluntad, que por suerte ó

desgracia estamos siempre elevados á la region de las doctrinas, sin cuidar de los halagos fatales del interés individual, único móvil del profundo infortunio que sobre todos pesa, vamos á tender la vista sobre la instruccion primaria, inspirados por su progreso y mejora, á estudiar sus mas apremiantes necesidades, y á marcar su esfera de accion para que funcione tranquila, sin cargas innecesarias, sin opresion, sin licencia, sin estar encadenada; para que exista por su bondad y abundancia, con beneplácito de los padres de familia, de los pueblos y de la nacion entera. Desde la altura en que se dominan estas cuestiones es desde donde el legislador y el escritor digno, deben observar, con el prisma de la experiencia, del estudio, de la filosofia y del patriotismo.

El padre tiene un derecho natural, divino, sobre la educacion de sus hijos del alma, y se desconoce, se atropella este derecho, al imponerle maestros y enseñanza que no aprecia ni garantizan su anhelo ardiente por la ventura de aquellos.

Los ayuntamientos, elegidos por los padres de familia, que les han conferido la misión especial de velar por sus intereses materiales y morales en este importante asunto, son los que deben correr con su administracion y vigilancia, de acuerdo con los deseos paternales y del bien del pueblo; inmiscuirse en este benéfico encargo, dictar leyes que anulen tan legítima y acertada administracion, es una invasion de sagrados derechos, es cegar las fuentes de la prosperidad y bienestar de los derechos individuales y sociales.

Las diputaciones provinciales, representantes de estos derechos, son legítimamente el guía de ellos, el íntimo protector y el legislador primero en su respectivo círculo; fijarles trámites que las enervan, preceptos que pugnan con sus ideas en provecho de sus representados, sujetarlas á una inspeccion perjudicial y humillante, es matar su accion regeneradora y fecunda, con una tiránica y usurpadora centralizacion. El Gobierno supremo, tutor de los intereses materiales y morales de la nacion, debe respetar estas facultades, esta organizacion; indicar sus mejoras, ayudar á su desarrollo, ejercer exquisita y asidua vigilancia sobre ellas para evitar su languidez ó contener sus excesos, para proporcionar la bondad y la abundancia en la educacion, origen de toda riqueza, de toda felicidad. ¿Cómo responder á un encargo tan encumbrado y salvador, sin invadir los sagrados derechos del padre, sin restringir la autonomia de las corporaciones populares, sin reducir lastimosamente el ámbito en que han de funcionar, el campo en que ha de desenvolverse la primera enseñanza, ahogándola en el centro oficial, sin estimular al padre idiota, desnaturalizado, á que eduque á su hijo, al pueblo ignorante á que se ilustre, á la diputacion indiferente á que dé vida y fomento á la cultura y regeneracion de los pueblos, cuya administracion le está encomendada? Ardua es la empresa, pero no imposible para un Gobierno sabio, recto y patriótico.

El escritor con sus luces y experiencia, y el legislador con su talento y civismo, aconsejado por los hombres entendidos y prácticos, son los que han de darle la resolucion del problema con una ley bien meditada, previsora y liberal. Este es el momento en que todos debemos acudir con nuestro óbolo de inteligencia, toda vez que ha de discutirse el proyecto de ley presentado, que debe discutirse sin demora, si es que no se desea sumir la patria en la mas crasa ignorancia, en el profundo abismo de los vicios y los crímenes.

Aletargado el pueblo español bajo el cielo sombrío del oscurantismo, el progreso de las luces principió á mostrarle sus destellos, y reflejando en la Constitucion del año 12, la inteligencia entró en fermentacion, y se dió comienzo á una era de pensar y discurrir que reclamaba escuelas en la extensa superficie de España, como se piden estrellas que irradian luz en un oscuro firmamento. Los implacables enemigos de todo saber, confiados en el error, fanatismo y supersticion del pueblo, en los obstáculos que oponian á la política liberal, no dejaron que la enseñanza delineara su plan, que se ensayaran medios para establecerla con tranquilidad y criterio, y la hicieron morir con el Código en que se proclamaba.

Torna á brillar el astro civilizador el año 20, y las densas nubes del absolutismo lo apagaron en el año 23, hasta que en el año 34 se presentó para no ocultarse mas en nuestro horizonte. Consecuencia de esas vicisitudes, de los elementos con que aun lucha la civilizacion, tenemos que solo ha cundido en las poblaciones numerosas, merced á sus recursos y á su vitalidad que las han puesto en frecuente comunicacion y en estrechas relaciones con los centros mas ilustrados, con los adelantos de la industria, de las artes y las ciencias, agentes del progreso científico, que les ha proporcionado muchos y entendidos instructores para la infancia y el hombre iletrado, mientras que las pobres villas, lugares y aldeas, girando en su oscura órbita de tradicion, empirismo, rusticidad y materialismo, no han dividido un reflejo de luz por falta de medios de cultura: Hé aquí, legisladores; hé aquí, señores ministros; hé aquí, hombres políticos, deslindado el campo de la enseñanza libre y el de la mas rígida y ajustada enseñanza oficial en el ramo de la instruccion primaria. Fijad la vista en este punto capital de que tantos bienes ó males han de seguirse á la civilizacion del pueblo: aquí encontrareis la armonía de una y otra enseñanza; aquí el aumento y la bondad de ella, aquí su estímulo y su gloria; aquí conciliareis los derechos individuales, la descentralizacion administrativa, con los paternales cuidados, con los altos deberes del bien social; aquí pondreis término al desconcierto y al abandono en que yace la primera educacion, dándole vida y expansion, al par que ampareis á la niñez desvalida entregada á la barbarie y á la perdicion; aquí tendréis fin esa guerra sin tregua que la profana, que la envilece, que la mata, descendiendo de su region salvadora, á la cuestion de *maravedises*, porque el presupuesto dejará de ser abrumador por los espontáneos sacrificios individuales y locales, asegurando con mas desahogo las atenciones sagradas de la enseñanza oficial.

Desde los pueblos cabeza de partido y de tres mil almas arriba, hasta la capital de la monarquía, estado en donde ha penetrado la civilizacion, donde los padres pueden elegir con conciencia la enseñanza y los directores que convienen á sus queridos hijos, donde los municipios tienen el bastante juicio para velar por estos derechos, para conocer toda la importancia que tiene en su administracion la buena educacion de la infancia y el pueblo, en donde hay elementos para fomentarla y engrandecerla, se designa como el extenso campo donde puede desenvolverse vigorosa y centuplicada, la *hoy nula, sin esfera de accion, sin apoyo, enseñanza libre*. En estos círculos enseña todo el que se crea con aptitud para ello, que el criterio de los padres de familia, la inteligencia y solicitud de sus ayuntamientos, la saludable competencia que ha de sostener la enseñanza libre con la oficial decidirán de su saber y de su moralidad. Déjese en estos círculos á los representantes genuinos del vecindario, á los que en primer término y con especial mision están encargados de sus bienes morales y materiales, que premien la ciencia, el celo y laboriosidad donde la encuentran, que utilicen la libre enseñanza por su valer y su economía al educar á los niños pobres. Déjese á estas corporaciones el legítimo derecho de nombrar los profesores de escuela pública que necesiten con aprobacion de las juntas de instruccion pública, representantes en este servicio de las diputaciones provinciales: déjeseles aplicar la ley sin alterar sus prescripciones del modo mas ventajoso y equitativo á los intereses que administran, invocando el consejo y acatando la inspeccion de las diputaciones respectivas. Si en estos círculos lo absorbe todo la enseñanza oficial, si no se estimula y favorece la enseñanza libre, la libertad que se ha decretado, no dará beneficio alguno, será nula y los males seguirán. Para confirmar esta verdad *no hay que ir muy lejos*.

En los pueblos menores de tres mil almas, en donde á veces, la mas densa ignorancia, con su groseria é instinto ferroz, hace que el padre niegue á su hijo la educacion; en donde los ayuntamientos iletrados tienen por cosa baladí, ó gasto supérfluo, la instruccion de la infancia y el pueblo, en donde todo se dá al fanatismo y nada para despertar la inteligencia, ni *ennoblecere el corazón* en estos pueblos, donde suele perseguirse á pedradas al educador, donde se destina una

cuadra ó un calabozo para escuela... en estos pueblos que componen la masa de habitantes de España, es preciso, es urgente, es santo, hasta imponerla á todo trance. En estos pueblos deben existir cuantas escuelas públicas se necesiten bien dotadas, bien respetadas y auxiliadas sin excusa alguna. En estos pueblos no debe entrar la enseñanza libre, sino garantida con títulos de suficiencia y credenciales de honradez, porque de otro modo no hay quien la examine, y pueden la vagancia, la perversidad, la vil especulación, hoy tan extendida, derramar su ponzoña en los inconscientes moradores y en sus inocentes hijos. Para estos pueblos, debe la diputación provincial, por medio de su junta, nombrar maestros, y ejercer una vigilancia y una inspección continua sobre la enseñanza. Por mil títulos debe administrar este ramo, en representación de cada localidad, para evitar los trascendentales perjuicios que la ignorancia originaria pudiera. Inspiradas estas corporaciones populares de su alta y benéfica misión sobre la primera enseñanza y la instrucción de los adultos, con su saber, con su patriotismo, con el auxilio de las personas doctas de la provincia, aconsejando á unos ayuntamientos, ordenando á otros, ocupándose en su mejora, en sus necesidades y en lo que reclaman el espíritu del siglo y nuestras instituciones, habríase resuelto el problema que sentamos al principio. La libertad de enseñanza en los límites que la hemos señalado, cobraría vida, multiplicaría las fuentes de la instrucción, encontraría para ello auxilio, tendría un dilatado campo en que desenvolverse, se la pondría en frente de la enseñanza oficial, y brotando de ello utilísima emulación, acrecentaría sus progresos y beneficios. El derecho de los padres sería religiosamente respetado y protegido, las corporaciones populares no serían mutiladas en una de sus mas preciosas facultades, y el pueblo economizaría á la par algunos millones con ventajas indisputables en sus medios de civilización.

La enseñanza oficial giraría segura, tranquila y con beneficio en el círculo trazado, sin que pudiera la audacia, la especulación, ni la maldad, obstruirla impunemente en él. Los niños pobres, los niños que nacen en la superstición, y entre los instintos crueles de gente ruda y sin conciencia, que nacen entregados al embrutecimiento, al escándalo y al vicio, se librarían de su horrible suerte, alcanzando el tesoro de la educación. Si en esta desventurada patria solo hay recursos en el Estado para la milicia, el clero, la curia, los empleados, las clases pasivas, y nada para la instrucción del pueblo, para ilustrar y educar la generación que ha de sucedernos, y solo desprecio, ultrajes y hambre para los directores de la infancia, hagan al menos provincial el gasto de las escuelas, para que tengan fin las escenas de vandalismo que por baldón de la honra nacional se vienen presenciando en este asunto.

Legisladores, señores ministros, hombres de gobierno, fijad la mente en nuestras observaciones, que si no las autorizáis el talento, las autorizáis la experiencia, el estudio de nuestro ramo y el conocimiento que sobre él tenemos de sus necesidades y aspiraciones.

#### DATOS PARA LA HISTORIA DEL ALCANFOR.

(Conclusion.)

No nos sorprenderá ver el alcanfor, ya indicado en 1150, bajo el nombre de *ganphora*, por Hildegard, superior del convento de Rupertsberg, cerca de Bingen. Le hallamos todavía en los glosarios de la Edad Media alemana, bajo el nombre de *camphara* y *camphir*. Era conocido todavía mucho mas al Norte, y le hallamos mencionado por Heinrich Flarpestreng, canónigo del monasterio de Roskilde, muerto en el año de 1244.

Marco Polo, hácia fin del siglo XIII, fué probablemente el primero de los orientales que refirió ó volvió á enseñar los lugares de producción del alcanfor. Cuenta que se le halla en Sumatra, y mas particularmente en el reino de Kansur, en donde se vende, poniéndole en uno de los platillos de la balanza, y en el otro oro. Hace una observación importante, y es que en las montañas de la costa de China, casi en frente de la isla Thaiwau ó Formosa, crecen arborescentes de los que se extrae alcanfor. Es, sin duda alguna, nuestro *camphora officinarum*, que se encuentra aun en el día particularmente sobre esta parte de la costa y en la isla Formosa; pero es lo cierto que Marco no ha hecho distinción

alguna entre este y el *dryobalanops*, y quizás no de naturaleza resinosa y sin olor alguno.

Lo que nos enseña el célebre geógrafo árabe Ibn-Batuta, que vivía en la primera mitad del siglo XIV, es bastante curioso. Desde luego coloca el árbol del alcanfor en la familia de las rosáceas, y cree que el alcanfor se halla únicamente en el interior de los nudos; pero solamente en los tallos próximos al lugar en que ha muerto un animal: se da el nombre, dice, de *hardalch* á la mejor suerte de alcanfor que, tomada á altas dosis, puede causar la muerte. El célebre viajero árabe confunde aquí el alcanfor con un producto llamado *tabaschir*, igualmente célebre en la India.

Por consecuencia de la escasez creciente del alcanfor, del *dryobalanops* y de su carestía, es probable que, á partir del momento en que se descubrió el alcanfor del laurel, haya sido este solamente importado en Europa; sin embargo, se lee en la *Botánica farmacéutica* de Geiger, que á principios del siglo XVI el judío portugués Amatus Lusitanus (cuyo verdadero nombre es Rodríguez de Castello-Albo), indica en sus escritos, como lugar de procedencia del alcanfor, Borneo, de donde le sacaban principalmente los portugueses. Amatus Lusitanus no conocía la India lo bastante para que dejen de creerse las aserciones contrarias de García de Orta, que vivía á mediados del siglo XVI, y que pasó 30 años en las Indias como médico del virey de Portugal, en Goa, y que, por consiguiente, se hallaba en situación para conocer la verdad.

García nos da los detalles siguientes del capphura ó capura de Borneo y del de la China. El alcanfor de la China llega á Europa casi exclusivamente, bajo la forma de tortas redondeadas de cerca de cinco dedos de diámetro; el alcanfor de Borneo tiene un valor centuplo del de la China; los mercaderes indios y árabes que admiten cuatro suertes en el alcanfor de Borneo, las separan en parte abriéndole, y tienen tal hábito que descubren al momento los pedazos de alcanfor de China que pueden encontrarse mezclados. Según García, el alcanfor de Borneo viene en gran cantidad, ya de Sumatra, de las comarcas y de las islas del estrecho de Malacca.

Los banianos ó mercaderes indios limpian el alcanfor impuro por laciones de agua de jabón y zumo de limón. García no vió el árbol, pero se le pintaron como siendo muy grande y semejante al nogal, cuyas flores son blanquizas. La contradicción entre Amatus y García á propósito de la procedencia del alcanfor que en su tiempo venía á Europa, puede explicarse por el hecho de que en esta época el alcanfor de China, bien conocido desde hacia mucho tiempo, empezó á hacer una seria concurrencia con el del Archipiélago. En efecto, Erasmo Franciscus, en 1668, añade á lo dicho por García que se sabe mezclar muy bien el alcanfor de China al otro; que la mercancía circula sin reclamación como alcanfor de Borneo, y que García mismo, hablando del bange (*cannabis indica*), ha dicho que se da á veces al hachisch la denominación de *capphuram de Borneo*.

De cualquier modo que sea, los holandeses que en 1680 compraban el benjuí en la pequeña isla de Meurelaer, cerca de Baros, sobre la costa occidental de Sumatra, compraban también el alcanfor. El referendario Wilhelm de Rhyne, parece haber ya conocido el árbol del alcanfor ordinario del Japon, y mencionado que «hasta en estos últimos tiempos el aceite de alcanfor de Sumatra ha sido muy estimado en Europa.» Este aceite sabemos que no se le encuentra en el comercio há mucho tiempo.

A principios del siglo XVI, y probablemente mucho antes que el alcanfor viniese con abundancia á Europa, Duarte Barbosa le llevó como artículo de comercio, de Calicut á la India oriental, en que la suerte mas inferior *canfora grossa in pane* tenía el mismo precio que el benjuí; otra segunda suerte era empleada en untar los ídolos (*per unger gli idoli*) siendo de un precio un poco mas elevado, y en fin, una tercera para comer y para los ojos (*per mangiar e per gli occhi*), costaba el doble; la onza costaba cerca de dos marcos de plata.

Los holandeses conocían ya exactamente en esta época los dos árboles que dan el alcanfor: el *dryobalanops camphora* Coleb. y el *camphora officinarum* Nees. En la obra de M. B. Valentín, sobre la India oriental, se vé que en 1680 Arent Sylvius describe el primero de estos árboles de manera que no se le puede confundir; en cuanto al segundo, Herbert de Fager, nos dice que en 1683 podía verse en Batavia, en el jardín del consejero indiano Ontsohoorn, un árbol de alcanfor del Japon, de una altura doble de la talla de un hombre. La identidad del *dryobalanops* de Borneo con el de Sumatra, se ha hecho constar también por H. Grimm. Resulta de las investigaciones que se han hecho, que el alcanfor de Sumatra no ha podido ser nunca considerable por una parte, por las dificultades de obtener este producto, que no se encuentra en cada árbol sino en pequeña cantidad y solamente cuando tiene alguna edad, y por otra que la mayor cantidad que se obtiene de alcanfor, es empleado para el embalsamamiento de los príncipes del país.

Un hecho notable, aun no bien dilucidado, es que los chinos saben distinguir el alcanfor del *dryobalanops*, del alcanfor ordinario. Verdad es que Hamburg indica que el olor del primero se aproxima al del pachuli, y que su peso específico es superior al del agua.

Weddik, citado por Uriene, dice, por el contrario, que el alcanfor de Sumatra es mas ligero que el agua, pero que en el estado de impureza va acompañado de una materia mas pesada que el agua, que llama *griegie*, y que considera co-

Los solos caracteres que pueden tomarse en consideración para la distinción práctica de las dos suertes de alcanfor, son: el peso específico, el olor y la forma que los pedazos presentan naturalmente. Respecto del primer punto, las opiniones difieren; Boyle, da para el peso específico del alcanfor del *dryobalanops*, la cifra 1.009, y para el del alcanfor ordinario la de 0.98 á 0.99, mientras que Pelouze asigna al primero un peso menor que el del agua.

Flückiger, operando con el alcanfor del *dryobalanops*, ha podido observar que, puesto sobre el agua, á la temperatura de 17°, flota, ó al menos se sostiene inmediatamente debajo de la superficie del agua; los cristales mayores, particularmente los que se hallaban desprovistos de aire, se sumergieron muy lentamente. Cuando la temperatura se eleva gradualmente y llega á 60°, vuelven á salir del fondo á la superficie, y flotan durante algun tiempo todavía después de haber descendido la temperatura á 15° ó 17°. El peso específico del alcanfor de Baros ó del *dryobalanops* es, por lo tanto, á una temperatura media, un poco mas elevado que el del agua, mientras que, en las mismas condiciones, Flückiger no ha visto sumergirse en el agua el alcanfor ordinario. La densidad de este último se aproxima mucho á la del agua á 0°. Pero, aun asimismo, en el agua helada el alcanfor no descendiendo sino con mucha lentitud, siendo preciso que el cristal sea de forma regular. Un carácter seguro de las dos suertes es que el alcanfor del *dryobalanops* no gira en el agua como lo hace el alcanfor del laurel.

Examinando el olor, el que presenta el alcanfor del *dryobalanops* recuerda el del ámbar mas ó menos fino ó agradable.

Respecto de la forma, las colecciones de Londres contienen muchos cristales de alcanfor de *dryobalanops* en tablas, desde algunos milímetros hasta 1 centímetro de diámetro, mientras que el alcanfor de laurel solo se encuentra en pequeños granos cristalizado.

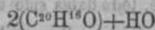
Se conserva en el Museo de Kew un grueso tronco de un *dryobalanops* de Labuan (region N. O. de Borneo), en el que se observan *in situ* el alcanfor cristalizado sobre la madera. Uriese ha dado también al Museo un pedazo de corteza del *dryobalanops* con cristales semejantes (sin olor).

El espectador se asombra al ver que los mayores cristales, que llegan hasta 1 centímetro, no se hayan volatilizado desde tanto tiempo, porque este pedazo hace mas de diez años que se le conserva. En realidad éstos cristales no son de alcanfor, sino de otra materia muy diversa, y que es útil examinar seriamente. Ya en 1852 la distinguieron del alcanfor Brooke y Philipps; el primero, haciendo derivar estos cristales de prismas rectangulares romboidales, cuyo aspecto octaédrico se determina por la truncadura. Philipps obtuvo por su combustión carbono, 64.72, é hidrógeno, 11.87 por 100. Flückiger, examinando algunos cristales del tronco de Kew, ha observado que caen inmediatamente al fondo del agua, y que se funden á la temperatura de 95 á 100°, á cuya temperatura se volatilizan poco á poco, pero sin dejar percibir ningún olor, depositándose sobre las partes superiores del vaso en agujas finas y muy largas, pero á la temperatura ordinaria no se puede observar volatilización alguna.

Ninguna de las dos suertes de alcanfor se comporta de esta manera; no se funden en el baño de maría, aunque se evaporan á la temperatura ordinaria; los cristales que se depositan sobre las partes frías no son agujas, sino mas bien figuritas alargadas, bien formadas, y desarrollándose igualmente en todas direcciones.

Philipps parece no haber notado que los cristales son volátiles. Se puede, con alguna razón, deducir de su análisis la fórmula  $C^{20}H^{20}O^6$ , que corresponde á 63.2 de carbono y 11.5 de hidrógeno. Lallemand ha examinado el aceite de alcanfor de una autenticidad irrefutable, y ha hallado que su composición corresponde á la fórmula  $C^{20}H^{20}$ ; si se añaden 6 equivalentes de agua, tendremos la expresión indicada mas arriba.

El aceite del *dryobalanops*, tiene en disolución, según Lallemand, un resina, por la que puede adoptarse la fórmula.



que corresponde á 80.0 de carbono y 11.1 de hidrógeno, mientras que Lallemand ha hallado 81.3 de carbono y 11.0 de hidrógeno.

En fin, el mismo árbol dá otra resina amorfa que es poco soluble en el alcohol, á 75°, y ni es volátil ni tiene reacción ácida. Calentándola fuertemente, dá el olor de la colofonia común, y de ninguna manera el del alcanfor.

En vista de lo que precede, creemos seria útil, para el conocimiento mas perfecto del alcanfor, averiguar nuevamente su composición.

El alcanfor, lo mismo que el almizcle, ha hecho su entrada en el mundo occidental por el intermedio de los árabes. En cuanto al tiempo en el que se ha extendido por los diversos puntos bastantes distantes del Asia, no tenemos bastantes puntos en que apoyarle; con lo que dejamos dicho quizás, podría determinarse el momento en que los chinos y los japoneses comenzaron á explotar sus árboles de alcanfor, para entregar sus productos á los insaciables occidentales, y podríamos usarle entre principios del siglo XI (Ayiuna) y fines del XIII (Marco Polo); pero esta fecha todavía exige una investigación mas extensa.

Por otra parte, siempre que un insecto forcejea por desahucarse de las manos que le

#### EL CALOR LIBRE DE LOS INSECTOS.

Los insectos entre los cuales se encuentran animales casi microscópicos, tienen calor propio, ó lo que es lo mismo producen calor?

Desde que la nueva teoría ha venido á ensanchar el campo de los conocimientos de la ciencia, y á explicar muchos hechos hasta ahora mal conocidos; desde que no se ha visto en el calor ni la materia ni la fuerza, sino un efecto dependiente del movimiento, podemos afirmar *a priori*, que los insectos producen calor porque este existe donde hay movimiento, porque uno y otro se engendran mutuamente, y que no solo son manantiales de calor, sino que tambien verdaderas máquinas térmicas, en las que el calor se utiliza, haciéndose, por decirlo así, visible bajo la forma de movimiento.

Hasta 1803, en que Hassmann observó en la Esfinje de la Campanilla, una elevación de temperatura de 5° superior á la del aire, los naturalistas no se habían fijado en esta clase de investigaciones, algun tanto difíciles, en los individuos aislados, no solo por su pequeñez, sino tambien por las grandes pérdidas de calor á que están sujetos, por consecuencia de su pequeño volumen. Después se han ocupado en aclarar este punto, entre otros muchos, Davy, Nobili, Melloni, Becquerel, Newport y Girard.

Desde luego, y sin recurrir á ningun medio de observación, puede notarse la diferente temperatura del aire, y la del interior de las colmenas, hormigueros, y en general de todos los espacios cerrados en que se encuentran viviendo en sociedad gran número de insectos, diferencia á veces muy notable, y que en ocasiones puede llegar á ser de 15°.

Esta diferencia de temperatura se deja sentir, y se hace mas patente, en las larvas que los pescadores de caña usan como cebo, y que por lo común tienen depositadas en gran número en una caja, pues que al verterlos en la mano, estando ésta algo fria, se experimenta una sensación de calor, debida, sin duda alguna, al que producen estos animalitos. Por todas partes, sobre las tierras heladas, dice M. Blanchard, sobre los hielos mismos, allí donde toda existencia nos parece imposible y donde en la estación menos rigurosa solo se aventuran algunas familias Esquimales, se agitan todavía millares de insectos. Si sus especies no son numerosas, en cambio, por una especie de compensación, sus individuos se muestran en legiones inmeasas, que nos prueban que el calor producido por ellos es el suficiente para animarlos.

M. Girard, sirviéndose de la aplicación al cuerpo del animal del recipiente, del termómetro de mercurio, ó introduciendo éste en el intestino grueso; del termómetro diferencial de Leslie, convenientemente modificado, ó de aparatos termo-eléctricos, que son los mejores cuando se hacen las observaciones en insectos casi microscópicos, y cuya sensibilidad es tan grande, que, según éste, con ellos sepuede conocer el calor de una pulga, ha conseguido establecer algunas conclusiones que son de las que exclusivamente nos vamos á ocupar.

En primer lugar, la comparación de las temperaturas externa é interna ha puesto en relieve diferencias tan grandes, que no pueden compararse con las que en los mismos casos resultan en los animales superiores, atendiendo á su volumen, y que no pueden explicarse de otra manera que dotando á su cubierta de un gran poder frigorífico, procedente de una evaporación superficial, muy rápida, y de una traspiración cutánea muy abundante.

Además ha observado este distinguido naturalista que el desprendimiento de calor es tanto mayor cuanto mejor dotados se hallan de aparato locomotor. Así que, en las larvas y en las orugas que, á excepción del sistema traqueal y de los centros nerviosos, las masas musculares, se hallan igualmente distribuidas: se observa en el galvanómetro una desviación proporcional al número de anillos que se ponen en contacto con la pila, lo que no se verifica en los adultos y en los grandes voladores, cuyos músculos mas poderosos se encuentran en el torax, que por lo mismo es el punto de una combustión activa y de una centralización nerviosa, en relación con el aparato locomotor.

Por otra parte, siempre que un insecto forcejea por desahucarse de las manos que le

retienen, por consecuencia de los violentos movimientos que ejecuta, ocasiona una rápida elevación de temperatura, seguida de un descenso luego, que debilitadas sus fuerzas recobra la quietud y la calma.

Esto nos indica la relación, la solidaridad íntima que existe entre la actividad muscular y el calor propio del organismo. Que cuanto más vivamente obran los músculos, cuanto más rápidos son los movimientos que producen, tanto mayor calórico se origina, puesto que se observa una acumulación en los puntos que aquellos se insertan.

Debemos suponer que este calor, acumulado en el animal, se debilita durante el vuelo, por consecuencia de su transformación, en trabajo efectivo, en movimiento: nos faltan, sin embargo, datos para apoyar esta aseveración, todavía no se han hecho experiencias en este sentido, y no son pocas las dificultades que son necesarias vencer para su ejecución; pero es de esperar, no obstante, que este punto, importantísimo bajo el punto de vista del equivalente mecánico del calor, reciba la sanción de la experiencia y dé a las observaciones de M. Girard, sobre el calor libre de los insectos, aquella universalidad á que la ciencia tiende hoy con tanto afán.

E. RODRIGUEZ.

LO ÚTIL, LO AGRADABLE, LO BELLO.

Entre las varias distinciones que comúnmente suelen hacerse de las artes, cuéntase la que las divide en útiles y bellas.

Semejante distinción cae por su base, siendo inadmisibles aunque no sea más que por la suposición á que puede dar lugar de que lo bello es cuando menos la antítesis de lo útil. Nada tiene, pues, de extraño que el arte, cuyo objeto final es la belleza, haya sido considerado como un mero entretenimiento; y que la belleza se la haya desnaturalizado hasta el punto de haber quien dice, como el inglés Reid, que la belleza de un carnero consiste en la finura y buena calidad del vellón. Por otra parte, no vemos que la utilidad haya sido considerada bajo todos sus aspectos al emplearla como antítesis de la belleza.

La utilidad moral no debe reducirse á tan refinado materialismo, ni está reducida á tan estrechos límites que no pueda decirse que hay una utilidad moral como la hay material ó física. Negar esta idea será negar su objeto á varios ramos del saber humano de utilidad puramente moral. Utilidad moral la tienen aquellas producciones en las cuales puede hallarse desarrollado algún sentido religioso, algún pensamiento en que la filosofía, no la necesidad material, haya tenido parte: utilidad física ó positiva la tienen aquellos productos que mas se refieren á las necesidades materiales que la civilización de continuo crea; y ambas utilidades se neutralizan mutuamente, de manera que cuanto más la una crece, mas disminuye la otra; formándose de este modo una gradación como la que constituye la distinción entre las artes liberales y las mecánicas de que hemos hablado en uno de nuestros anteriores artículos.

Por otra parte, la utilidad, en su acepción general, no está reñida con la belleza, antes al contrario, es un elemento constitutivo de ella ya que de ella puede el arte sacar motivos para alcanzar esta belleza, que es su objeto final. La arquitectura saca de la construcción motivos para la decoración; y al cabo el consorcio del arte con la industria, que consideramos tan natural como indisoluble, no tiene otra base en donde pueda hacer estribar mejor sus principios.

La utilidad considerada no mas que en su aspecto material, según comúnmente y aun vulgarmente se considera, no nos da formas que de la imaginación partan ni que al sentimiento vayan; y aun sin pensarlos, los que no de otro modo sabían verla, la hacen exclusivo patrimonio de la inteligencia y de la instrucción, dejándola nula para la multitud. Lo materialmente útil afecta la inteligencia y no mueve el sentimiento: una máquina, una herramienta se comprenden, pero no se sienten. La utilidad considerada del modo que hemos indicado en el párrafo anterior, esa utilidad provista de las condiciones necesarias para

proporcionar al arte todos los medios necesarios para alcanzar su objeto final, la belleza tan adherida está con este objeto, que es otro consorcio tan íntimo, si no es el mismo, como el que une al arte con la industria. Si la utilidad puramente material se entiende, mas no se siente, la belleza, objeto final del arte, se siente, sin que la inteligencia se aperciba de la intervención que en ello haya tenido; y si aquella solo con los iniciados habla, esta habla con todos, y puede á todos mover según su manera de sentir fuere. De lo dicho nace el axioma: lo bello con serlo, es útil; lo útil menos grados de belleza admite, cuanto mas material sea.

Lo agradable no es objeto del arte sino un efecto de las producciones de la actividad humana: el gusto.

El gusto es desigual y contingente y hasta indeterminado en los hombres, como lo es toda sensación; dependiendo mil circunstancias y combinaciones y admitiendo como causas los mas encontrados elementos. La sensibilidad que es la causa del gusto, es la región mas oscura del espíritu humano; de aquí el refrán que dice: de gustos no hay nada escrito. Bajo el punto de vista de gusto todos los sentidos son iguales: lo que agrada á unos, desagrade á otros; y lo mismo hay gusto para los sentidos prácticos, el olfato, el paladar y el tacto, que para los contemplativos, la vista y el oído. De aquí el llamado por antonomasia *buen gusto* que es el gusto artístico de que hemos hablado en otro artículo, y que hemos dicho que consistía en el sentimiento de lo bello.

Bajo este punto de vista es ociosa la cuestión de si lo bello es bello porque agrada ó si agrada porque es bello.

Lo bello no será bello porque agrada. Esto sería hacer la belleza cuestión de gusto, lo cual es relativo á la organización de cada cual; entrando por mucho el capricho, desvirtuándole ó matándole la costumbre, y proscribiéndole ó condenándole la moda. La belleza no puede estar sujeta á tales contingencias como no lo está á la de las creencias, de educación, instrucción, en una palabra, al carácter de la civilización. La belleza es belleza, como la verdad es verdad, siempre y en cualquier parte; la dificultad está en saber hallarla; y desde el momento en que se halla, se sentirá, y la obra hija de la industria humana producirá el efecto apetecido: agrada. Hé aquí el gusto bajo la consideración que merece: hé aquí resuelta la segunda proposición: *lo bello agrada porque es bello.*

La belleza ¿en qué consiste? Hemos dicho en otro artículo que el pensamiento, la voluntad y el sentimiento son las tres facultades del alma humana que solo se distinguen en el modo de darse á conocer. Asímanse, con efecto, en el objeto de sus aspiraciones, que es la verdad absoluta; pero al pensamiento y á la voluntad para conocer sus aspiraciones les basta el fondo de las cosas, mientras que el sentimiento no puede conocer la suya, si además no tiene delante de sí el elemento sensible, esto es, la forma.

El fondo y la forma: los dos elementos de que el arte consta, y que armonizados entre sí de manera que no parezca sino que el uno ha nacido para el otro, y no es posible separarlos, presentando la oposición destruida y formando un conjunto espontáneo, esto es, que no descubra una combinación hecha con un trabajo penoso; constituirán la belleza objeto único y exclusivo del arte.

Establecer esta armonía es tarea del genio, el cual obra con la materia, á semejanza del modo como Dios obró con el hombre: si Dios al crear al hombre le inspiró un soplo de vida con lo que obró un misterio inaccesible á la comprensión humana, puesto que estableció una perfecta armonía entre dos sustancias tan distintas como son el espíritu y la materia, el genio por medio del arte da á la materia una parte de ese soplo de vida que Dios le inspiró, obrando, si no un misterio, una ilusión de misterio que responde á nuestros sentimientos al propio tiempo que satisface á nuestra inteligencia.

Podrán conocerse las circunstancias de semejante armonía con ejemplos de carácter negativo que ofrezcan ausencia

de ella; porque á mas de ser tantos los caminos que á la belleza pueden conducir, debe considerarse que, no siendo posible á las teorías hacer mas que educar genios y pulir gustos, mas fácil será dar á conocer lo que debe evitarse que lo que debe hacerse.

Principiemos por obras de interés puramente moral, y llegaremos sucesivamente á las de interés material, ó de utilidad positiva. No nos limitemos desde luego al arte plástico: consideremos el arte en general, luego especializaremos nuestras consideraciones.

Entremos en el teatro: al cabo en el teatro están reunidas todas las artes. Funciona una compañía de declamación. La obra dramática que se ejecuta es p. e.: *Edipo*, de Martínez de la Rosa, ó *la muerte de César*, de Ventura de la Vega. Héroe de la antigüedad los protagonistas de una y otra producción; (y no olvidemos que cuanto mas nos alejamos de los hombres y de las cosas, mas idealizámos.) Ignoramos que actor tiene á su cargo el papel de cualquiera de esos dos protagonistas: y por mas que no tengamos la preocupación de que los héroes son de mayor talla que los demás hombres, y creamos racionalmente que en el alma, no en el cuerpo, es donde está el temple que da la heroicidad, sin embargo, á todo el que tenga un tanto de entusiasmo artístico se le ocurrirá suponer á *Edipo* ó á *César* con estatura, cuando menos, alta: formas materiales, si se quiere, pero simbólicas de talla del corazón y de la grandeza del alma.

Se levanta el telón y se presenta en la escena un actor con excelente voz, grandes medios para modularla, movilidad en los músculos del rostro, ademanes y actitudes de grande expresión acompañando convenientemente la palabra, perfecto conocedor de la escena, en fin, con todas las cualidades artísticas que un actor necesita para hacerse admirar; pero ese actor es de pequeña estatura, las formas de su cuerpo ó son mezquinas, ó quizá un tanto obesas. ¿Quién no exclamará al verle y oírle? «¡Buen actor! pero hace un mal *Edipo* ó un mal *César*».

Será porque la forma no estará en perfecta armonía con la idea, faltando una circunstancia para alcanzar la belleza.

Entremos ahora en un salón de baile ó de conferencias bursátiles. Cuatro columnas sostienen las alfardas ó jácenas del artesanado. Tales columnas están pintadas de color de piedra, pero son de hierro: estáticamente pueden muy bien admirarse; estéticamente las rechazamos. Aquella combinación no satisface nuestro sentimiento, no hay unidad; no hay proporción, no hay armonía entre la idea común de la solidez con la de las dimensiones: la heterogeneidad de los materiales, quizá hubiera exigido otra combinación... en una palabra nuestro sentimiento no se halla excitado por mas que la inteligencia conciba la combinación, el equilibrio de fuerzas y resistencias, etc., etc.

Vemos un objeto de metal encima de la mesa del despacho de un comerciante. Este objeto tiene una figura y á cada lado de ella dos esferas.

La figura está bien modelada ¡oh! la conocemos: es Cristóbal Colon. Le caracterizan, á mas de la fisonomía, el traje, la actitud, los dos mundos, entre los cuales la figura descuelga, ¡buen monumento conmemorativo! exclamamos. «Vea usted, dice el propietario, es una escribanía,» y nos encontramos con que lo que lo que parecía lo principal no es mas que un accesorio, y que en lo accesorio está lo principal: el tintero y la salvadera. Y no contentos con la caracterización de esos dos vasos, que bien podrá ser que mojemos la pluma en la arenilla ó vaciemos la tinta sobre lo escrito. Sin embargo (y sea dicho de paso) á esto se ha dado en llamar *Aplicación del arte á la industria*, cuando mejor le sentara posición del arte en ridículo y mal uso de la industria.

Otros ejemplos de esta naturaleza podríamos citar, desde el monumento arquitectónico de mas importancia hasta el menor dije de tocador, que ni son lo que parecen, ni representan lo que deben representar. Basten los referidos para poner de manifiesto las faltas en que puede incurrirse y los errores que deben evitarse para constituir la armonía entre la idea y la forma, auxiliándose siempre el buen sentido para dirigir la imaginación por buen camino y alcanzar la be-

lleza en cuantos objetos la actividad productora del hombre puede ejercitarse.

J. MANJARRÉS.

HISTORIA TERRIBLE.

¡EL CÓLERA!

Este nombre pavoroso, espanto del siglo XIX, fué dado por Hipócrates á un flujo bilioso extraordinario, pero sin ninguna semejanza con el formidable azote que hoy le lleva.

Ya en el siglo primero de la era vulgar, habló del cólera el médico Areteo.

No llamó despues la atención hasta que en el siglo XVII el inglés Sydenham, y en el XVIII su compatriota Huxham, describieron el cólera esporádico con muchos caracteres de los que hoy se reconocen.

El cólera asídico endémico le trató otro inglés, Boattin en 1669.

Lind, Sonnerat, Thompson y la *Sociedad médica* de Calcuta, estudiaron sus progresos desde 1774 hasta 1787.

Estos observaron la enfermedad como puramente local, originada por el calor húmedo de la India y la intoxicación palustre de los pantanos formados por el delta del sagrado Ganges, no menos que por la desidia de los habitantes, que desdeñan toda medida higiénica.

Habiase creído, no obstante, que la terrible enfermedad no saldría de los límites del territorio en que se originó.

¡Doloroso error!

Llega el año 1817.

El cólera, nacido, como queda dicho, á orillas del Ganges superior y del Bramaputra, aparece de repente en Julio, como un terrible fantasma, en comarcas tan apartadas como Patra y Dinapora.

Durante el Agosto siega 40.000 vidas en Bahar y Jesora, tendiendo á continuación su terrible guadaña por Calcuta, Nagpura y Bengala. El 9 de Noviembre sorprende al ejército inglés, y en seis dias priva de la existencia á 20.000 soldados, acampados á la orilla del Batoah.

El mismo año diezma á Java y Malaca, causando 400.000 defunciones.

A la manera del tigre, se encarniza mas cuantas mas víctimas hace.

Durante el invierno hizo creer que minoraba su ira; pero á la primavera se despierta su furia, desparramándose nuevamente por Benarés, Bombay, Décan, Coromandel, Madrás, Pondichery, Borneo, Malaca y el imperio de Birman, penetrando hasta el valle de Kaimandú, que está 1.200 metros sobre el nivel del mar.

Como una nube inmensa cierra su vuelo fúnebre por dilatadísimas comarcas.

En 1819, corre desde Siam hasta la isla de Francia y la de Borbon.

En 1820 invade la China y el Archipiélago filipino.

El 1821 Java, Borneo, Pérsia y Arabia, hasta Bagdad.

Avanza con paso terrible hacia Europa, ansioso de salir del Asia, su país nativo.

En 1822 sigue en la China; en 1823, sin dejar la India, envia sus avanzadas al pié del Cáucaso.

En 1827 amenaza traspasar el Himalaya. ¡Europa observa aterrada la marcha del infatigable viajero!

El 28 de Agosto de 1829 debe ser dia señalado con piedra negra por Europa.

El primer caso de cólera se presentó en ese dia en Orembourg, ciudad muy saludable, en la orilla derecha del río Oural.

En pocos dias, de 7.000 habitantes sufrieronse atacados 800, muriendo 121.

Durante el mes de Agosto, mueren 6.500 en Tiflis y Astracán, y al terminar Setiembre se desarrolla en Moscú, á pesar de un triple cordón sanitario.

Las orillas del mar Negro y del de Azof, así como los Principales Danubianos, son víctimas del asídico huésped.

En 1831 deja asolada la Polonia, penetra en abril en Varsovia, y se extiende luego por Prusia y Austria.

De allí pasó á Inglaterra.

El dia 13 de Febrero de 1832 supo aterrada París, que en la calle de Lombardos se habia presentado el primer caso de cólera.

Toda Francia é Irlanda gimieron presto bajo el terrible azote.

Insaciable el monstruo, anhela cruzar el Atlántico, como queriendo probar que ni montañas ni mares detienen su terrible marcha.

En efecto, el año 1833 se señorea del Canadá, Nueva-York, la Habana y Méjico.

España y Portugal son víctimas al mismo tiempo.

Madrid se ve invadido en 1834.

El terror sobreceja los ánimos: el vulgo atribuye la epidemia al veneno, y asta señala con terrible esigma á los que tienen por sus envenenadores.

Bien pronto el cólera se pasea amenazador por Marsella, Tolon, Mompeller, Nimes, Aviñon, Niza, Villafranca, Liorna, Génova, Venecia y Trieste.

Pasa luego al Africa y devasta toda la costa Norte.

Por fin, el monstruo se cansa de matanza y desaparece.

Pero llega el año 1849, y otra vez siembra el espanto y la muerte.

Tan terrible como en 1832, su camino es irregular.

De Tiflis pasa á Constantinopla, de Calais á

Dunkerque, y á Londres, luego á París, invadé la Siberia, vfrgen hasta entónces, vuela de nuevo á América, recorre igualmente la Bélgica y la Holanda, y siembra el espanto en el Cairo y Alejandria, con mas de 10.000 víctimas.

La tercera epidemia aparece el año 1853. Copenhague experimenta su furor por vez primera, en 12 de Julio y sienten heridas 7.219 personas, muriendo 4.737.

Suiza parece privilegiada, y apenas le alcanza su influencia. Ginebra solo contó dos víctimas.

El Brasil padeció horriblemente. España, en 1855, lloró la pérdida de muchos de sus habitantes: en Madrid murió una tercera parte de los invadidos.

El año 1865 señala una cuarta horrible etapa cólica. Los peregrinos mahometanos que volvan de la Meca y Djeddah, llevan á Egipto el germen.

Apenas dichos peregrinos, llamados en su lengua hadjis, acamparon junto al canal de Mahmudieh, se presentó el cólera en el Cairo y Alejandria con terrible fuerza, invadiendo luego la Siria y Turquía.

Los buques que, procedentes de Egipto, arribaron á Marsella, importaron la peste en el Mediodia de Francia, de donde pasó á España y Portugal, apuntando tambien en Inglaterra.

Los días 9, 10 y 11 de Octubre, serán recordados con espanto largo tiempo por los madrileños.

El hecho del contagio, por medio de los hadjis, hizo pensar á los Gobiernos en tomar serias precauciones para preservar la Europa.

El imperio francés propuso medidas internacionales, y una comision partió de Constantinopla para Oriente á fin de poner los remedios que parecieran eran mas eficaces.

Pocos dias hace los periódicos han dado la noticia de que nuestro cónsul en Constantinopla habia puesto en conocimiento del ministro de Estado que el cólera ha aparecido en la isla de Zanzibar, en la costa de Zaquebar, de donde ha pasado á toda la costa oriental de Africa, invadiendo en poco tiempo 40.000 personas.

Dias despues ha dicho El Telégrafo Autógrafo que el cólera causaba extragos horribles en Constantinopla, y que se temia su propagacion á otros países.

¿Tendremos una nueva visita del terrible viajero gánglico? Han caido en desuso las medidas internacionales, olvidando los ejemplos pasados, y ahora, sobre todo, que la ruptura del istmo nos aproxima á los países originarios del cólera?

Acúdase á tiempo para ver si el remedio puede aplicarse con eficacia.

INFLUENCIA DEL ARBOLADO EN LA LLUVIA.

Los fenómenos de la naturaleza están rodeados de tantas y tan extrañas circunstancias, que es, al pronto, muy difícil conocerlos, y aun parecen superiores á la inteligencia humana; pero se distinguen, al fin, cuando se multiplican y asocian los trabajos de muchos.

Despues de constantes y profundos estudios hechos en la naturaleza por largos periodos, y de observar la admirable regularidad que preside á sus actos, surge á la mente del curioso observador la siguiente pregunta:

¿Por qué la naturaleza, que siempre presenta cierta periodicidad admirable en sus fenómenos, como en el calor diurno y anual, en la vuelta de algunos vientos, en ciertas épocas del año, en la oscilación barométrica y en otros muchos, ha de ser tan caprichosa en la lluvia?

Es evidente que no depende del acaso, sino que está sujeto á ciertas leyes.

La situación geográfica del país, su situación con relacion á los vientos, su inclinacion con respecto á los rayos del sol, la composicion de los terrenos, las montañas, su direccion y ramificaciones, si forman una cadena continua ó interrumpida, su elevacion y altura sobre el nivel del mar, son causas que influyen notablemente en la lluvia.

Pero aun es mas digno de tener en cuenta que todo esto, si están ó no cubiertos los terrenos de vegetales.

El arbolado, principalmente, y muy sobremañera los espesos bosques, no permitiendo la irradiacion, presentan superficies especialmente absorbentes, enfrian las capas de aire que circundan sus cimas, constituyéndose de este modo en unos buenos agentes refrigerantes ó condensadores del vapor acuoso.

Por el contrario, los terrenos incultos y arenales expuestos á la acción directa de los rayos del sol, dan lugar al calor radiante con mas fuerza por su color, siendo los mas apropiados para reflejar á la atmósfera los rayos caloríficos, constituyendo así un foco de calor que se opone á la condensacion de los vapores.

Se deduce, por lo tanto, de lo dicho, que cuanto mas cubierto esté un suelo de plantas, mas atraen y conservan la

humedad, muy particularmente las montañas que, llenas de árboles, son unos verdaderos absorbentes del calor radiante, sirviendo al mismo tiempo de condensadores de los vapores.

Los árboles, no solo atraen las nubes con sus elevadas cimas, sino que, absorbiendo por la raíz la humedad de la tierra, la conducen á la atmósfera, sirviendo de sifones y aumentando en esta el vapor acuoso.

En las grandes lluvias de tempestad, se oponen á los torrentes, haciendo al mismo tiempo que no se pierda ni un átomo de agua, porque cayendo sobre sus hojas, se desliza gota á gota, cual lluvia suave, de la que lentamente la tierra se va empapando.

Agrupados formando bosques, refrescan las regiones meridionales y templan el gran frio de la zona septentrional.

Hasta contra los huracanes, á cuya terrible fuerza parecia que el hombre no podia oponerse, los habitantes de América han hallado en ellos un medio, valiéndose de elevados árboles dotados de vigorosas raíces que sirven de dique á tan poderoso elemento.

Lavallian, que ha penetrado dos veces en el interior de Africa, ha hallado en el centro espesos bosques, campañas encantadoras, parajes de placer y de alegría, surcados por caudalosos rios en donde no se sienten los insostenibles calores que corresponden á aquella latitud, viniendo á comprobar esto que los árboles no solo pueden modificar los climas sino hasta cambiarlos.

Los antiguos divinizaron los presentes de la naturaleza para conservarlos y gozar mas tiempo de sus dones.

Conociendo la importancia de los bosques, los miraron con la mayor veneracion y pusieron en ellos sus niñas para que los guardaran.

La influencia del arbolado en la lluvia es visible y por todos reconocida.

La relacion que existe entre los árboles y la atmósfera está bien demostrada, visto el cómo influyen en la formacion de las lluvias, puesto que son los agentes mas poderosos para el enfriamiento y condensacion del vapor acuoso existente en la atmósfera, así como el refrigerante por excelencia de los vientos calientes y húmedos, por cuyas razones deben plantarse en los montes y llanuras faltos de vegetacion suficientemente desarrollada.

Con la destruccion de los montes en tan extensa escala, y la no reposicion, viene la inclemencia de las temperaturas y las estaciones, deteniéndose por esta causa repetidissimas veces la liberal mano de la naturaleza.

Los vegetales que se cobijan bajo la espesa sombra de los bosques, y que sirven de alimento á los ganados, van desapareciendo, y con estos los principales recursos de la sociedad.

La tierra va perdiendo de dia en dia un elemento de fecundidad, y con el tiempo se trasformarán los campos en desiertos arenales, en donde, si no se aplica pronto remedio, han de desaparecer los vestigios de la planta humana.

Las vastas llanuras de Nive, de Babilonia y de la Caldea, casi toda el Asia menor, y hasta gran parte del Egipto, que tanto brillo dieron al Oriente, son una prueba palpable de que no somos exagerados al anunciar tan fatal pronóstico.

De un siglo acá se hacen en todas partes grandes desmontes, llevando esta devastacion en algunos puntos al mayor grado. Como si la pródiga naturaleza al cubrir de árboles las cimas de las montañas, no hubiera querido dar á entender que de ellos pende la suerte de los vivientes!

Si nuestras palabras no llevan el convencimiento á los ánimos, fíldádonos, por el contrario, de visionarios, óigase al célebre Humbolt, que así se expresa: «Quitando los árboles que cubren las cimas y lados de las montañas, se preparan á las generaciones futuras dos calamidades á la vez, la falta de combustible y la escasez de agua.»

SOMBRA DEL PASADO.

LAS CORTES CONSTITUYENTES DE ESPAÑA, EN CONTRA LA PENA DE MUERTE.

No hay piedra para el culpable, la justicia ha de ser fuerte;

hoy mismo le dará muerte su cuchilla inexorable.

A presenciar la tortura van, con febril impaciencia, el niño, toco inocencia, la mujer, toda ternura.

Y llena, como en funciones, en que gozar es costumbre, bulliciosa muchedumbre las calles y los balcones.

Un pueblo civilizado, en su ceguera, no ha visto que no es aquel hombre, es Cristo el nuevo sacrificado.

Pues, bajo cruz alentosa, es su celeste doctrina, y no el reo quien camina por la via dolorosa.

Tu falaz deber cumplido, sígueme justicia humana; Contéplemos el mañana En un hogar afligido.

Escucha, aunque mal te cuadre, la voz de esas dos mujeres: —¿Quida eres tú? ¿Y tú quién eres? —Yo, la esposa. —Yo, la madre.

Y los que al veros temblaron «con lloro y ayes prolijos, son los huérfanos, los hijos del que ayer ajusticiaron.»

Hambre, sed, duelo profundo, y aun el horror de las gentes, á esos pobres inocentes se seguirán por el mundo.

Mas teme que cuando creas de tí al mundo satisfecho, diciendo: —«Soy el Derecho,» él diga: —«¡Maldito seas!»

Dura ley que al cielo ultrajas echando á otro ser tu yugo, y de hombre le haces verdugo, y hasta el monstruo le rebajas.

Promulgada tú no fuiste cuando lo fué la Ley Nueva; tambien éste un cruz lleva, la cruz de su oficio triste.

Y su familia, á quien ama, paciente, como él, se inmola, y vive, cual príxi, sola; Su propio nombre la infama.

La historia y los pueblos gimen, y tu error condenan ciego Juana d' Arc, Padilla y Riego... todos, la virtud y el crimen.

Que todo lo has profanado con tu mano parricida; el misterio de la vida, de Dios el poder sagrado.

Sé caridad, no venganza, y gloria tendrás no poca, si una lágrima el fiel toca de tu severa balanza.

Mucho contra mí promesa ¡ay! pesa el delito grave; pero no importa, ¡quién sabe lo que una lágrima pesa!

Estéril es el tormento que cuerpo y alma desune; no queda el culpable impune, le queda el remordimiento.

Mas en la noche en que gira de estos sérgas el destino, hay un átomo divino que siempre á la luz aspira.

Dolor y oracion el velo rasguen de esta noche oscura; que á la mas vil criatura se abran las puertas del cielo.

No por débil, llegue apenas mi súplica á vuestro oido; yo la voz he recogido de todas las almas buenas.

Y para que España, ejemplo sea peregrino y santo, os la repite mi canto en vuestro sublime templo.

El pueblo, rey y de los reyes, á engrandecerla os convida; que corra un soplo de vida por el libro de las leyes.

De suspiradas edades ya el grito próximo zumba: ¡Caiga el cadalso en la tumba de las viejas sociedades!

Y dén inmortal auréola las sociedades cristianas, á las Cortes soberanas de la nacion española.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

A AMÉRICA CON MOTIVO DE SUS GUERRAS CIVILES.

(Dedicada al Sr. D. B. Maidagan.)

Oda.

¿Qué funesto delirio, qué sangriento poder ó de venganza trucea en llanto de pena y de martirio la voz angelical de tu esperanza?

¡América infeliz! ¡Una por una las hojas del laurel que te ceñias marchitó la fortuna!

¡Ay! si despues de tan amargos dias hoy la sangre fraterna derramada, que el campo de tu gloria esteriliza, arranca de sus tumbas la ceniza de tantos héroes y á la mar salada la lleva con amor... es que el Destino, ya cansado de verte en guerra dura, tumba mas digna al polvo peregrino le da en el fondo de la mar oscura.

¿Qué fué tu amor de vírgen? ¡Humo leve que el viento arrebató con soplo friol!... ¡Lindo vellon de nieve que un momento flotó sobre la onda del cristalino rio;

ángel fugaz que en tu palmar sombrío peinó tal vez su cabellera blondal!

La de morena faz y negros ojos, vírgen meridional, que pudo un dia cantar de amor los célicos antojos, hoy solo vierte de sus labios rojos la oracion de dolor que al cielo envia!

¿Y tú pudiste oír indiferente, Ande sublime, la infeliz plegaria que al elevarse al Dios omnipotente, pasaba por las nieves de tu frente gimiendo solitaria!

¡Y ves, sin connoverte, que se anida en tu suelo de flores la discordia!... Diosa infernal, que bebe enloquecida la sangre de la víctima afligida que demanda á sus pies misericordia!

¡Tierra desventurada! ¿Qué anatema de sangre y de furor desde la cuna tu hermosa frente quemó?

¡Ay! ni al amor, en su avaricia extrema se olvidó de robarte la fortuna!

Sangre eleva en vapor al cielo plo el rojo sol y te la vuelve en lluvia; sangre arrastra doliente el manso rio, y hasta la misma libertad, Dios mio, en sangre enrojó la trenza rubial.

¡Ay! que la dura guerra, no contenta con enturbiar tu marañon, asoma por el norte, de lágrimas sedienta, como á vengar la celestial afrenta el ángel de Sodoma.

¿Dónde el poder que te auguraba el hado, ya desmembrada encontrarás?—¿En dónde se cifra tu esperanza, si olvidado de la madre comun, ya no responde á la voz del hermano leon el guerrero feroz;—si ya su gloria son la riqueza y el poder; la espada su derecho mejor? ¡Oh! ¿Qué estispendio, á tan funesta cólera entregada, merecerás del Dios de la victoria sino desprecio eterno y vilipendio?

Y tú entretanto moribundo imploras tu poder extinguido, ángel de la virtud, y condolido sobre la tumba de Bolívar lloras!... Así tambien la alondra, cuando pierde el dulce y caro nido, del árbol mismo en que lo vió prendido viene á llorar sobre la rama verde.

Depon, suelo inhumano, depon, depon el lauro soberano que arrancas con soberbia á la victoria!... Regado así con sangre del hermano mas es baldon que símbolo de gloria.

¡Solo guerra y horror! El humo oscuro huye espantado del infando suelo, como buscando en el azul del cielo aire donde jugar mas libre y puro. ¡Siempre el cañon!—Su horrisono estampido es apenas bastante á acallar el trisísimos gemido de la llorosa libertad!—Las plumas ella agita rendida y vacilante sobre el hondo sepulcro que la espera cual si, en esfuerzo último, quisiera romper de en torno las sangrientas brumas.

¡Ay! ¡Muere de una vez!—Espira en calma, si es así tu existencia aborrecida, hija de la razon, reina del alma!— Y cuando tras la lucha embravecida, buscando en vano de tu amor la cierta gloriosa luz que enaltecíó tu vida te contemplan tendida allá en el fondo del sepulcro y muerta, entonces llorarán:—tu dulce y tierna mision de paz comprenderás entonces y en vez de letras de dorados bronces tu epitafio será lágrima eterna!...

CASIMIRO DELMONTE.

Madrid: 1870.—Imprenta de LA AMÉRICA.

# SECCION DE ANUNCIOS.

## Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las nevrosias de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoidales, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial a los convalecientes, a los niños débiles, a las mujeres delicadas, et a las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La Union medical, la Gaceta de los Hospitales, la Abeja medica, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demás tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C.; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

## Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tífidea y de las enfermedades epidémicas. — Desconfiese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

**LOS INOFENSIVOS** de esquisito perfume fortifican y devuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar Enfermedades de ojos ni Jaquecas.

**TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN** QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1ª CLASE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS 12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C.

## IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan de desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 14 & 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

## BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera a su gusto. Todas las pelotillas son en el interior de caucho maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Vedalla a la Sociedad de las Ciencias Industriales de Paris:

### NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENIE de DICQUEMARE alinó DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los maticos, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior a todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 35. Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 107.

## VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO o PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, unico Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demás medios que se han empleado para la

### CURACION DE LAS ENFERMEDADES ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos a una ó dos cucharadas ó a 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco días seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE COTTET PURGATIF LE ROY SECON L'ORDONNANCE DU DOCTEUR SIGNORET Avis Especiales: Este medicamento no debe ser usado en niños ni en personas debilitadas.

DOCTEUR-MÉDECIN ET PHARMACIEN

## PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867 la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada a NUESTRA PEPISINA BOUDAULT la sola aconsejada por el Dr. CORVISART médico del Emperador Napoleon III y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las Gastritis Gastralgias Agruras Nauseas Eructos Opresion Pituitas Gases Jaquecas Diarreas y los vomitos de las mujeres embarazadas PARIS, EN CASA DE HOTTOT, SUCR. 24 RUE DES LOMBARDS. DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPISINA BOUDAULT.

**NICASIO EZQUERRA.** ESTABLECIDO CON LIBRERIA MERCERIA Y ÚTILES DE ESCRITORIO en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile. admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente. Nota. La correspondencia debe dirigirse a Nicasio Ezquerra, Valparaiso (Chile).

## JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1ª clase de la Facultad de Paris. Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los países, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espantos de sangre, extincion de vox, etc.

## GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris. Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.

## ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA. Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Médicos, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigillo, se emplea en la mayoría de los casos, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades silépticas.

Deposito general en casa de LABELONYE y C<sup>a</sup>, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo. Depósitos: en Habana, Leticier y Reyes; Fernández y C<sup>a</sup>; Sara y C<sup>a</sup>; — en Méjico, E. van Wingerdt y C<sup>a</sup>; Santa María Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C<sup>a</sup>; — en Santiago, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garaychoa; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C<sup>a</sup>; — en Guayaquil, Gault; Catve y C<sup>a</sup>; y en las principales farmacias de la América y de las Filipinas.



PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante. —Al revés de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad. —Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen a purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indubitable eficacia contra los Romadidos, Grippes, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES DE DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restituye á las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos, fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades anafélicas, preserva de las Fiebres amarilla y tifoidea. Cien frascos y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rubrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París. — Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA. EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL.

Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confie. —Habana, Mercaderes, núm. 16.— E. RAMIREZ.

Table with subscription rates for EL UNIVERSAL in Madrid, provinces, and abroad.

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religión natural, es decir de la religión que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introducción, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LINEA TRASATLANTICA. Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana. Salida de la Habana también los días 15 y 30 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

Table with fares for Puerto-Rico, Habana, and Cádiz.

Camarote reservado de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera. El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. Id. Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta. Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje. Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinación con los correos trasatlánticos. Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

Table with fares for Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, and Cádiz.

TENEDURIA DE LIBROS.

por D. EMILIO GALLUR.

Nueva edición refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 300 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante. Barcelona, Niubó, Espadería, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Baillière.—Habana, Chao, Habana, 100.



Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desembarazan uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos. — 3,000 curas auténticas. — Medallas de primera y segunda clases. — Por invitación del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curación se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto.) Depósito general en PARÍS, 28, rue Geoffroy Lasnier, y en Madrid, BORREL hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París. Exijase el frasco cuadrado, la firma del Doctor Churchill y la etiqueta marca de fábrica de la Farmacia Swanon, 12, rue Castiglione, París.

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

Curación instantánea de los más violentos dolores de muelas. — Conservación de la dentadura y las encías. Depósito Gral. en España. Sres. I. Ferrer y C.ª, Montera, 51, pral. Madrid.

OBRAS DE TEXTO

por SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE.—Novena edición, aplicada á las contables mercaderías, industrias, de la propiedad, la general del Estado y de los fondos productivos, 13 reales. PRACTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL ó problemas en borrador de una contabilidad completa, para su redacción en el Diario y Libro mayor, 8 reales. Librería de Moya y Plaza, y principales de Madrid y provincias. El autor, que vive en Venecia, 3, principal, los envía por el correo á 15 rs. y 10 rs. en sellos ó libranzas.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

ISLA DE CUBA.

Habana.—Sres. M. Pujolá y C.ª, agentes generales de la isla. Matanzas.—Sres. Sanchez y C.ª. Trinidad.—D. Pedro Carrera. Cienfuegos.—D. Francisco Anido. Morón.—Sres. Rodriguez y Barros. Cárdenas.—D. Angel R. Alvarez. Bamba.—D. Emeterio Fernandez. Villa-Clara.—D. Joaquín Anido Ledoa. Manzanillo.—D. Eduardo Codina. Quivicán.—D. Rafael Vidal Oliva. San Antonio de Rio-Blanco.—D. José Cadenas. Calabazar.—D. Juan Ferrando. Caibarien.—D. Hipólito Escobar. Guatá.—D. Juan Crespo y Arango. Holguín.—D. José Manuel Guerra Almaguer. Bolondron.—D. Santiago Muñoz. Ceiba Mocha.—D. Domingo Rosain. Cimarrones.—D. Francisco Tina. Jaruco.—D. Luis Guerra Chalius. Sagua la Grande.—D. Indalecio Ramos. Quemado de Güines.—D. Agustín Mellado. Pinar del Río.—D. José María GH. Remedios.—D. Alejandro Delgado. Santiago.—Sres. Collaro y Miranda.

PUERTO-RICO.

San Juan.—Vinda de Gonzalez, imprenta y librería, Fortaleza 45, agente general con quien se entenderán los establecidos en todos los puntos importantes de la Isla.

FILIPINAS.

Manila.—Sres. Sammers y Puertas, agen-

tes generales con quienes se entienden los de los demás puntos de Asia.

SANTO DOMINGO. (Capital).—D. Alejandro Bonilla. Puerto-Plata.—D. Miguel Malagon.

SAN THOMAS.

(Capital).—D. Luis Guasp. Curacao.—D. Juan Blasini.

MÉJICO.

(Capital).—Sres. Buxo y Fernandez. Veracruz.—D. Juan Carredano. Tampico.—D. Antonio Gutiérrez y Victoria. (Con estas agencias se entienden todas las del resto de Méjico.)

VENEZUELA.

Caracas.—D. Evaristo Fombona. Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestáa. La Guaira.—Sres. Martí, Allgréit y C.ª. Maracabo.—Sr. D'Empaire, hijo. Ciudad Bolívar.—D. Andrés J. Montes. Barcelona.—D. Martín Hernandez. Carúpano.—Sr. Pietri. Maturín.—M. Philippe Beauperthuy. Valencia.—D. Julio Buysse. Coro.—D. J. Thielén.

CENTRO AMÉRICA.

Guatemala.—D. Ricardo Escardille. S. Miguel.—D. José Miguel Macay. Costa Rica (S. José).—D. Vicente Herrera.

SAN SALVADOR.

San Salvador.—D. Luis de Ojeda. La Unión.—D. Bernardo Courtade.

NICARAGUA.

S. Juan del Norte.—D. Antonio de Baruel.

HONDURAS.

Belize.—M. Garcés.

NEUVA GRANADA.

Bogotá.—Sres. Medina, hermanos. Santa Marta.—D. José A. Barros. Cartagena.—D. Joaquín F. Velez. Panamá.—Sres. Ferrari y Dellatorre. Colon.—D. Matías Villaverde. Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola. Medellín.—D. Isidoro Isaza. Mompos.—Sres. Riben y hermanos. Pasto.—D. Abel Torres. Sabanalarga.—D. José Martín Tatis. Sincelejo.—D. Gregorio Blanco. Barranquilla.—D. Luis Armenta.

PERÚ.

Lima.—Sres. Calleja y compañía. Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana. Iquique.—D. G. E. Billinghurst. Puno.—D. Francisco Laudaela. Tacna.—D. Francisco Calvet. Trujillo.—Sres. Valle y Castillo. Callao.—D. J. R. Aguirre. Arica.—D. Carlos Eulert.

Piura.—M. E. de Lapeyrouse y C.ª

BOLIVIA.

La Paz.—D. José Herrero. Cobija.—D. Joaquín Dorado. Cochabamba.—D. A. Lopez. Potoni.—D. Juan L. Zabala. Puro.—D. José Cárcamo.

GUAYAQUIL.—D. Antonio Lamota.

CHILE.

Santiago.—Sres. Juste y compañía. Valparaiso.—D. Nicasio Ezquerro. Copiapó.—D. Carlos Ferrari. La Serena.—Sres. Alfonso, hermanos. Huasco.—D. Juan E. Carneiro. Concepcion.—D. José M. Serrate.

PLATA.

Buenos-Aires.—D. Federico Real y Prado. Catamarca.—D. Mardoqueo Molina. Córdoba.—D. Pedro Rivas. Corrientes.—D. Emilio Vigil. Paraná.—D. Cayetano Ripoll. Rosario.—D. Eudoro Carrasco. Salta.—D. Sergio García. Santa Fe.—D. Remigio Perez. Tucumán.—D. Dionisio Moyano. Guayaquil.—D. Luis Vidal. Pa sandu.—D. Juan Larrey. Tucumán.—D. Dionisio Moyano.

BRASIL.

Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba. Rio grande del Sur.—N. J. Torres Crehnet.

PARAGUAY.

Asuncion.—D. Isidoro Recalde.

URUGUAY.

Montevideo.—D. Federico Real y Prado. Salto Oriental.—Sres. Canto y Morillo.

GUAYANA INGLESA.

Demerara.—MM. Rose Duff y C.ª

TRINIDAD.

Trinidad.

ESTADOS-UNIDOS.

Nueva-York.—M. Eugenio Didier. S. Francisco de California.—M. H. Payot. Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.

EXTRANJERO.

París.—Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, núm. 2. Lisboa.—Librería de Campos, rua nova de Almada, 68. Londres.—Sres. Chidley y Cortazar, 71 Store Street.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.

La correspondencia se dirigirá á D. Victor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Denne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.